

SARANCE

10

Julio 1985

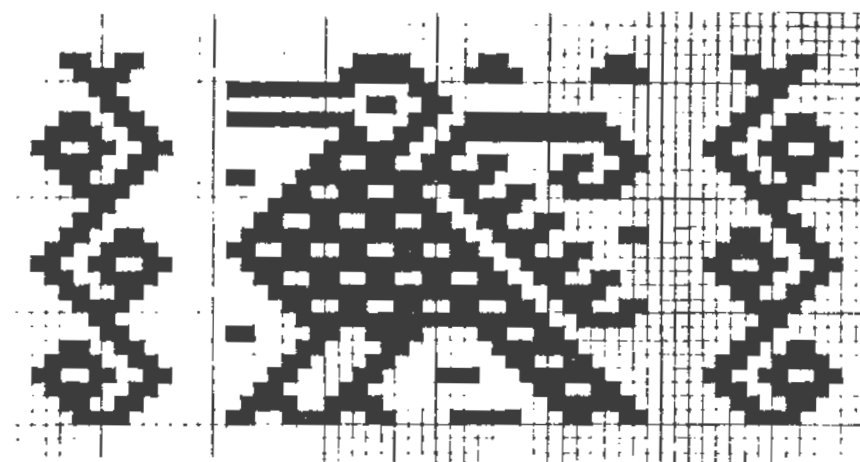
IOA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES

OTAVALO - ECUADOR

IOA

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES



Motivo decorativo de una faja tejida en la comunidad de Potrerillo, parroquia Imantag, cantón Cotacachi, provincia de Imbabura.

SARANCE

INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

No. 10

Julio de 1985

Año 10

EDITOR: INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGIA

Casilla 1478

Otavaló - Ecuador

CONSEJO DE HONOR:

Plutarco Cisneros Andrade
Segundo Moreno Yáñez
Juan Freile-Granizo

CONSEJO EDITORIAL.

Carlos Caba Andrade
José Echeverría Almelda
Patricio Guerra Guerra
Hernán Jaramillo Cisneros

Marcelo Valdospinos Rubio, Director General del IOA

Edwin Narváez R., Subdirector General del IOA.

COORDINADOR: *Hernán Jaramillo Cisneros*

© Instituto Otavaleño de Antropología 1985

DIAGRAMACION Y DISEÑO Jorge Villarruel N

CONTENIDO

	Página
Editorial	9
Artesanía y ecología de la totora (<i>Scirpus</i> sp.) en la provincia de Imbabura, Ecuador.	11
La alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y sus inmediaciones.	79
Los artesanos textiles en la región de Otavalo.	127

Editorial

Sarance, publicación oficial del Instituto Otavaleño de Antropología, presenta este número como un homenaje justo a los artesanos del valle de Otavalo

El quehacer artesanal, incomprendido y a veces menospreciado en esta época en que los productos industriales y la masificación se han impuesto, sigue vigente en sus más variadas expresiones tradicionales: alfarería, cestería, textilera, bordados, cantería, etc.

Hay en el Ecuador, al igual que en el resto de la América Latina, una rica y variada producción artesanal, herencia de los pueblos precolombinos, con las importantes contribuciones de los conquistadores europeos y de las forzadas migraciones africanas. Todos estos elementos que formaron, a través de los

años, el espíritu de esta América mestiza, nos han dejado el testimonio de sus aportes culturales en las más variadas manifestaciones, entre las que se cuenta la artesanía, con sus objetos de uso diario y doméstico, con los de carácter decorativo, o los de uso festivo y ceremonial.

Pero estas expresiones, legado de siglos, corren el riesgo de desvirtuar su contenido y su profunda significación, por la carencia de una sensata política cultural que las proteja. Uno de los mecanismos adecuados para la defensa de las artesanías, es a través de la realización de investigaciones serias y honestas de las comunidades productoras, sus técnicas, costumbres y el contexto general en que desenvuelven su vida diaria. Afortunadamente, se va avanzando en este campo, puesto que algunas entidades nacionales han comenzado a divulgar los resultados de sus investigaciones, en publicaciones especializadas que se encuentran en circulación. En este mismo empeño, pero con un carácter internacional, trabaja el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares -CIDAP- dedicando su acción al rescate, promoción y defensa de las artesanías y del arte popular.

Con el criterio de vincular a los artesanos con sus propios hechos culturales, el IOA mantiene el taller artesanal Ninapaccha, como lugar de experimentación de diseño. Los logros obtenidos hasta ahora son alentadores, esperando ponerlos al servicio de los artesanos textiles de la región, en fecha muy breve.

El Instituto Otavaleño de Antropología, elaboró un Mapa de las Artesanías de la Provincia de Imbabura, con la intención de conocer las artesanías que se elaboran en esta provincia, de proceder a su localización y, sobre todo, con el fin de establecer una metodología y la simbología que permitan realizar, a nivel nacional y por alguna entidad oficial, el Mapa de las Artesanías del Ecuador. Esta última intención no se ha cumplido todavía, pero esperamos que se haga realidad a plazo no muy lejano.

Acompañando al dinámico desarrollo de la sociedad, las artesanías, como manifestaciones culturales, tienden a cambiar permanentemente; se adaptan a las nuevas necesidades de sus productores, quienes orientan su trabajo, la mayoría de las veces, a su necesidad de sobrevivir. Esto ha obligado a cambios en donde se rompe con la tradición, se copian y adulteran productos ajenos a la propia cultura, dando como resultado artículos "típicos", con criterios falsos y superficiales. Aparte de estos cambios, atenta contra la artesanía la pequeña industria, que trata de

reemplazar los artículos producidos con paciencia y muchas veces con gran sacrificio, por otros hechos mecánicamente y en serie. El costo de éstos últimos, menores en todos los casos, irá dejando sin trabajo al artesano, quien tendrá que buscar generalmente en las grandes ciudades otras formas de ganarse el sustento para sí y para su familia.

La revista publica estudios especializados en la zona de Otavalo, como son: "Artesanía y ecología de la totora (*Scirpus* sp.) en la provincia de Imbabura (Ecuador)", "La alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y sus inmediaciones" y "Los artesanos textiles en la región de Otavalo".

Las artesanías, como expresiones culturales, como fuente de trabajo y de recursos económicos, tienen gran importancia en el sector de Otavalo. Es desde este lugar, donde se sigue hilando y tejiendo a mano, produciendo esteras de totora, cestos de carrizo y de zuro, indumentaria bordada, pandos de barro y sombreros de lana abatana da, que hacemos llegar nuestro homenaje a los artesanos de América.

ARTESANIA Y ECOLOGIA DE LA TOTORA DE LA PROVINCIA DE IMBABURA, ECUADOR

1. Objetivo del trabajo:

El objetivo del presente estudio es: a) analizar, desde un punto de vista antropológico, las formas que adquiere la artesanía de la totora en Imbabura, Ecuador; b) el impacto socio-económico que adquiere en el seno de las comunidades indígenas y mestizas que la producen; c) examinar las condiciones ecológicas en que ésta se desarrolla y d) ofrecer algunas soluciones de carácter artesanal tanto para mantener como para diversificar la producción artesanal de la zona.

2. El área de estudio:

2.1. Aunque existen otros centros artesanales de la totora en el Ecuador, v. gr. Laguna de Colta, provincia de Chimborazo (1), Laguna de Colay, provincia de Chimborazo (Tefán, 1976:134), y en las zonas costeras de las provincias del Guayas y Manabí, es evidente que desde el ángulo antropológico presenta un

mayor interés el desarrollo artesanal de la totora en Imbabura por tratarse de un área de densa población indígena actual o pasada, varias de cuyas agrupaciones viven hasta hoy en proporción considerable de este trabajo. Por otra parte, los antecedentes etnohistóricos nos hablan de una antiquísima tradición artesanal en el rubro de las esteras, como podrá verse en el capítulo ad-hoc. (párrafo 4). El estudio se centra, pues, en esta provincia, con alusiones aisladas a la práctica artesanal en otros puntos de la República. (Cfr. mapa 1, al fin del trabajo).

2.2 Las lagunas de Imbabura, en cuyas inmediaciones se desarrolla esta artesanía, se encuentran, sin excepción, en la porción serrana. Conformada ésta por una antigua actividad volcánica que data, en sus últimos episodios, del Holoceno más reciente, la sierra ecuatoriana se encuentra entre dos cordilleras, la Oriental y Occidental, y en ambas se elevan conos volcánicos (intactos o no, activos o no), que dejan en su sección media grandes hoyas o depresiones intermedias, productos del relleno realizado durante la última actividad glacial. En la zona que nos ocupa, las máximas alturas de los conos de la Cordillera Occidental son el Yanaurco de Piñán con 4.535 m., el Cotacachi con 4.933 m. y el Fuya Fuya con 4.263.; en la Cordillera Oriental son: el cerro Cusín con 3.990 m. y el nevado de Cayambe con 5.840 m. de altura (Cfr. Wolf, 1975/orig. 1892/: 132; Instituto Geográfico Militar, 1971).

(1) Véase estudio de Robinson, sobre los indígenas de Colta (1966).

Ambas cadenas o sierras se juntan con ocasiones formando estribaciones transversales o nudos. En nuestro caso, las hoyas o depresiones de Ibarra, de Otavalo y de San Pablo, están situadas a alturas aproximadas de 2.200 y 2.700 aproximadamente.

Es en estas depresiones, por regla general, donde se sitúan las lagunas mayores de Yaguarcocha (2.210 m.) y de San Pablo (2.661 m.) (Cfr. mapas 2 y 3).

El monte Imbabura "se levanta aislado por tres partes de la llanura, a 4.582 m. (2.357 m. sobre Ibarra) (Wolf, 1975/ orig. 1892/: 136) separando nítidamente la hoya de Ibarra de la de Otavalo.

2.3. Las lagunas no son sino restos de una actividad volcánica, remodelada por la ulterior actividad de asentamiento glacial y eólico tardío. El descenso del nivel de sus aguas, perceptible a través del estudio de sus márgenes y su total dependencia del régimen pluviométrico local, hacen que estas lagunas se vean fatalmente condenadas a sufrir las alteraciones de los periodos húmedos o secos de la región serrana. En la actualidad, tanto San Pablo, como particularmente Yaguarcocha, se resienten gravemente con la acentuada sequía que se viene observando en los últimos años.

2.4 En Imbabura existen nueve lagunas, de distintos tamaños: De N. a S., Yaguarcocha (2), en la hoya de Ibarra,

(2) Que significa lago de sangre Yawur: sangre. Kocho: lago, mar

con una altura de 2.210 m., Cristococha (3), en la vertiente occidental del nevado Cotacachi, aproximadamente a 3.700 m. de altura; Cuicocha (4), en la falda oriental del mismo, a 3.068 m. (según Wolf, 1975/ orig. 1892/: 132, a 3.081 m.); San Pablo, situada a 2.660 m. (Servicio Geográfico Militar, 1938, Plancheta XIII, de la hoja 28 de mapa topográfico del Ecuador) (5); Puruanta (o Puruantag), situada aproximadamente a los 3.400 m. y finalmente, el grupo de las tres lagunas de Mojanda, al pie del macizo Fuya-Fuya, denominado Caricocha (6), Huarmicocha (7) y Yanacocha (8) situadas a 3.720 m., 3.696 m. y 3.734 m. de altura. Finalmente, Cochapampa (Cubilche) la más pequeña, situada a unos 3.200 m.

De todas las lagunas citadas, las más importantes así por su tamaño como por la densidad de las poblaciones que la rodean, son las de Yaguarcocha, Cuicocha y San Pablo. Las restantes, por su aislamiento, carencia de población

(3) Palabra mixta quichua-castellana: Cristo: Cristo; Kocho: lago, mar.

(4) Cui = cuy (Cavia porcella); Kocho: lago, mar.

(5) Según Wolf (1975, / orig. 1892/: 136) el nivel del Lago San Pablo se halla a los 2.697 m.

(6) Cari: varón, marido; Kocho: lago, mar.

(7) Warmi: mujer, esposa; Kocho: lago, mar.

(8) Yana: negro. Kocho: lago, mar

humana y mayor altura, no desempeñan papel alguno de consideración en la economía de los habitantes indígenas o mestizos del área. Las tres citadas son, igualmente, las más utilizadas desde el punto de vista de la pesca, por los ribereños. Las restantes, en las que también se ha sembrado el salmón trucha en los últimos decenios, son en la práctica sólo accesibles para la pesca para los habitantes blancos o mestizos de las cercanas ciudades de Ibarra y Otavalo que acuden a ellas para practicar la pesca deportiva.

De todas las nueve lagunas citadas, hemos visitado siete: Yaguarcocha, Cuicocha, San Pablo, Cochapampa y las tres del grupo de Mojanda. Por su difícil acceso y ausencia de poblaciones humanas en sus proximidades, no hemos visitado las dos restantes, Cristococha y Puruanta, sobre las que no se hallarán datos en este trabajo.

2.5. El cuadro que sigue ilustra algunos aspectos básicos, tanto geográficos como ecológicos, de las lagunas:

Nombre	Coordenadas Geográficas	Altura s.n.m.	Presencia Scirpus sp.	Presencia Typha sp.	Artemisia Totora	Superficie	Media Agua
Yaguarcocha	00° 21' L.N. 78° 07' L.W.	2.210 m. 2.186 m	X	X	X	2,5 Km	21,5°C
Cristococha (¿Piñán?)	00° 24' L.N. 78° 21' L.W.		s/d	s/d	---	s/d	
Cuicocha	00° 18' L.N. 78° 12' L.W.	3.068 m	X	s/d	---	s/d	
San Pablo	00° 14' L.N. 78° 12' L.W.	2.661 m	X	X	X	7,045 Km ²	18,5°C
Cochapampa (Cubilche)	00° 14' L.N. 78° 08' L.W.	3.165 m	X	s/d	---	s/d	
Puruanta	00° 12' L.N. 77° 57' L.W.		s/d	s/d	---	s/d	
Caricocha	Entre 00° 7' y 00° 9' L.N.	3.720 m	---	---	---	2,245 Km ²	
Huarmicocha	y	3.696 m	---	---	---	s/d	
Yanacocha	78° 15' y 78° 17' L.W.	3.734 m	---	---	---	s/d	
Fuentes:	Jaramillo, 1962				s/d	sin datos	
	Servicio Geográfico Militar, 1938 Instituto Geográfico Militar, 1971.				X	existencia del elemento o rasgo.	

3. Metodología:

Básicamente, la metodología empleada puede resumirse en los siguientes puntos:

3.1. Revisión de fuentes etnohistóricas (cronistas, historiadores, diccionarios coloniales) fuentes antropológicas: investigadores que han analizado comunidades o tópicos relacionados con el tema de estudio, particularmente en zonas ecológicas y geográficas comparables en Ecuador, Perú, Bolivia. El objeto de esta revisión fue la obtención de fichas de contenido con fines comparativos.

3.2. Observación en el terreno, mediante numerosas visitas efectuadas en distintos meses y días del año. El estudio fue iniciado en el mes de Abril de 1977 y se terminó en el mes de diciembre del mismo año. Las observaciones personales de carácter antropológico fueron realizadas desde Abril a Diciembre 1977, y con mayor intensidad a partir de Junio a Diciembre del mismo año; las observaciones de carácter ecológico fueron iniciadas en el mes de junio de 1976 y fueron continuadas hasta el de Diciembre de 1977.

3.3. Entrevistas a tejedores de esteras, tanto en la Laguna de Yaguarcocha como en la de San Pablo, a vendedores en los mercados de Pimampiro, Ibarra y Otavalo y a otras personas relacionadas de alguna manera con esta artesanía. Estas entrevistas eran realizadas sobre la base de las preguntas conteni-

das en fichas-tipo (de las que se hablara luego) y realizadas, en San Rafael y comunidades aledañas, con la ayuda de un asistente bilingüe quichua-castellano. Se hacía anotaciones in situ, en una libreta ad hoc. Todas las entrevistas hechas en Yaguarcocha fueron grabadas en una grabadora japonesa SONY Cassette-Corder Tc-56.

3.4. Confección de fichas-tipo de tres clases diferentes, que fueron impresas para este trabajo y elaboradas por nosotros mismos en base a las primeras 15 entrevistas. Estas son las siguientes: FICHA No. 1 o ficha "del informante", en la cual se recogen tanto los datos personales del informante, como sus informes catalogados según las siguientes "coordenadas" básicas: a) geo-ecológicas; b) cronológicas; c) socio-antropológicas; d) funcionales; e) tecnológicas. En estas cinco "coordenadas" o grandes divisiones temáticas es perfectamente posible presentar y aislar la información dada, para un más fácil procesamiento ulterior de dicha información. FICHA No. 2 o "de observación personal" En ésta se consiguen tanto los datos personales del observador, como los referentes a la observación, los que se registran por separado, de acuerdo a las mismas "coordenadas" señaladas más arriba. FICHA No. 3 o de "producto artesanal". Es la ficha del objeto terminado, confeccionado por artesanos, que se compra y obtiene de algún otro modo. Allí se consignan los datos personales del vendedor, y los datos relativos al objeto mismo artesanal, sirviéndonos para su descripción de

algunas de las citadas coordenadas. Se añade aquí la "morfológica", para cuya descripción se hace un dibujo o croquis, donde se anotan las medidas del objeto (9).

3.5. Fotografías obtenidas en Mojanda, Yaguarcocha y en San Pablo, en las que se señalan aspectos ecológicos así otros relativos a la obtención y elaboración de la totora.

3.6. Croquis y dibujos de aspectos técnicos y botánicos de la artesanía de la totora.

4. Antecedentes etno-históricos:

4.1. Todo el mundo estaría de acuerdo en afirmar que la artesanía de la totora en esta área posee raíces muy profundas, y que, sin duda, tiene sus antecedentes en la época prehispánica. Pero hacen falta para ello las pruebas. Nada mejor para esto que analizar los antecedentes etnohistóricos tempranos.

Tenemos suficientes testimonios del empleo de la totora, conocida entonces indistintamente por los españoles como "espadaña", "ene", "junco" o "junquillo". Lo veremos al examinar la terminología que nos trae el Diccionario de Ricardo, en 1586. Aunque no se

(9) Un detallado análisis de estas fichas-tipo, y su forma concreta de utilizarla en el trabajo de campo sobre la base de esta y otras experiencias se presenta en otro trabajo nuestro en elaboración (Larraín y Mardorf, 1977).

puede comparar las referencias respecto a esta artesanía con los datos que existen sobre textiles, los hay, como veremos, en suficiente número y calidad. Acosta-Solis (1961:254; 1968:182), distingue varias especies de plantas, a las que comúnmente se ha denominado "totora". Estas especies, según el citado autor, se dan en la Región Interandina en las zonas pantanosas o en las márgenes de las lagunas. La presencia de varias de estas especies en las áreas citadas, debe ser, seguramente, muy antigua. Los textos que aportaremos, aunque no nos lleven --por cierto-- a identificar la especie botánica, arrojan mucha luz sobre este aspecto.

4.2. El Canónigo de la Catedral de Quito, Lope de Atienza, buen conocedor de los indígenas de la comarca de Quito y sus contornos, en su obra nos describe sus costumbres respecto al modo de caminar, llevar las cargas, modo de encender el fuego, modo de tejer, hacer la chicha. Entre estas costumbres señala: "... encima de sus desastrados hombros, llevan todo lo necesario a la batiellería, despensa y cocina, sin faltarles pieza conocida y los maridos y amigos se van tirando varas todo el camino muy descansados, y al cabo de la jornada, donde les toma la noche, allí asientan real adonde están aposentados con su pobreza y miseria... Sus camas, así de camino como de asiento, siempre son unas (10); gastan poco en cortinas y

(10) i.e., siempre son las mismas.

menos en colchones, tiéndense en el suelo y cuando mucho, ponen debajo una esterilla vieja, si la alcanzan (11), y ésta sirve de colchón; por sábanas y frazadas, sus propios vestidos, por cabecera, una piedra, o un pedazo de un banco" (Cap. VIII, 1931: 49-51; subrayado nuestro).

El mismo Atienza señala la forma de sentarse, y cómo se distinguían los señores de los pobres en esto: "Los Señores/ entre los indios, i.e. sus kuraka o jefes de aylllos/ con todos los demás son en esto iguales/ i.e. en el comer en el suelo/ salvo que en el asiento se diferencian y extreman los mas notables y señores, asentándose por grandeza en un dúo (12) que es como un banquillo de emperador, otros que no son tan señores, en un manojo de paja que, de industria, traen para el efecto, con sus pajes, muchachos detrás de sí, que sirven de este menester. Así como en los asientos, hacen extremo, por consiguierte, en adornar el suelo, que tienen por mesa, se diferencian poniendo, en lugar

(11) i.e., si la tienen.

(12) "duho" o "dujo" era "entre los indios del área Caribe, una especie de silla, de una sola pieza, tallada en madera, con frecuencia provista de un respaldo, utilizado por las personas de las clases altas y por los shamanes en las ceremonias de curación" (Winick, 1964: 179)). Atienza, en consecuencia, se sirve aquí de la voz caribe "duho", que se ve ya estaba introducida en el español de la época, al igual que "hamaca", "chicha", "bohío" y otras expresiones traídas de las Antillas y que no son quichuas.

de manteles, un poco de espartillo verde (13) sobre lo cual se les pone la comida en sus mates (14) en lugar de platos y sendillos, que son unas medias calabazas que siembran para usar de ellas en este menester..." (cap. VI, 1931: 42-43).

Se alude en Atienza, casi inequívocamente a dos usos: a) para camas en la noche, sea en sus casas, sea de viaje, y b) para poner sus alimentos encima, al modo de manteles.

4.3. Hernando de Santillán, que fuera Presidente de la Real Audiencia de Quito, señala, hablando de las formas de tributación.

"40. En el tributar y servir al inga tenían esta orden: que todo lo que había en cada provincia y se daba en ella de frutos y de todo lo que los oficiales de todos oficios hacían, tributaban al inga la cantidad que el mandaba y pedía, y no los mandaba a tributar de cosa que lo hubiese en su tierra, ni que tuviesen necesidad de ir a buscar ni resgatar (15) a otra salvo cuando era cosa que había en las provincias vecinas y tenían necesidad della para el oficio que tenían... Ni tampoco, demandaban a ninguno tributo de cosa más de aque-

(13) "espartillo verde".

(14) mati: es la expresión quichua para la calabaza y su fruto.

(15) "resgatar" por "rescatar" en el sentido de "comerciar" "trocar"

llo que cogía y beneficiaba o hacía en su oficio, y así ninguno tributaba de más que de una cosa... el pescador tributaba pescados el cumbico (16) hacía ropa, el esterero, daba esteras y así de los demás oficios" (Santillán, 1968: 115).

Esta declaración de Santillán es doblemente importante para nosotros: a) porque se afirma que donde había la costumbre de hacer esteras, se pedía tributo en ellas; b) que éstas se hacían porque había necesidad de ellas, en la función redistributiva de los bienes obtenidos por la tributación, que percibía el Estado, como lo ha demostrado (Murray (1975: 41-42). En otras palabras, había fabricación de esteras para el uso local y para tributación en los lugares donde existía la materia prima. Por eso enfatiza Santillán que "todo lo que había en cada provincia y se daba en ella... tributaban al inca" (Santillán, 1968: 114-115).

Aunque el texto no lo dice, es muy probable que este tipo de tributación se haya aplicado en varias partes de las actuales provincias serranas de Pichincha e Imbabura (17), por cuanto Santacruz Pachacuti alude claramente a la existencia de totorales en las lagunas de Ya-

(16) "cumbico" por "cumbicamayoc": el que confeccionada la ropa fina de cumbi o ropa fina.

(17) Y seguramente en la de Chimborazo, donde hasta hoy se confeccionan esteras en la laguna de Colta.

guarcocha (1968: 311); había igualmente totorales en la antigua llanura de Rumiupamba, cerca de Cotacollao (Cfr. Alcedo, 1967: III: 105). Sobre esta última referencia volveremos más tarde.

4.4 Juan Polo de Ondegardo, sagaz escudriñador de los usos y costumbres indígenas y que podríamos decir, usando un lenguaje moderno, se especializó en los aspectos tributarios y religiosos del antiguo Incario, refiriéndose a los uros, pescadores del lago Titicaca dice de ellos "que no tienen más fundamento sus casas y moradas que un poco de totora encima del agua, que en donde están todo el año y se mudan al que viene, algunas veces suelen haber cinco leguas/ del lugar que habitan hoy al que habitarán el año siguiente en sus balsas/ (Polo de Ondegardo, 1916b; 160; subrayado nuestro).

De estos uros, dice Polo de Ondegardo que "solo saben pescar y hacer esteras". Se opone este funcionario a que se envíe a los indios a Potosí a extraer plata. Los uros se resisten a que se les imponga tributo, aduciendo como razón el que "en tiempo de los ingas nunca los hueros entraron en contribución para ningún género de tributo, sino que era servicio de los gobernadores y caciques y que ayudaban a hacer ropa y tejían esteras y que daban pescado...".

Aunque los uros digan que no tributaban al inca, reconocen que daban "servicio" a los caciques, ayudando a hacer esteras. De facto, este servicio ha

de equipararse a una forma de tributación. Lo significativo en esta cita es que los uros de las márgenes del Titicaca y sus islas tejían esteras, tanto para sí como para sus Gobernadores y Caciques, seguramente aymaraes. (Cfr. Polo de Ondegardo, 1916b: 164-165) (18).

4.5. La Descripción anónima de Quito, que hemos llamado "Anónimo de Quito", escrita en 1573, dice explícitamente sobre las "camas" en que se acostaban los indígenas: "...las camas que tenían y tienen son un petate hecho y tejido de junquillo, echado sobre un poco de paja y cubiertos con dos mantas" (1965:225).

Esta cita viene a continuación de un detallado informe sobre su vestimenta, el uso del cabello, el uso del pello o gorro en la cabeza y el empleo de ojotas (usuta). En esta cita se ve muy claro que los indios "tenían" esta costumbre, desde el tiempo de su gentilidad, como se decía entonces, y continuaban teniendo la misma costumbre (19).

(18) De los changos costeros del extremo Norte Chileno, dice Lozano Machuca algo muy semejante, (Lozano Machuca, 1885, XXI-XXVIII) Estos changos, por ser rústicos pescadores y no practicar la agricultura, fueron frecuentemente confundidos con los uros de las orillas del Titicaca.

(19) No nos ha de sorprender este aserto pues también hoy tanto los indígenas como muchos mestizos pobres, se sirven de las esteras de totora como camas, como lo pudimos comprobar tanto en Yaguarcocha, como en diferentes pueblos en torno al Lago San Pablo.

4.6. El Diccionario impreso por Antonio Ricardo, atribuido al Padre Alonso Bárcana y publicado en 1586, trae las siguientes significaciones para las voces quichuas (y/o aymaras): (Ricardo, 1951)

Imposible resulta en base a estos nombres señalar una aproximación a la taxonomía botánica, pero es posible pensar que matara designa a alguna o algunas variedades de Typha sp. ("espadaña o enea"), llamada localmente en Yaguarcocha "joya" y en otros lugares (v. gr. Salinas, Imbabura): sólo totora. En cambio tutura es designada como "junco" y creemos ésta debe ser cualquiera de las especies de Scirpus. Hoy en la sierra ecuatoriana sólo se emplea para la conformación de esteras a Scirpus sp. (nunca a Typha sp.), posiblemente en varias de sus especies. El llamado "junquillo" puede corresponder a alguna de las especies de Juncus sp. o géneros afines.

4.7. Nuestra hipótesis parecería confirmarse con la siguiente cita de Garcilaso de la Vega: "Las orejeras mandó que fuesen del junco Tutura, porque asemejaban más las del Inca. Llamaban orejeras y no zarcillos, porque no pendían de las orejas, sino que andaban encajadas en el horado de ellas, como rodaja en la boca del cántaro..." (Garcilaso de la Vega, cit. in: Larraburu y Unanue, 1935: 139).

Como vemos, tanto el impresor Ricardo, como Garcilaso, identifican "junco" con "totora".

4.8. Hay una muy curiosa referencia de Guamán Poma de Ayala, cuando describe las insignias de mando de los diferentes Señores. Mientras señala para el Guamanun Apo (o Señor de una Provincia) (20) una "tiana (21) de palo pintado, de alto de un codo", para los "indios mandoncillos", a cargo de un muy pequeño número de súbditos (solo diez) dice que "han de tener tiana de matara /de heno/ (o) coho, ha de tener diez indios justo(s) de tasa, que no le falte (ninguno) y así tenga título de los diez indios tributario" (Guamán Poma de Ayala, 1956 - 66, II: 313) (22).

Las funciones de este indio, jefe de diez tributarios, las indica el Cronista así. "por su Majestad han de tener oficio de alguacil mayor en la dicha provincia, han de acudir a la ayuda y servicio del Cacique principal a cobrar el tributo de su ayllu y a hacer acudir a las minas y plazas y a entregar a los Capitanes... y le de (la autoridad española) un muchacho de la doctrina para su tiana de hongo /matara/ y le ciña un viejo y una vieja de su ayllu y le beneficie un topo de chacara de maíz y de

(20) Wamani = provincia; Apu = señor.

(21) tiana = parece tratarse de una diadema que se pone en la cabeza: "¿tiana?".

(22) Este indio cargado de diez tributarios era el chungu kama chikok. Las citas de Guamán están con grafía modernizada. Entre corchetes (paréntesis cuadrados) van las propias aclaraciones del Cronista. Entre paréntesis redondos, las adiciones nuestras a su texto.

papas medio topo.. "

4.9. Antonio Vásquez de Espinosa, en su visita hecha al puerto de Arica en 1618, junto con describir la agricultura del valle de Azapa y observar los "puquios" o manantiales de agua, señala la utilidad que se daba por entonces a la totora: a) para estibar el vino y otras cargas en los navíos; b) para preparar la carga de las recuas que iban a Potosí; c) para hacer "seroncillos" para el transporte en llamas del vino y azogues; d) para remediar con ella otras necesidades (L. II, cap. LXVI; 1969: 348).

Hay aquí ya, seguramente, un empleo de la totora abundante en la zona pantanosa próxima a la ciudad (23) en buena parte condicionado por los trabajos propios de españoles, pero que de cierto tendría una base prehispánica en una región densamente poblada de indígenas.

4.10. Juan Anello Oliva, el cronista jesuita cuyo manuscrito data de 1631, recoge tradiciones según las cuales los acompañantes de Manco Cápac, destruyen sus canoas y acuerdan propalar la nueva de que ellos habían salido de una caverna (de una isla del Titicaca) para ir en busca del hijo del sol. A fin de reconocerse, si llegaban a separarse, se

(23) De este totoral testimonia Vásquez de Espinosa: "a la lengua del agua del mar sale otro ojo de agua de este pobre río (el río San José), y está el celebrado totoral de Arica, que es una mancha de Enea tan grande como una plaza" (L. II, cap. LXVI; 1969: 348).

perforaron las orejas y se pusieron en ellas grandes anillos de una especie de junco llamada *tatora* /*totota*/, que las dilataba en exceso..." (cap. IV; 1857: 37) (24). Es la misma alusión al uso de la *tatora* en orejeras, que nos trajo Guamán Poma de Ayala.

4.11. Sintetizando estos testimonios, obtenemos el siguiente cuadro:

4.12. En el siglo XVIII, tenemos algunos valiosos testimonios acerca de su empleo. En 1771 publica el ex-jesuita Giandomenico Coletti su *Diccionario*. Allí señala la existencia del topónimo "Totora!", en la llanura de Rumipamba, hacia los lados de Cotocollao /Cotocollao/ al N. de Quito, donde se estancan las aguas que descienden del Pichincha "formando un lago de aguas muertas, lleno de juncos... Los indios que por allí viven hacen con esos juncos hermosas esteras, que luego llevan a vender a Quito" (1974-75, II: 377).

Este testimonio es valioso, pues ya se alude a la venta por parte de los indígenas de "hermosas esteras", que, sin duda, eran iguales o casi iguales a las que se expenden hoy en los mercados de Otavalo, Ibarra y otros lugares

(24) Heiser trae los testimonios del Padre Joseph de Acosta, Bernabé Cobo y Bernardino de Sahagún, referentes al empleo de la *tatora* (Perú) y del *tule* (México) para diversos fines. Muy interesante es la referencia de Acosta sobre la importancia de la *tatora* para los indios *uros* (Cfr. Heiser 1977, *passim*).

de la sierra. La referencia de su hermosura debe aludir, sin duda, al artificio de su tejido y al ingenio del remate de sus costados.

Refiriéndose al Lago Titicaca, alude Coletti a la gran abundancia de "juncos" en sus orillas, y al empleo de este mismo material para la construcción del "famoso puente de Junco", de seis brazas de ancho, que hizo construir Capac Yupanqui, para poder pasar su ejército en su campaña contra el Collasuyo, el cual debía repararse cada seis meses (1974-75; II: 372-373; subrayado nuestro).

4.13. Don Antonio de Alcedo y Herrera en su *diccionario* publicado en el año 1786-1789, repite, casi ad litteram, la cita de Coletti, respecto a la confección de esteras por los indígenas de las márgenes de la laguna formada en el llano de Rumipamba (junto a Cotocollao), y a su venta por los mismos en los mercados de Quito (1967; IV: 105).

Refiriéndose, en cambio, a la *tatora* (que denomina "Enea") que crece en el Lago de Chucuito (Titicaca), señala que alcanza una altura de vara y media y que "de ella hacen los indios balsas para navegar y traer a tierra sus ganados y los frutos". (1967; IV: 366).

4.14. Finalmente, el Padre Velasco en su *Historia del Reino de Quito*, escrita en el año 1789, nos aporta dos interesantísimas referencias de tipo ecológico:

a) Nos dice, hablando de los "patos

CRONISTA	AÑO APROX.	EMPLEO	LUGAR
Lope de Atienza	ca. 1570	a) cama para dormir b) mantel para poner alimentos	indios de la Comarca de Quito
Hernando de Santillán	ca. 1563	Se indica confección de esteras para tributación	indios de la Comarca de Quito
Polo de Ondegardo	1571	Construyen sus casas sobre balsas de totora Tejían esteras para servicio de Gobernadores y Caciques.	uros del Titicaca
Felipe Guamán Poma de Ayala	(¿1587?)	Tiana de matara: debe usarla como insignia de mando el <i>chunga kamachikok</i> , o jefe de 10 tributarios.	Provincias del Tawantinsuyo
Antonio Vázquez de Espinoza	1618	a) para estibar vino y cargas en los navíos; b) Para preparar carga de las recuar a Potosí; c) para hacer "seroncillos" para el transporte en llamas del vino y azogue (mercurio).	Arica, Norte de Chile
Juan Anello Oliva	1631	Como orejeras: anillos de totora (Leyenda de Manco Cápac).	Lago Titicaca
Giandomenico Coletti	1771	a) Se venden en el mercado de Quito; b) totora usada para construir un puente sobre el río Desaguadero, sobre el Lago Titicaca.	a) indios de los vecindarios de llanura de Rumipamba (Cotocollao) Sierra N. Ecuador). b) Lago Titicaca
Antonio de Alcedo y Herrera	1786-89	a) Construcción de balsas para traer ganado y productos; b) fabricación de esteras para su venta en Quito.	a) Lago Titicaca (Chucuito). b) Laguna eo llano de Rumipamba (Cotocollao).
Juan de Velasco	1789	a) Raíz de totora como alimento. b) totorales: nidos de patos para obtención de huevos.	Probablemente referencia a los lagos Yaguarcocha y San Pablo (Prov. Imbabura).

menores" que pueblan las lagunas, lo que sigue. "en las orillas de los lagos y tal vez muy dentro de ellos crece una especie de juncos ligerísimos y muy estrechos que llaman totora, de donde sacan los Indianos tantas cantidades de huevos que es un asombro" (1960: 190-191) (25);

- b) Y refiriéndose a las "hortalizas" comestibles, entre otras varias no conocidas en Europa, señala la raíz de la totora y la anota entre las hortalizas "crudas... cuya excelencia y bondad no tienen semejanza en Europa" (Velasco, 1960: 135). Nada improbable es que el Padre Velasco haya observado la costumbre de comer la raíz de la totora en los alrededores del Lago de Yaguarcocha o de San Pablo.

(25) Es el propio Padre Velasco quien atestigua que hay "en los lagos, así de temperamentos fríos, como calientes... 20, 30 y más especies /de patos/, llenando con su multitud las riberas, que se ven muchas veces cubiertas con la más agradable y vistosa variedad de ellos" (1960: 190-191). La referencia a lagos de climas fríos y climas calientes, muy probablemente designe, en la sierra norte ecuatoriana, a las lagunas de San Pablo (clima frío) y Yaguarcocha (clima caliente), por cuanto el Padre Velasco fue durante algunos años Rector del Colegio Jesuíta de la ciudad de Ibarra, próxima al lago Yaguarcocha. Para viajar a Quito, debió pasar, necesariamente, como ahora, junto a la Laguna de San Pablo, donde sin duda hizo algunas observaciones.

5. Estudios antropológicos recientes.

Una breve reseña de los estudios antropológicos de los últimos decenios, nos puede suministrar un útil material comparativo.

5.1. En su valioso estudio etnográfico sobre la comunidad de pescadores costeros de Moche (costa del Perú), John Gillin abunda en detalles sobre la forma de elaboración de los "caballitos" de totora. La materia prima la obtienen de Huanchaquita, localidad cercana a Huanchaco. No nos dice Gillin de qué especie de totora se trata aquí, aunque es evidente que debe referirse a alguna variedad del género *Scirpus*. Los "caballitos" son de una especie de balsa, que se confecciona con cuatro grandes atados cilíndricos ("bastones") de totora con un extremo ancho, cortado ("caja"), donde se deja un pequeño asiento y el otro extremo puntiagudo. Alcanza un largo máximo de 3 a 3.5 m. Usan un remo doble, construido con "caña de Guayaquil" (*Guadua* sp.), cortada por el medio. Los usan para pescar con lienza y para capturar crustáceos. Son tripulados por un solo pescador. (Cfr. Gillin, 1947:

35) (26)

La trampa para camarones que allí emplean, también utiliza, a modo de flotadores, manojos cortados de totora (Gillin, 1947: 36, Figura 3).

Las habitaciones de los pescadores, son, según el autor, de cuatro tipos: a) casas de adobe; b) casas de quincha; c) refugios ("shelters") de totora y d) casas de tapia. Refiriéndose al tercer tipo señala Gillin: "Los refugios hechos de totora no tienen un plano o forma particular. Sólo ocasionalmente se encuentran viviendas completas hechas de este material y usualmente son ocupadas por familias que están a la espera de construir una casa más permanente. Ocasionalmente se construyen refugios

(26) El término "caballito" ha sido ya incorporado al vocabulario antropológico moderno y lo trae Winick en su *Dictionary of Anthropology* (1964: 91). Heiser trae "cabellitos" por error seguramente de imprenta y dice haberlos observado en el Lago de San Pablo en 1969 (1974: 22). En su reciente trabajo de 1977, trae "caballeros", que es la voz correcta (1977: 4). Retienen hasta hoy los "caballitos" de Huanchaco algunos nombres quichuas tales como *quirana*: amarra de los rollos, individuales de totora, y *huangana* o amarra más gruesa que envuelve a los cuatro rollos y le da la forma definitiva (de "Wankana o wankuni: Bar, amarrar"). (Cfr. Ricardo, 1951: 48, col. 1). Sobre "caballitos" y balsas de totora véanse, entre otros, los trabajos de Knoche 1930, 1931? y Beetle, 1945 y con mucha mayor riqueza de información para la costa peruana, los trabajos de Lathrap (1932) y Edwards (1965).

de totora para los huéspedes". Las esteras de totora son apoyadas contra los muros y se usan también como cortavientos ("windbreaks") y como divisiones ("partitions") en las cocinas o habitaciones; solo ocasionalmente como toldo o persiana ("shade"). (Gillin, 1947: 37-40).

Finalmente, son también usadas en todas las casas de Moche y en particular como "camas" (hasta el número de cinco), máximo en las viviendas de los más pobres (Gillin, 1947: 42-43).

5.2. Mishkin, en su estudio sobre los quichuas contemporáneos señala los siguientes usos de la totora en el Perú y áreas adyacentes "la caña de totora, planta silvestre vital para las poblaciones pesqueras del lago y regiones costeras, crece silvestre en las comarcas cenezosas del país. En algunos lugares a lo largo de la costa peruana, la totora es cultivada. La famosa balsa de pescar, el "caballito" usado comúnmente entre Chimbote y San José (al Norte de Etén) es el producto más notable hecho de totora. También se la utiliza en la confección de esteras ("mats"). En algunas de las más antiguas aldeas pesqueras, las murallas de las casas están formadas por esteras de "totora" (Mishkin, 1963: 432).

5.3. Entre los aymara del lago Titicaca, Harry Tschopik reseña la recolección de raíces de totora con fines alimenticios: "La recolección de alimentos silvestres es relativamente de poca importancia. Las raíces ("roots") y los

retoños ("shoots") de totora (*Scirpus totora*) son comidos crudos" (Tschopik, 1963: 519). (Cfr. Beetle, 1945).

El mismo Tschopik examina el sistema de pesca desde las balsas de totora en el lago Titicaca, sin entrar en detalles sobre las balsas mismas (1963: 521-525).

5.4. Margaret Towle, en su estudio sobre la Etnobotánica del Perú Antiguo, reseña los siguientes empleos de la totora:

- a) En la construcción de las "balsas" del lago Titicaca, por los indios Uru (Towle, 1961: 26; refer. a LaBarre, 1948: 105);
- b) Empleo de los rizomas de *Typha* sp., probablemente como alimento, en los basurales precerámicos de Huaca Prieta. (Referencia de Bennett y Bird, 1949: 120) (27) (Cfr. Towle, 1961: 16);
- c) Empleo de raíces de *Scirpus riparius* para alimentación humana, y de sus hojas (cladodios) para varios fines (Towle, 1961: 26, 105; refiriéndose a informaciones de Yacovleff y Herrera, 1934: 294);
- d) Empleo de totora en esteras, emplea-

(27) Nos referimos en un capítulo especial a la semejanza e idéntica denominación en muchos lugares de los géneros, botánicamente muy diferentes, de *Typha* y *Scirpus*.

das para cubrir un entierro de perro momificado y en elementos del huso (Towle, 1961: 16; referencia tomada de Wittmack, 1888: 347 y Bird, comunicación personal en carta, 1957);

- e) Cuerdas recuperadas en Huaca de la Cruz (nivel gallinazo) (Towle, 1961: 16);
- f) Esteras de diversa técnica hechas de totora, recuperadas en tumbas de Paracas Cavernas (Towle, 1961: 26);
- g) Utilización de la confección de abanicos con mango ("fans with handles"), también hallados en Paracas Cavernas (Towle, 1961: 26);
- h) Empleo en la confección de grandes canastos, que contenían fardos de Momias hallados en Paracas Necrópolis (Towle, 1961: 16; basándose en Yacovleff y Herrera, 1934: 234). Además alude Towle a su empleo como elemento para embalsamar las momias, pero sin señalar la función exacta de la planta ni las partes empleadas. Sin duda, se habría empleado sólo como "relleno" de las cavidades internas.

5.5 Muy brevemente, hace referencia José Matos Mar, en su estudio antropológico de la Isla de Taquile (Titicaca) a la fabricación de balsas con la totora de las orillas del Lago; alude también al desastre causado a esta industria local, con el notable descenso de los nive-

les del lago, ocurrido en 1944 (28) (Cfr. Matos, 1964: 64, 85). Sobre las balsas del lago Titicaca, véase Parodi, 1933.

5.6. Costales Samaniego y Peñaherrera de Costales, señalan los diferentes usos de la totora, y en particular se refieren a las esteras. Aunque sus referencias son bastante genéricas y no se alude en ellas a las localidades exactas donde se obtuvo la información, traemos aquí algunas de sus observaciones bajo las voces "estera" o "canasto":

"Esteras: Pieza rectangular de distintos tamaños, tejida o trenzada en totora, carrizo partido o cualquier otro material fácilmente manejable. Dentro del menaje doméstico, el indígena o campesino a la estera consideran elemento indispensable. Desempeña funciones de silla, cama, alfombra, tabique. Con ella cubren el piso de la habitación de tierra o ladrillo, acondicionan los colchones en la cama. Con estas piezas tejidas confeccionan compartimientos, divisiones dentro de una pieza. Finalmente, la utilizan en tumbados de medias. Construyen trojes, colcas o graneros para secar cereales, etc. Durante las celebraciones campesinas, con esteras construyen huaylangas, chinganas para expender alimentos, licores, refrescos. Los palcos situados en los cuatro costados de la plaza, forran con esteras... Con nada reemplaza el campesino

la estera en labores domésticas y agrícolas. Por ello su crecida demanda y la existencia de comunidades dedicadas exclusivamente a su elaboración, en la sierra ecuatoriana.

Para el sirichi los recién casados tienden una estera nueva. Las primicias de la cosecha, las conservan en trojes fabricados con igual tejido. Las mujeres campesinas efectúan su alumbramiento de preferencia sobre una estera. A los muertos, antes de que se enfrién, para la absolución purificatoria y mortaja, colócanles sobre una de ellas. La vida de ciertos poblados campesinos en lo geográfico, se relaciona con los pozos donde existen manchas de totora" (1968: 441-442).

En otro lugar, los autores señalan: "los tejedores, como únicos instrumentos para su pequeña industria campesina, disponen de la habilidad de sus dedos, y una piedra redonda con la que golpean sucesivamente las hileras trenzadas... En la sierra existen determinados centros productores de esteras, especialmente las comunidades localizadas en torno a las grandes lagunas de San Pablo, Yaguarcocha, Mojanda y Colta, etc. o en los valles pantanosos de Gualaceo" (1968: 442, véase también esta misma obra bajo las voces "canasta" y "totora").

Esta larga referencia contiene multitud de informes valiosos; tiene, empero, el grave inconveniente, desde el punto de vista antropológico de una extrema generalización que nos impide dis-

(28) Otro descenso catastrófico de los niveles del lago ocurrió en el año 1925 (Matos, 1964: 64).

tinguir entre zona y zona, lugar y lugar, no sabiéndose qué rasgo pertenece a cada lugar. El antropólogo debe distinguir cuidadosamente la presencia de rasgos culturales, según los lugares específicos. Por otra parte, incurren los autores en algunas inexactitudes, tal vez por desconocimiento del lugar. En efecto, en las lagunas de Mojanda no existe totora, y menos aún comunidades que la trabajen, pues el paraje está enteramente deshabitado. Además, hablan de "trenzado", cuando, en realidad éste no existe, al menos en la sierra norte del Ecuador. Se trata, en cambio, de un verdadero tejido de típica técnica de Sarga de Batavia, como veremos. Heiser señala que el trenzado de esteras es raro en el Ecuador, siendo lo más frecuente, en cambio, en el Perú (1977: 7-8).

6. Aspectos botánicos y geo-ecológicos:

6.1. Acosta-Solís (1969: 182) señala la existencia de tres especies de totora (29) en la sierra norte del Ecuador:

(29) Entendemos aquí por totora sólo a las especies del género *Scirpus*, de la familia de las *Cyperaceae*. En efecto, según veremos, en la sierra norte sólo este género es empleado en la confección de esteras. El género *Typha* muy común en toda la zona, si bien es conocido también con el nombre de totora en varios lugares de la sierra (v. gr. Salinas, Imbabura, observación personal de 25-VII-77 y 16-IX-77) no es llamado totora por los tejedores de esteras, habitantes de las riberas de Yaguarcocha y San Pablo, donde se le da otra denominación, como veremos. Estos buenos conocedores de sus características y empleo, las saben distinguir con esmero

Scirpus californianus (Mey.), *Scirpus inundatus* y *Scirpus riparius*, syn. *Scirpus totora*.

En otro lugar, el mismo autor (1969) agrega otras dos especies para la zona: *Scirpus triqueter* y *Scirpus americana*.

Acerca del empleo de estas especies señala: "... los cladodios o falsas hojas (son) utilizadas en la confección de "esteras", petates, abanicos, aventadores, canastas de diferentes formas y tamaños... En las proximidades de las lagunas, como en San Pablo, Cuicocha, etc. de la provincia de Imbabura y en Colta, donde existe abundancia de esta Ciperácea, existe una verdadera industria de la "totora"; esta industria está en poder de los indios otavaleños, al norte de Quito y entre la Ciénega y Tánicuchi (Provincia de Cotopaxi) y entre Cajabamba y Colta, en la provincia de Chimborazo. Sin embargo de la importancia de esta planta, no se cultiva; la producción es solo natural" (1961: 254-255).

6.2. Heiser en un reciente trabajo de revisión sobre nuestros conocimientos acerca de la totora en Ecuador y Perú (1977) sólo alude a la presencia de *Scirpus californicus* (no *californianus*!) en la sierra del Ecuador (30). Citando

(30) Heiser en comunicación reciente (16-VI-76) nos dice "the most common totora and certainly the most widely used at lago San Pablo is *Scirpus californicus*". No excluye por tanto, la existencia de otras especies en la zona.

Koyama (1963) que ha estudiado la taxonomía de *Scirpus californicus*, distingue dos subespecies en la especie californicus: subsp. *californicus* y subsp. *tatora*. Dentro de la primera subespecie, vuelve a distinguir tres variedades. (Heiser, 1977: 13:16).

6.3. No nos pronunciamos aquí sobre si existe una especie de totora utilizada por el hombre en la sierra ecuatoriana, como parecería sugerir Heiser, o varias, como indica Acosta-Solís. Lo que sí importa es que la *Typha* sp. ("cattail", en inglés) es claramente distinta de *Scirpus* ("sedge", en inglés) y de las varias especies de junco (*Juncus* sp. "rush", en inglés) y que para fines artesanales en la zona que nos ocupa (parte serrana de la Provincia de Imbabura), sólo se utiliza la primera. (Cfr. Fig. 4, 5 y 6 para la diferenciación botánica de *Scirpus* y *Typha* sp.)

6.4. Asociación vegetal de *Scirpus californicus*. En las lagunas de Yaguarcocha y San Pablo, *Scirpus californicus* ocupa la zona inundada por el agua, hasta una profundidad aproximada de 1 m. a 1.50 m., y a veces, algo más (31). Esta zona es de un ancho muy variable dependiendo de la suavidad o abruptez del declive hacia el centro de la laguna.

(31) La profundidad de la totora que se encuentra más adentro, obliga, como relatamos a utilizar, en la laguna de Yaguarcocha, las balsas hechas ad hoc, para cargar los filodios de la totora, mientras el operario corta la planta.

La mayor "profundidad" (32) de la totora en Yaguarcocha la hemos observado en los sectores E y sobre todo SE de la laguna, donde la playa lacustre es de declive muy suave; es en cambio escasa en el sector S donde el declive es abrupto.

En el lago San Pablo, la mayor "profundidad" se da en el costado W y NW por donde la laguna evacúa sus aguas gracias al estero de Peguche. También es de consideración en los sectores E y S. Es en cambio, escasa, en el Sector Norte, en ambas lagunas.

Según observaciones nuestras hechas el 3-VIII-77 en la laguna de San Pablo (sector N), las plantas que acompañan a *Scirpus* sp. son: *Pteris quadrifolia* (en flor); *Calceolaria acutata*, de flor amarilla; *pylobium* sp. (en semilla); *Cyperus tricheter*, un junco característico, que alcanza aquí a 1 m. aproximadamente; *Calceolaria obscura*, de flor amarilla (en flor); *Cyperus minimus*, un junco que alcanza 0.20-0.30 (en flor); y un carrizo, probablemente *Phragmites communis*. Este último forma algunas manchas pequeñas, apretadas, en el agua. Todas estas plantas se encuentran en la zona de escasa profundidad (0 m. 1.00 m. de profundidad, aproximadamente). En la zona húmeda, abunda también entre la totora la "lechugilla", conocida en otras partes como

(32) "profundidad" en el sentido de penetración de la planta desde la orilla o ribera (sector húmedo) hacia el interior o centro de la laguna.

"nenúfar del agua" (33), de hermosas flores color lila. Según informaciones recibidas en Yaguarcocha, esta "lechuguilla" fue plantada en el lago hace unos seis años para servir de refugio (alimento?) a la trucha (*Tilapia mozambique*) que se sembró en el lago para fines de pesca. Hoy es allí sumamente abundante, al igual que en Yaguarcocha.

Según observaciones hechas por nosotros el 20-VI-76, los "junquillos", máxime *Cyperus minimus*, forman una franja estrecha (10 - 15 m. de ancho), entre los sitios de cultivo y el comienzo del totoral. Es el lugar donde los moradores próximos indígenas dejan pa- cer sus vacas, puercos y aún ovejas (observación hecha cerca de "La Compañía", sector NW del Lago de San Pablo).

En las riberas de las lagunas altas del grupo de Mojanda: Caricocha, Yanacocha y Huarmicocha, no vimos en parte alguna ni *Typha* sp. ni *Scirpus*. Se encuentran, en cambio, varias espe-

(33) Esta planta, provista de flotadores, es comida con agrado por las vacas y puercos tanto en Yaguarcocha como en San Pablo. Los niños del Lago de San Pablo (Araque, La Compañía, etc.) suelen co- ger con rústicas redes y aún con las ma- nos peces pequeños entre la ciénega don- de flota este nenúfar. Un informante, Segundo Viñachi (de Arbol Pucará, sec- tor W. del Lago de San Pablo) nos dio el nombre "amboló" para esta planta y nos dijo que sacó gran cantidad de ella para abonar su campo.

cies de junco (34) (*Cyperus* spp.) y cerca del agua, en relativa abundancia, el "sigse" (*Cortaderia rudiuscula*). Este asciende por las laderas húmedas del Fuya-Fuya hasta cerca de los 4.000 m. Los juncos (*Cyperus* sp.) son comidos allí por caballares, únicos animales domésticos que observamos pastando en esos lugares (observación personal del 27-VII-1976) (35).

7. Denominaciones locales de los géneros de la totora y plantas afines:

Ya hemos dicho que en las zonas artesanales de la totora, se distingue con

(34) Uno de estos (en flor, en nuestra visita de 26-27-VI-76) alcanza alturas de 1.30 m. Convive con el *graminetum* o pajonal de altura.

(35) Nos hemos preguntado por la razón de la ausencia total de totoras en estos la- gos. Si fuera ésta la altura (3.730 m.), no se explicaría por qué crece tan lozana y se reproduce sin dificultad por semilla en las riberas del lago Titicaca (3.800 m. de altura). La razón, probablemente, ha de buscarse en la ausencia total de pobla- ción humana en las cercanías de estos cuerpos de agua. Si ésta es la razón, ha- bría que pensar seriamente en el hombre como agente de difusión de la planta, la que en este caso, tendría que ser repro- ducida por los rizomas (mediante trans- porte humano intencional) y no mera- mente por el viento u otras causas natu- rales. No existiendo población humana en la actualidad, ni rastros de ocupación humana estable en la antigüedad en di- cho paraje, parece perfectamente lógica la ausencia de las totoras en esas lagunas alto andinas.

cuidado a *Scirpus californicus* de *Typha* (*langustifolia*?). No así en zonas donde no se trabaja la totora.

En el Lago de San Pablo, los in- dígenas interrogados llaman "tutura" o "totora", según su grado de acultura- ción lingüística, a la totora. No hemos oído en ningún lado los nombres *matará* o *mirme* o *merme*, con que se la conoce en ciertas regiones del Perú, según testimonio Heiser (1977: 2) (36).

A la *Typha* spp. la conocen como *culla vara* (00074, 00075, 00081). Varios informantes la reconocieron en el acto, al mostrárseles la inflorescen- cia típica de *Typha* sp. (Véase Fig. 5).

En Yaguarcocha, llaman invaria- blemente totora (o aún *tótora*) a *Scirpus* y "joya" a la *Typha* sp. Nos hemos pre- guntado de dónde vendrá este curioso nombre de "joya". En quichua *hayak* (pronúnciese *jáyac*) significa amargo; (Ricardo, 1951: 43, col. 1). En el Lago de San Pablo dan el nombre de *jaya(c)* *jihua*, a una planta de tallos largos y flor amarilla que acompaña a la totora

(36) Según Heiser (loc. cit.) en el lago Junín (Perú central) se llama totora a un tipo de junco, y *merme* a *Scirpus californi- cus*. Ricardo en su Diccionario (1951) trae la voz *merme* o *mirme*, sólo para de- signar al "junquillo" (Ricardo, 1951: 151, col. 2). La "eneza" o "espadaña" es designada como *matará* o *tutura* (Cfr. párrafo 4.6. de este trabajo).

con frecuencia (37). Ahora bien *jayac* *jihua* significa "yerba amarga". Es po- sible que se haya producido una peque- ña modificación fonética de "*jaya(c)*" a "*joya*", con que es denominada hoy por todos en Yaguarcocha la *Typha* sp. y que esta denominación obedezca al gusto amargo (picante) de sus tallos (?).

En zonas alejadas de los centros artesanales, llaman totora tanto a *Scir- pus* spp., como a *Typha* spp. Tal cosa comprobamos tanto en Salinas y Tum- babiro (Imbabura), como en las márgenes del río Chota, (Juncal), lugares to- dos donde prospera en bastante abun- dancia *Typha* spp., en las zonas suje- tas a inundación.

Además de estas dos "totoras", los ribereños del lago de San Pablo re- conocen el *Itze*, una juncácea, proba- blemente *Cyperus tricheter*, cuyo tallo presenta una típica sección triangular (00073), y el *Illi* (pronúnciese *Ili*), que es otra juncácea que alcanza casi a la altura de la totora, muy abundante en Cusín, a juicio de nuestros informantes (00026) y que a veces es entremezclada en el tejido de las esteras (00037, 00066, 00077, 00079). Su tallo es de sección perfectamente circular, y termina en una punta aguzada. El *itze* del lago San Pablo, no lo hemos comprobado en el lago Yaguarcocha. Hay una tercera jun-

(37) Información personal de Eduardo Mon- teadeco (20-VI-76) al visitar el lago de San Pablo, corroborada por Yolanda Hi- dalgo (25-XII-77). Esta planta parece ser *Calceolaria obscura*.

cácea, de sección igualmente triangular, muy duro, que no se puede tejer, y que alcanza alturas no mayores de 1.00 m. y que es denominado "coquillo", en Yaguarcocha, donde sólo es comido por los animales y es bastante abundante entre la totora, a escasa profundidad. Todas estas plantas, en particular el Itze y el Illi son consideradas dañinas para los stocks de totora, y se les suele eliminar ("limpiar"), en el lago de San Pablo, cuando se corta la totora (00028, 00061, 00079) (38).

Varios de nuestros informantes nos señalan que el Itze jamás se teje, pero que, en cambio, el Illi (Ili) cuando está grueso, puede mezclarse con la totora (*Scirpus* sp.) para el tejido de las esteras (00006, 00074, 00077, 00079). Esto ocurre solamente en la zona de San Rafael y vecindades, pues en Yaguarcocha no parecen conocer el Illi; tampoco lo observamos allí en nuestras numerosas visitas a la laguna.

8. Siembra, crecimiento y maduración de la totora (*Scirpus* spp.):

8.1. Tanto de las informaciones reco-

(38) También la joya o culla vara (*Typha* spp.) es considerada dañina para los totorales, y se procura cortarla y quemarla, cuando cortan la totora, pues dicen avanza a expensas de ésta (00039). Los números entre paréntesis son los propios de las fichas-tipo, utilizadas en la confección de este trabajo; estas fichas quedan en poder del autor y copia de las mismas, ha sido depositada en el Centro de Documentación del IOA (Otavalo, Ecuador), para cualquier consulta.

gidas en el lago San Pablo como en Yaguarcocha, se deduce claramente que la totora es plantada introduciendo en el lodo de las orillas, partes del rizoma de la planta. Todas nuestras preguntas referidas al empleo de la semilla para su propagación artificial, fueron contestadas negativamente. El rizoma de la totora es denominado sapi en San Pablo (00028, 00030, 00031). En Yaguarcocha la llaman simplemente "raíz de la totora". Esta se limpia del lodo que la acompaña (00025), y se entierra a poca profundidades, haciendo un hoyo en el agua con una palita o un simple palo, y luego presionando con el pie hasta enterrarla bien; una informante nos indica que la "totora se siembra como el camote, o el maíz en huachos", enterrando un trozo de rizoma, a una distancia aproximada de 30 a 40 cm. una de otra, aprovechando la máxima baja del nivel de la laguna, lo que ocurre cada cierto número de años (00034, 00038). De esta suerte, se hace avanzar hacia dentro de la laguna a los stocks de totora. Por cierto, nuestros informantes reconocen que la totora al prohiñar y reproducir sus rizomas, va avanzando también lentamente en forma natural pero este proceso es muy lento. Dicer que les conviene "sembrar" la totora (es el término que usan) cuando arriendan una superficie importante de total: 5-6 brazas, como mínimo (39)

(39) Una "brazas" es una medida equivalente a 1,5 m. y expresa el largo obtenido extendiendo ambos brazos. Esta es la medida usual en Yaguarcocha para arrendar (y tener derecho a cortar) una sección del total.

Para sembrarla utilizan una barra o una pala, para hacer el correspondiente agujero, y luego el pie para empujarla más hondo y taparla del todo (00034, 00071). Una informante recuerda que la última siembra de que tenga memoria realizada en Yaguarcocha fue hecha hace unos 8 a 10 años, "cuando se secó la laguna" (00038 y 00039).

8.2. Tiempo de maduración de la totora.

8.2.1. Según todos nuestros informantes, la maduración de la totora es más rápida en Yaguarcocha que en San Pablo. La razón ha de buscarse en la mayor temperatura media del agua de la primera y el clima más caliente de la dicha área. Así, se asigna allí corrientemente seis meses al crecimiento de la totora, a partir de una corta, hasta su maduración. Se considera "madura" a la totora, cuando ésta desarrolla plenamente su inflorescencia. En este momento, puede cortarse, pues ha alcanzado allí su máximo tamaño (cladodios) (00005, 00035, 00074). En cambio, en el lago de San Pablo, esta maduración es más lenta, y, de acuerdo a nuestras informaciones, se corta después de transcurridos 8 meses (00028, 00029) o según otro informante entre 7 y 8 meses (00061). Pero ninguno señala los seis meses considerando normales para Yaguarcocha.

8.2.2. El hecho de que la planta (*Scirpus* sp.) requiera de seis u ocho meses de crecimiento normal, según la zona, nada tiene que ver con el tiempo o mes

en que se le corte. En efecto, en la práctica los ribereños de ambos lagos nos señalan que se corta prácticamente en cualquier tiempo, bastando para ello que la planta haya adquirido su completa madurez (inflorescencia). De hecho, esto depende de numerosos factores: la cantidad de totora que tengan, si los totorales son propios o arrendados, y, finalmente, de las necesidades de materia prima que tengan. Madurando la totora, no pueden, sin embargo, diferir su corte sino por poco tiempo.

Algunos informantes, con más conocimiento de la totora que crece en los pantanos de Cusín o Huaycupungo, nos informan que en éstos, el crecimiento es algo más lento que en el propio Lago San Pablo, seguramente por la variable disponibilidad de agua en dichas áreas. De hecho, donde puede asegurarse una constante cantidad de agua, el crecimiento de la totora alcanza los tiempos señalados. Estos pueden, por cierto variar, si varía el constante clima, y se producen sequías.

8.2.3. El tema de la variación climática y el influjo de la sequía requiere un breve análisis particular. Son numerosos los entrevistados que aseguran tener totorales propios, pero que no los pueden explotar en este momento por estar "secos". Esto vale para el lago de San Pablo, ya que en Yaguarcocha no existen propietarios de totorales ribereños que los explotan por sí mismos. Todos los dueños de predios agrícolas ribereños y que tienen totora, los entregan en arriendo (Cfr. 00005, 00015,

00018, 00027, 00029, 00031, 00036, 00041, 00065, 00070, 00075). Una informante nos asevera que soportan (en Yaguarcocha) ya tres años de sequía consecutiva, y que los meses peores para la totora (por el descenso de las aguas del lago) son los de Noviembre y Diciembre. Hemos confirmado esta afirmación mediante otro entrevistado (00070) quien nos aseguró que en este año 1977 (con fecha 25-XII-77) sólo ha llovido cuatro veces en la zona, habiéndose perdido irremediablemente tanto el maíz, como los fréjoles y demás cultivos de secano en el área (40).

Son pocas las zonas que se libran de la sequía. En el lago de San Pablo, la principal fuente de abastecimiento de totora en tiempos secos es Araque, donde existen numerosas vertientes naturales (Pogyos) que las alimentan, y en Cusín y proximidades. Esta situación trae consigo el encarecimiento de la materia prima, al aumentar considerablemente la demanda en dichas áreas. (Cfr. 00024, 00026, 00028, 00027, 00029, 00030, 00053, 00054, 00057, 00066, 00075, 00089).

Los totorales de Yaguarcocha, en cambio, se han visto seriamente afectados por la sequía reinante, de suerte que en nuestras postreras visitas al lago (diciembre 1977), pudimos ver una

(40) Lamentablemente, el agua llegó un poco más tarde. En efecto, llovió bastante el día 28-XII-77 y días subsiguientes. Pero las cosechas de secano ya estaban perdidas en la zona de Yaguarcocha.

buena parte de ellos enteramente secos. Es verdad que los interesados (arrendatarios) procuran cortarlos a medida que disminuye el agua, cuando todavía el material es aprovechable, pero, en tales casos, se pierde un tiempo precioso para la renovación de la planta, la que al quedar en seco, no puede regenerarse sino muy lentamente y en parte se pierde.

Hay antiguos planes de elevar el nivel del lago en Yaguarcocha mediante una aducción de agua desde el río Taguando. Tal canal, que estuvo en funcionamiento por un tiempo, y que pronto —se espera— estará nuevamente habilitado (41), podría regular el nivel de las aguas del lago, reduciendo considerablemente el problema de escasez de materia prima para los artesanos de la totora. Había que calcular, sin embargo, si el aporte del Taguando será suficiente para mantener un nivel constante de las aguas del lago Yaguarcocha, máxime si se quiere, a la vez, aportar algún riego a la agricultura de secano.

9. Extracción de la materia prima:

9.1. Ya hemos indicado que el tiempo

(41) El canal quedó embancado al producirse un derrumbe del cerro, el que sólo recientemente ha sido limpiado. Pero aún no llega agua al lago por esa vía (27-XII-77). Fuera del aporte de las aguas lluvias, en consecuencia, casi no existe otra alimentación del lago, a no ser unos escasos "ojos de agua" existentes en la llamada "Vuelta de la paloma" (00041).

de corta es variable, dependiendo de circunstancias varias de carácter climático, local y aún individual. Sin embargo, nuestros informantes en ambos lagos nos dan a entender que los meses preferidos de corta son los de Agosto, Septiembre y Octubre. Al menos nuestros entrevistados preferentemente habían cortado en dichos meses. Estos meses, como se ve, coinciden con el verano y la temporada seca. Tal vez la razón haya que buscarla en la necesidad de cortar los stocks de totora por entonces, antes que la excesiva baja del nivel de las aguas (que llega a su máximo en diciembre) haya agostado y destruido los totorales. En los meses restantes no se siente tal necesidad, por haber suficiente provisión de agua, la que por sí sólo fomenta el crecimiento normal de la planta. Pero esta es sólo una hipótesis. (Cfr. 00028, 00073). Seguramente, deben conjugarse para ello aspectos de necesidad de materia prima, condiciones climáticas y aún necesidades económicas (42).

9.2. Sitios, tamaño y denominaciones de los lugares de extracción

9.2.1. Los mapas 2 y 3 (al final de es-

(42) En este contexto, convendría estudiar el impacto de ciertas festividades locales, en particular la festividad de San Juan (24 de junio) sobre la demanda de esteras y su mayor producción por los artesanos. Así lo insinúan algunas referencias de informantes. Hay indicios de que los artesanos de San Rafael casi duplican la producción de esteras en los días previos a la fiesta de San Juan.

te trabajo) muestran bien a las claras cuáles son los sitios de mayor abundancia de la materia prima (*Scirpus* spp.). En el lago Yaguarcocha (Mapa 2), la mayor cantidad de totora se da en el sector E y, sobre todo, SE. Es sumamente escasa en el N, algo más abundante en el sector S y de regular abundancia en el costado W. El lugar de asentamiento de casi la totalidad de los tejedores de esteras en el pueblo de Yaguarcocha, y a lo largo del antiguo camino empedrado, al Se y S del actual pueblo, está plenamente justificado por la proximidad a los lugares de mayor abundancia de la materia prima. El pueblo actual de Yaguarcocha se encuentra prácticamente en el centro mismo de las áreas de existencia de totorales.

En el lago San Pablo (Mapa 3), la mayor concentración de totorales se da en los costados E y S (en este último se encuentran los poblados de San Rafael y los vecindarios de Villagrán Pugro, y Cachibiro), en el costado W y, sobre todo, NW (Pucará, La Compañía). No existen prácticamente totorales en la margen N del lago, donde los indígenas han ido paulatinamente perdiendo sus tierras con acceso a la laguna, y donde se han ido asentando algunos blancos que han construido allí sus casas de veraneo. En cambio, en los sectores situados al S de la laguna, los indígenas han defendido acérrimamente sus tierras y su acceso a la laguna y a los totorales. Las haciendas mantienen el acceso a la margen E de la laguna, al parecer desde tiempos

muy antiguos.

El lugar de mayor abundancia de totorales, es el costado NW de la laguna de San Pablo, en la vecindad de las comunidades de Pucará y de La Compañía, y de modo particular, en el origen del estero de Peguche, que sirve de desagüe natural del lago hacia el W. A pesar de que existen tejedores de estereras en Pucará, la gran mayoría de los artesanos de la totora se sitúan en la margen S del lago. Curiosamente, en Araque, lugar donde existen potentes totorales alimentados por vertientes naturales, hay poquísimos tejedores. Los dueños de los terrenos (casi todos lugareños), arriendan totorales o venden totora a los habitantes de la ribera opuesta (San Rafael y comunidades vecinas).

9.2.2. En Yaguarcocha la totora se compra por "brazas". Una braza constituye una porción de terreno de totoral, de un ancho aproximado de 1,5 m. (el largo dado por los dos brazos extendidos) y que se adentra en el lago. Una persona puede comprar el derecho de explotar una o más brazas, según las posibilidades económicas o número de personas que trabajan en casa. El precio de la braza es variable según sus dimensiones, es decir, según la extensión o largo de la misma, hacia el centro de la laguna. Hay brazas que cuestan S/. 30,00 c/u (00037), otras cuestan un poco más hasta S/. 50,00 (00022, 00023, 00034, 00036, 00037, 00038, 00041, 00051, 00052, 00057). Al comprar una braza de totora, se

adquiere el derecho de cortar, en el momento en que se estime conveniente, la extensión de 1,5 m. de totoral, hasta su término (hacia adentro). Tal faena es realizada normalmente por cada comprador y no suele hacerse en minga en Yaguarcocha, por tratarse de sectores más bien pequeños. La minga, en cambio es frecuente en San Pablo.

Pero también es posible en Yaguarcocha comprar mantas de totora. Una manta de totora ya cortada extendida en el suelo, y puesta a secar, en hileras muy rectas, en la margen de la laguna. Puede comprarse una manta a un propietario (que ha hecho cortar ad hoc) o a un arrendatario que está dispuesto a vender su parte, puesta ya a secar. Estas mantas pueden ser "pequeñas" o "grandes", según su largo. Se considera una manta pequeña, la que mide de 6-7 m. de largo. Una "manta grande" puede medir unos 12-18 m. de largo y aún más. Pueden valer de S/. 150,00 a S/. 200,00 según su longitud (00040). Comprar una manta de totora ya seca, es mucho más caro que comprar una braza ya que se ha hecho el trabajo de corta y secado y el material está preparado para el trabajo del tejido.

9.2.3. Las mantas de totora constituyen un aspecto característico del paisaje ribereño del lago, junto a los totorales. En efecto, una vez cortada la totora por los arrendatarios o dueños (en el caso de Yaguarcocha, generalmente sólo arrendatario), ésta se saca

por huangos (43) y en chingas (44) hasta la orilla de la laguna, donde es puesta a secar sobre el pasto. Cada dueño de una braza extiende cuidadosamente su totora, en filas bien dispuestas, y separando claramente su manta de la de su vecino. La separación en Yaguarcocha se obtiene mediante un corto tronquito (palo) de sauce de una a dos pulgadas de diámetro, que es enterrado verde (*Salix humboldtiana* syn. *Salix chilensis*) sobresaliendo apenas unos 15-20 cm. de la superficie del terreno. Estos tronquitos suelen brotar y constituyen para ellos marcas claras de pertenencia de la manta respectiva. Desde lejos, estas mantas en distintas etapas del secado, se ven como manchas amarillentas o verdoso-amarillentas que destacan nítidamente del verde paisaje adyacente (45).

(43) huango es un atado grande de totora, formado por varias chingas o atados menores. El huango puede llegar a tener un diámetro aproximado de unos 50-60 cm.; la chinga, solo unos 20-25 cm. De wankana: liar, amarrar, (Ricardo, 1951: 48, col. 1).

(44) La chinga, siendo menor, puede cómodamente ser trasladada a la orilla por un niño. No así el huango, constituido por 6-8 chingas, y mucho más pesado. Estos, sin embargo, son trasladados generalmente por las mujeres.

(45) Desde lo alto de la carretera vieja, empedrada, que desde el SW se aproxima al pueblo de Yaguarcocha, es posible tener este soberbio espectáculo, en particular en los meses de Septiembre a Diciembre.

9.2.4. En Yaguarcocha no hemos encontrado otras denominaciones para las porciones de terreno de totoral, con que se alquila o compra la materia prima. En general, los terrenos de los propietarios agrícolas próximos a la laguna que poseen totorales, tienen un escaso frente a la laguna, siendo por lo común no superior a los 25-30 m. Este hecho, confrontado con la situación en la laguna de San Pablo que analizaremos, puede explicar la ausencia de otra terminología, para porciones más extensas de totoral.

9.2.5. En la laguna de San Pablo, la terminología de las porciones de totoral es mucho más compleja. Si bien también aparece el término braza para designar al trozo de totoral que se alquila y corta (00051), en general se prefiere usar otras denominaciones. La más común parece ser "pasos". Se compra por paso una porción de totoral, lo que equivale aproximadamente a una extensión de 80 cm. (largo de un paso normal), y que, en la práctica, viene siendo la mitad de una braza. No obtuvimos precio por cada paso, siendo esto muy variable, de acuerdo a su longitud hacia dentro de la laguna (00024, 00027, 00057). También se compra por metros (00025, 00027), lo que parece ser mucho menos común. Estos dos nombres: pasos y metros designan unidades fijas mínimas, y parecen referirse, según interpretamos la información recibida, a compras de pequeñas cantidades de totora.

Para cantidades más grandes, pre-

fieren usar el término "raya". Una raya cuesta en San Pablo la cantidad de S/. 300,00 según nos indica un informante de Langaburo, con lo cual suponemos sea esta medida aproximadamente seis veces mayor que una braza de San Pablo (00053) (46).

También se compra en Araque por lotes (00028). No investigamos cuál sea el alcance exacto en superficie de este término. Mucho más frecuente, para compras de extensiones mayores de totoral, parece ser el término *chagra*. Este término no designa una superficie exacta, ni siquiera del frente de la laguna, como es el caso de las *brazas* o de los *pasos*. Parece ser muy fluctuante, de acuerdo a las informaciones recibidas. En efecto, una información nos habla de una *chagra* que medía 52 m. x 20 m. y que costó S/. 1.000 (00059), otra que medía 20 varas x 20 varas, que costó S/. 300,00 (00061) y *chagras* de extensión no especificada, que costaron de S/. 200,00 a S/. 300,00 (00062). Es evidente que estas superficies son sólo una indicación genérica y equivalen a una porción variable de totoral, dependiendo su precio de su tamaño real.

Asimismo se habla en San Pablo del término "Terreno de totora". Es-

(46) Cada "raya" es, según un informante, una superficie de 50 pasos de largo (aproximadamente 40 m.) x 10 pasos de ancho (aproximadamente 8 m.). Es decir una superficie aproximada de 320 m² (00053).

te término parecería, a primera vista, involucrar mayor precisión en su superficie. Mientras una informante mujer nos asegura que un terreno equivale a una cuadra (10.000 m²) que fue comprado en S/. 2.500,00 (00079) y que su elevado precio obligó a realizar la compra entre 2 o 3 personas, otra nos aseguró que otro terreno comprado entre dos personas, costó S/. 1.200,00 (00075). Finalmente, tenemos el dato de otro terreno adquirido en S/. 1.000 (00029); A juzgar por la gran desigualdad de los precios, cobrados prácticamente en los mismos lugares, (máxime en Araque), tenemos la casi certeza de que el término tampoco designa una superficie perfectamente establecida (47). Este tema de las medidas de totoral requeriría de una investigación mucho más detallada, la que trasciende el objetivo de este trabajo de investigación.

9.3. La corta y secado de la totora

9.3.1. La corta de la totora se realiza generalmente mediante el machete o la hoz. Hemos visto ambos instrumentos en acción, tanto en mano de los hombres, como de mujeres. Algu-

(47) No ha de sorprendernos esta falta de precisión y regularidad en la designación de las superficies. Tampoco tenían precisión alguna en el imperio incaico las superficies que indicaban por *topos* (tupu). El *topo* era una superficie de cuyo usufructo podría vivir una familia. Su tamaño dependía de la geografía del sitio y de la productividad de la tierra en dicha área.

nas mujeres preferían la hoz (00005, 00024). En una ocasión (visita del 2-VIII-77) vimos a 13 mujeres que estaban cortando totora en el extremo SE del lago de Yaguarcocha; estaban acompañadas de niños de ambos sexos que les ayudaban a amarrar y a cargar las chingas. A esta operación de cargar llaman *marcar*, y la carga *marcay* (*markay*), término de indudable origen quechua. En el Lago San Pablo cortan hombres y mujeres; en Yaguarcocha, preferentemente las mujeres, por cuanto son sólo éstas las que se dedican por completo a esta artesanía, mientras sus esposos trabajan en la ciudad de Ibarra, o en el mismo pueblo de Yaguarcocha. Los esposos sólo pueden ayudar los días en que están libres de trabajo en la ciudad, o en el pueblo. Así, en visitas nuestras realizadas en día domingo, pudimos ver a hombres ayudando a cortar la totora, a liar las chingas y huangos y a cargar éstos en los burros para llevar el material, ya seco, a casa.

La totora se corta muy cerca del nivel del agua. Se procura obtener la planta del largo mayor que sea posible. Muy pocas veces obtienen largos superiores a los 2 m. Y la altura de la planta depende, en buena medida, de la cantidad de agua de que haya dispuesto durante su crecimiento. La braza (1.50 m. de largo), de hecho viene a constituir la longitud media de la planta ya cortada. Es, pues, una medida dada por la naturaleza misma de la planta. Al cortarla, va siendo extendida de inmediato al lado, siguiendo la

línea de la braza, esto es, proceden sus cortadores en línea recta, internándose hacia el centro de la laguna. Cada braza tiene generalmente un dueño. Por tanto, puede darse el caso —observado por nosotros— de trece mujeres que, una al lado de la otra, iban cortando sus brazas, adentrándose en la laguna. Para ello deben hundirse no poco en el agua, teniendo que arremangarse sus pantalones o faldas. En las partes más hondas, donde se supera los 70-80 cm. de profundidad del agua, se recurre a las balsas de las que hablaremos después, en las cuales van cargando las "hojas" o cladodios de la totora. Estas balsas, rudimentarias embarcaciones del lago, permiten ir cargando el producto de la corta que luego es conducida, empujada a mano, hacia el lugar donde se desembarca y se pone a secar.

9.3.2. El secado de la totora

Una vez conducido los huangos y chingas, por niños y adultos (estos últimos casi siempre son mujeres en Yaguarcocha) a la orilla, la totora es puesta con todo cuidado a secar, muy próxima al agua. El secado dura ocho días tanto en Yaguarcocha (00040) como en San Pablo (00063). En este último lago, a veces la tienen algo más, hasta dos semanas (00025). Este es el tiempo ideal, pero en ocasiones se ven obligados a tenerla apenas cuatro días, para evitar que se la roben (00066). Al extender la totora para secarla, todas las hojas se ponen en el mismo sentido (dejando la inflorescencia hacia

un mismo lado), para permitir, una vez formado el huango, cortar los extremos de éstos; así se alivia al huango de un peso inútil. El sobrante se deja tirado en el mismo borde de la laguna.

9.4. Conducción de la totora

Transcurrida la semana del secado, y cuando la totora ha perdido buena parte de su peso en agua y adquirido un color amarillento, se forman las chingas y con éstas los huangos. Cada chinga o huango es amarrado, con la misma fibra de totora, en haces consistentes (con cuatro amarras), que permiten su transporte seguro. En esta faena interviene toda la familia de San Pablo. En Yaguarcocha, tan sólo las mujeres y los niños, a no ser que sea día domingo y día festivo y se cuente con la presencia de los esposos. Los niños ayudan a liar las chingas. Las mujeres amarran los huangos. Hecho el huango, que pesa aproximadamente dos arrobas (00052) la mujer o el hombre lo alza y deposita sobre su cabeza. Afirmado con ambas manos y sostenido sobre la cabeza, es lentamente conducido hacia la casa del tejedor. Si se dispone de un burrito, éste es cargado por dos hombres a la vez, quienes estiban uno por cada lado, los dos huangos, sobre el lomo del burro. Hay burros, nos aseguran, que pueden cargar hasta un máximo de tres huangos (seis arrobas) (48). Alquilar un burro para

llevar una carga de dos huangos desde la orilla E del lago Yaguarcocha hasta la vivienda, comporta S/ 2,00 por viaje (00052).

10. El lugar de trabajo:

En todas las viviendas de tejedores, se utiliza una habitación para el trabajo, donde simultáneamente se cocina y duerme. Es una habitación de uso múltiple. Durante el día, los enseres domésticos, se corren a los extremos y se deja espacio para que el tejedor o tejedora, sobre el suelo raso, pueda realizar su faena. Para esto, necesita una superficie mínima de 2.20 m. x 2.00 m., sin contar el espacio, al lado de los muros, donde se disponen las chingas ya preparadas para servir respectivamente de urdimbre y trama.

Raro es el caso de la vivienda que dispone el algún cobertizo auxiliar o un corredor suficientemente ancho, para el trabajo de las esteras.

La faena se realiza siempre a la sombra. La totora se deja remojando desde el día anterior, sea sumergida en agua, sea solamente humedecida rociándole agua de vez en cuando. El sol ardiente, particularmente en Yaguarcocha, provocaría la rápida desecación de la fibra y su consiguiente endurecimiento.

Cuando se ingresa a una vivienda, sea en Yaguarcocha, sea en San Pablo, uno ve atados de totora (huangos o chingas) en los costados, esteras con ropa de cama encima (las camas de los propietarios), y esteras en diversa etapa de fabricación. En una habitación

de una vivienda en Yaguarcocha, arrendada por indios otavaleños de San Rafael, observamos a dos muchachas que trabajaban simultáneamente en dos sendas esteras. Esta casa, excepcionalmente, tenía otra habitación destinada a cocina y dormitorio. Pero no es la regla.

11. Implementos confeccionados en totora

11.1. Implementos caseros: Se distinguen tres tipos principales de implementos de uso casero: a) aventadores o abanicos; b) las esteras; c) los pulones.

11.1.1. Aventadores. (Fig. 3): Al parecer, todos o casi todos los tejedores de Yaguarcocha, saben hacer aventadores. Ya hemos advertido que las que tejen en esta localidad son siempre mujeres. Algunos varones saben el oficio, pero no lo practican pues trabajan en otros menesteres (49). No es este el ca-

(49) La mayor parte de los esposos de las tejedoras de Yaguarcocha, trabajan como obreros en el aseo de la próxima ciudad de Ibarra. Tal costumbre parece tener su origen en la conducción forzada de indígenas de Yaguarcocha a Ibarra, para la limpieza de la ciudad, desde, por lo menos, los tiempos del presidente García Moreno. Es posible que tal costumbre sea mucho más antigua, y date de la Colonia. Según informaciones recabadas por el Dr. Ronald Stutzman (comunicación personal del 12-XI-77) esta costumbre aún estaba en práctica en tiempos del presidente Galo Plaza. Hoy en día los obreros concurren voluntariamente y reciben su paga. La antigua mil'ta para el aseo de Ibarra sobrevive en una forma de trabajo ancestral, actualmente voluntario y remunerado.

so de los tejedores del lago de San Pablo. Hay aquí una comunidad que se especializa en hacer aventadores, siendo casi ignorada su confección en los otros lugares. Este es el barrio de Londongo, en Cachibiro (00025). Hemos encontrado informantes que afirman hacen aventadores a pedido, pero que no lo acostumbra (00029). La razón parece ser estrictamente económica. Los aventadores tienen, relativamente, poca demanda, y su actual producción en Yaguarcocha y en Cachibiro, satisface de sobra esta demanda. Por otra parte, el valor comercial de un aventador: de S/. 1,50 a S/. 2,00 como máximo, no justifica el esfuerzo mínimo de un cuarto de hora que les demanda su elaboración.

Hemos oído denominarlos tanto aventadores como abanicos en Yaguarcocha. En San Rafael y proximidades, se denominan sólo aventadores. No poseen aquí nombre alguno quichua para designarlos.

En cuanto a la utilización práctica de los aventadores, como su nombre lo indica, sirven para atizar el fuego en las cocinas de leña o carbón, agitando con fuerza en la proximidad del fuego, y obteniéndose así una aceleración en la combustión, al inyectar aire y oxígeno en mayor cantidad. Hemos visto con frecuencia este uso en las chinganas que se establecen con ocasión de festividades religiosas (San Juan, 2 de Noviembre, y otras) o cívicas. Todas las chinganas levantadas en la plaza frente a la pequeña capillita de San Juan, en Otavalo, disponen de rús-

(48) El peso del huango es solo estimativo. Al urgirles en la pregunta, nos indicaron que era tal vez algo menos que una arroba.

ticas cocinillas u hornos a carbón, que son utilizados con aventadores locales.

Demás está decir que jamás hemos visto usarlos para abanicarse la cara o el cuerpo, aunque sí para espantar las moscas de la comida.

11.1.2. Esteras. La antigua denominación quichua de *quesana* no se ha conservado en la zona. El indígena de San Rafael, Pucará, La Compañía, o Araque le dirá *ishtira*, quechuización evidente del vocablo español, *estera*. El plural que hemos oído muchas veces, sigue las reglas fijas de formación del plural quichua: *esterakuna* o *ishtirakuna* (00062).

Las esteras representan el implemento por excelencia confeccionado en *tatora*. Tal ha sido la tradición, evidentemente de origen prehispánica, que descubríamos en nuestro análisis etnohistórico (Cfr. párrafo 4). Fueron las esteras, y no otros implementos elaborados en *tatora*, los que más llamaron la atención de cronistas y escritores tempranos en estas áreas de la sierra ecuatoriana, como también en otros lugares.

La confección de esteras representa, con certeza mucho más del 90 o/o del trabajo de los artesanos tejedores. En su comparación, el número de aventadores es mínimo. Por otra parte, los pulones son confeccionados con esteras, como veremos. En nuestras entrevistas en el mercado Amazonas de Yaguarcocha, pudimos constatar que la proporción numérica entre aventadores

y esteras, es, grosso modo de 1: 10. En un lugar donde tenía aproximadamente en venta unas cien esteras, apenas tenían unos 7-8 aventadores.

La abundancia de las esteras en relación a los aventadores, dice relación directa con la multiplicidad de usos que se da a las primeras. En el párrafo que sigue, analizamos la tipología de esteras, observable en nuestra zona, y, al mismo tiempo, el empleo que se suele dar a cada tipo.

11.1.2.1. Tipología de las esteras.

11.1.2.1. Tipología de las esteras.

En principio, se puede decir que se confeccionan esteras casi de cualquier tamaño. De hecho, la única limitante es el tamaño máximo que alcanza la *tatora*, la que muy rara vez alcanza más de 2,5 m. de largo. Esta limitante, hace que sea casi imposible confeccionar esteras superiores a los 2 m², a no ser seleccionando el material y procurándose en los lugares donde la *tatora* adquiere su máximo crecimiento.

Sin embargo, la costumbre ha fijado ciertos patrones en el tamaño de las esteras, y ha acuñado, en consecuencia nombres específicos, tanto en castellano como en quichua, para dichos tipos.

Tipo 1: "estera grande" generalmente de 2m. x 1,30 m. Es la que se usa preferentemente en las divisiones para los cuartos, e igualmente, como muros

provisorios en las chinganas que se instalan en las fiestas. Esta estera generalmente se hace por encargo especial, y no es frecuente encontrarla en venta. En las chinganas que se instalaron para el 24 de Junio de 1977 en la plazoleta de San Juan, Otavalo, pudimos contar hasta 8 esteras de estas, formando los muros de las mismas. En el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra pedía S/. 30,00 por una de éstas (00046) (50).

Tipo 2: "cama grande". Es la que usa frecuentemente en las camas de 2 plazas o plaza y media. Su medida standard es de 1,80 m. x 1,30 m., variando muy poco su tamaño. Esta estera es la más abundante y la que tiene más demanda. Todos nuestros informantes tejedores, tanto hombres como mujeres, confeccionan preferentemente este tipo, y muchos, sólo éste. (00001, 00002, 00006, 00020, 00026, 00027, 00031, 00034, 00035, 00037, 00040, 00042, 00047, 00054, 00057, 00058, 00060, 00061, etc.).

Este tipo es empleado directamente como cama, en las viviendas pobres, tanto indígenas como mestizas, es empleado como protección, debajo del colchón, en las viviendas más acomodadas que disponen de catre, como asiento en el interior de las casas, como divisiones de habitaciones o muros in-

ternos; las hemos visto empleadas cerrando la estructura de madera o de metal en la parte de carga de los camiones a modo de barandal. Este tipo de esteras es el que es usado corrientemente para confeccionar los pulones o depósitos de granos.

La estera no suele nunca ponerse en los muros, adosada a ellos. Pero sí constituyen en sí mismas muros débiles en divisiones internas de cuartos o corredores, o para cerrar ventanas o agujeros.

La estera es el lugar obligado donde se sientan los invitados a una vivienda indígena, sobre el suelo. Allí dialogan, beben y después de algunas horas de tomar aguardiente o huarapo, terminan durmiéndose allí mismo.

Esta es la estera que es conducida en grandes bultos, llamados generalmente cargas hasta las ciudades vecinas a Quito, San Gabriel, Tulcán, Guayaquil, etc., y, viajes mucho más prolongados, hasta Colombia y frontera con Venezuela. En San Rafael, junto a la carretera Otavalo - Quito, se ven a diario enormes conjuntos de cargas esperando algún camión bananero y otros vehículos que crucen la frontera con Colombia. Cada carga de esteras contiene 25 esteras (00024, 00027, 00036, 00053, 00072).

Las cargas que viajan a ciudades alejadas o al exterior, proceden casi únicamente de las localidades de San Rafael y sus comunidades de Cachibi-

(50) Nuestra informante de San Rafael (00025) nos indica que la estera grande (tamaño gigante 2,00 x 1,30) es muy solicitada en la época de la fiesta de San Juan (24 de junio).

ro, Huaycupungo, Villagrán Pugro, Langaburo (00024, 00028, 00029, 00031, 00036, 00054, 00072, 00074, 00076). Son numerosos los entrevistados que dicen viajar de ordinario, o a veces, hasta Colombia (Cali, Medellín, Cúcuta) y hasta Venezuela. Al analizar la distribución de la artesanía, expondremos, los lugares donde se llevan las esteras y el número de entrevistados comprometidos en este comercio de larga distancia. Este tipo de estera es denominada en Yaguarcocha "estera de cuja" (00037) (51).

Tipo 3: "media cama" Llamada en San Rafael y en las comunidades indígenas "huacha cama". Mide generalmente 1,80 m. de largo por 1,00 a 1,10 m. de ancho. Es utilizada en las camas más pequeñas generalmente para ser usadas por los niños. En el piso de una pieza-habitación indígena, es corriente observar este tipo y el anterior (tipo 2), como camas. Sobre ellas, en desorden, se pueden ver las cobijas con que se cubren. A veces este tipo de estera suele denominarse "estera mediana". Este tipo de estera, además

de cama, es usado como asiento. Muchas actividades en la vivienda indígena, como cocinar, vestir o cambiar a los niños, separar los granos, son realizadas sentados en estas esteras o en las algo mayores del tipo anterior.

Tipo 4: Llamada "uchilla cama" ("cama pequeña", en quichua), que suele medir 1.00 m. x 0.80 m. Equivale este tipo a la media cama" y puede ser usado, y lo es, como camita de niños pequeños. Este nombre nos fue dado por un informante quichua, radicado en Yaguarcocha (00042) y por otro de Cachimero, San Rafael (00074).

Tipo 5: Muy parecida a la anterior, suele medir 1.00 m. x 1.00 y le llaman "asiento" (00027). Probablemente, debería incluirse, junto con el anterior, en un solo tipo, por la semejanza en el uso y en el tamaño (52).

Tipo 6: Otro tipo que también denominan "asiento" y que cumple tal función con toda propiedad durante el trabajo de confección de las esteras grandes o "cama grande". Esta mide aproximadamente unos 1.10 m. de largo por unos 0.40 m. de ancho. Sobre

(51) Las esteras producidas en Yaguarcocha se expenden en su casi totalidad, en el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra, conducidas allí por sus fabricantes (00001, 00002, 00034, 00035, 00036, 00037, 00038, 00040, 00042, 00046, 00048). Los que las conducen a las ciudades próximas de Tumbabiro, Salinas, Bolívar, Pimampiro, San Gabriel, son revendedores. Entre los vendedores de Otavalo (Plaza Copacabana) sólo uno traía esteras de Yaguarcocha (00067).

(52) Los tipos aquí denominados 4 y 5, suelen usarse, de acuerdo a nuestros informantes, para colgar en el muro de la cocina, con el objeto de insertar cuchillos, tenedores, cucharas y otros implementos culinarios. Los hemos visto en varias viviendas mestizas en Yaguarcocha y también en chinganas en la festividad de San Juan, en Otavalo (24-VI-77).

ella, se arrodilla la tejedora. Sirve no solamente para hincarse sobre ella, sino, más que nada, para proteger a la tejedora de la humedad que exsuda la totora, remojada en agua para que pueda ser trabajada. Pudimos observar este tipo de "asiento" en dos casitas de Yaguarcocha (00082).

Tipo 7: "cuadraditas". Reciben esta denominación en Yaguarcocha, donde las observamos en varias partes e incluso nos confeccionaron dos a nuestro pedido. Miden entre 0.45 m. x 0.50 m. x 0.50 m. (00034, 00040, 00043, 00047, 00068). También las hemos visto confeccionadas por tejedoras de San Rafael, con fibras dobles de totora, muy delgadas, resultando un bellissimo acabado.

Nos ha llamado la atención la falta de interés por producir esteras pequeñas, que pudieran servir de "individuales" y "centros de mesa", para el comedor, como se observa con tejidos semejantes en otros países (México, Guatemala, pero no en totora). Curiosamente, la parte más delgada del cladodio de la totora (la más próxima a la inflorescencia), que se prestaría para este trabajo más fino, y que parece muy apto para ser vendido como objeto propiamente artesanal y folklórico, más que de uso casero ordinario, es desechada por el tejedor. Cortada del extremo del huango, es dejada junto a la laguna. En tal capítulo relativo a sugerencias de tipo artesanal, volveremos sobre este punto.

11.1.3. Pulones. Se denomina Pulones a los depósitos de granos confeccionados con esteras de los tipos 1 y 2. El más frecuentemente utilizado, es el tipo 2, o "cama grande". Su forma y elaboración es en extremo simple. Se toma una estera y se cose cuidadosamente sus dos extremos (correspondientes al ancho de la estera). Queda así un cilindro, abierto por ambos extremos, casi perfectamente circular. Este se asienta simplemente en el lugar donde ha de quedar (bodega, corredor, habitación) y se empieza a cargar con grano. Observamos tres pulones, uno lleno casi hasta arriba y dos a medio llenar, en una casa de San Rafael. Yacían directamente sobre las tablas del piso, en un segundo piso. No tienen fondo alguno, ni hace falta, por cuanto es el propio peso de la carga de granos, la que impide por completo su movilidad. Quedan, pues asentados allí donde fueron instalados. Su altura es, como es lógico, exactamente la misma que da el ancho de la primitiva estera: esto es aproximadamente 1.30 m., perfectamente suficiente para poder echar o vaciar su contenido. Los vimos cubiertos con una simple tapa de tablas.

Este depósito es muy usado en las áreas de Angla y Zuleta para guardar toda clase de granos, en particular el maíz desgranado. De ahí se saca para darlo a las aves o para otros usos culinarios.

El diámetro que alcanza un pulón, es, aproximadamente, de unos 0.60 m. y su capacidad aproximada es de uno

a dos quintales. Representa, pues, un excelente y baratísimo sistema para construir un depósito de granos. Su única grave desventaja, es que es demasiado vulnerable. Los roedores (ratones) pueden perfectamente horadar su parte inferior, próxima al piso, y comer su contenido, pudiendo incluso pasar perfectamente «desapercibidos», si el agujero es paraticado en un costado invisible del pulón.

11.2. Otros elementos confeccionados en totora.

Fuera de los elementos ya dictados, confeccionados en totora, hemos tropezado con otros, estrictamente utilitarios, y que no son objeto de comercio de ninguna clase.

11.2.1. Los potrillos. Tanto Knoche (1930) como recientemente Heiser (1974, 1977) se han referido a los caballetes de totora en uso en el lago de Yaguarcocha y de San Pablo. Preguntando afanosamente por estos "caballetes", nos encontramos con varias sorpresas interesantes. En primer término, si bien es cierto que en el lago San Pablo son denominados tanto caballetes como balsas (00056, informante de Cachimero), tal no es el caso de Yaguarcocha. En esta laguna, no se conoce para nada el nombre de caballetes. Explicando nosotros qué buscamos, nos dijeron que el nombre local era potrillo (plural: potrillos). Obtuvimos numerosas referencias sobre el sistema de construcción de los potrillos y de su empleo. Un potrillo se construye con dos huan-

gos de totora, con unas cinco chingas, según dos informantes (00041 y 00042). Otro informante nos dice que quedan mejor si se construyen con tres huan-gos. Se pueden hacer de totora o de joya (00055). Este último informante se ofrece a construirme un potrillo de joya, por ser su material prácticamente sin costo alguno (53).

En su construcción, se atan fuertemente los dos huangos de totora o joya, cortada verde, uniendo, mediante amarras de cabuya, sogas o aún alambre, las partes de su porción basal o popa (parte más ancha, opuesta a la inflorescencia) y punta. Quedan así terminados casi en punta. Se les hace unas 4 o 5 amarras fuertes. El largo total del potrillo nunca excede los 2 m. y de ancho esta longitud está únicamente acondicionada por el largo de la totora que utilice. Mientras más larga la totora, mejor queda el potrillo. Otro informante llamó huascas a las amarras con que se atan los huangos (00040) (54).

(53) En efecto, los stocks de joya (*Typha* spp.) se alzan solitarios entre los totorales ya cortados. Nadie los aprovecha y pueden ser cortados por quienquiera. De paso valga señalar que la joya se distingue de inmediato, por su coloración verde más clara, y por el ancho mayor de la hoja. *Scirpus* sp. es claramente de coloración verde oscura y sus cladodios se ven más delgados y finos.

(54) Huasca o waska, es la voz quichua para designar una soga o cuerda.

El tripulante, uno solo, va sentado sobre la parte de la popa del potrillo, con las piernas recogidas para no mojarse, o de pie sobre él. No les hacen ninguna forma de asiento, como ocurre con los mucho más elaborados caballitos de la costa norte peruana (Huanchaco; Cfr. Gillin, 1947). Tanto hombres como mujeres salen a pescar en estas sencillas embarcaciones (00038).

Me dice un informante quichua, originario de San Rafael pero residente en Yaguarcocha, que muchas personas vienen a pescar en potrillos la trucha (*Tilapia mozambique*), introducida no hace muchos años (00042). Los suelen dejar a resguardo muy adentro de la laguna para que no los roben o destruyan los muchachos.

El empleo señalado para estos potrillos es triple: a) para salir a pescar la trucha; b) para ir a buscar entre los totorales más profundos, los huevos de patos que consumen con agrado (00038); y, c) para cortar la totora de aguas profundas (00038, 00040, 00041).

Para manejar un potrillo, sólo se usa un palo largo, de unos 4 - 5 m. de largo. Se trata, simplemente, de una vara larga que puede ser de *Eucaliptus globulus*, frecuente en el área. Como la laguna es de escasa profundidad, es perfectamente posible moverse con el potrillo por las zonas vecinas a las orillas, sin necesidad de aproximarse a su centro.

11.2.2. Las balsas. Además de los po-

trillos, que son los equivalentes a los caballetes del lago San Pablo, existen en mayor abundancia aún en el lago Yaguarcocha las balsas. La balsa es, al igual que el potrillo, una sencilla embarcación en base a uno o dos huangos de totora. Se cortan y atan verdes; no tienen mayor ciencia: sólo se ponen los huangos uno al lado del otro, se amarran fuertemente con sogas, cabuya o con alambre. Ambos huangos se cortan del mismo largo y en forma muy poco cuidada. Alcanzan estas balsas una longitud aproximada a los 2.00 m.-2.20 m., con un ancho medio de sólo 1.00 m. (00018). Siendo de fabricación tan tosca, casi no se distinguen, a no ser por su coloración algo más clara, del resto del totoral. En nuestras repetidas visitas al lago de Yaguarcocha, tuvimos oportunidad de ver tres balsas. En una de ellas (sector SE de la laguna) iba una tripulante mujer. Al parecer estaba cortando totora en aguas profundas (julio 1977). En dos visitas posteriores, vimos una balsa junto a la orilla, amarrada a su remo (palo), el que se hinca en el fango y sirve a la vez para sostenerlo. Otra balsa estaba junto a su constructor y dueño, quien se preparaba para salir a pescar (00018, 00021). Todas las balsas que me tocó ver se hallaban en el costado E de la laguna, que es el área de mayor densidad de totora.

También se confecciona otro tipo de balsa, levemente diferente y algo más elaborada. Es idéntica a la anteriormente descrita, con la sola diferencia de que bajo los huangos de totora se pone una simple estructura de palos

de madera, en cuadro, que le da a la balsa una mayor estabilidad y le permite soportar más carga. A esta estructura se amarran sólidamente los huangos.

Cuando la balsa es usada para cortar la totora profunda, se le adosan a sus lados, a modo de barandales, unos palos altos, que permiten cargar la balsa hasta muy arriba. Toda la construcción es muy simple y el hacerla no lleva más de unas dos y media horas de trabajo, incluida la corta de la totora o joya.

El operario u operaria que corta la totora, sólo tiene que subirse en su balsa, dirigirse a los grupos de totoral e ir cortando su porción señalada (brazo), depositando lo cortado sobre la balsa. Cuando está llena, la guía con su remo (palo) hacia la orilla, donde sus familiares la van descargando y poniendo a secar en mantas.

Terminado su trabajo, la balsa queda amarrada con una sogá al remo que para ello se hincó profundamente en el lodo de la ribera (55).

En la balsa que el día de nuestra visita (4-XII-77) estaba por partir de pesca, subimos Octaviano Ipiates y yo.

(55) Según información recogida en nuestra visita del día 4-XII-77, de labios del constructor de la balsa, ésta no suele durar más de 3 semanas en buen estado. Jamás se la saca del agua a secar. Se la construye con finalidades muy específicas y luego se pudre en el agua.

La Balsa nos sostuvo perfectamente, mientras tanto se tomaron fotografías de los navegantes y de la forma de accionar el remo, que más que remo, es sólo una pértiga que para avanzar se hunde en el fondo bajo del lago permitiendo así un fácil desplazamiento.

No obtuvimos suficiente información acerca de los caballetes del lago San Pablo. Un informante los llamó balsas. Otro, originario de San Rafael, nos confesó no haberlos visto nunca. Sin embargo, tenemos noticias de que, con motivo de las regatas de veleros que se celebran en el lago San Pablo, se suelen ver caballetes (¿o balsas?) tripulados por indígenas, que observan a la distancia la competencia. Es probable que sean del tipo que ilustra Heiser en su trabajo de 1974. A pesar de haber recorrido en varias ocasiones las orillas del lago, muy cerca del agua, no tuvimos nunca la suerte de observar caballetes o balsas (56). De acuerdo a nuestros antecedentes, estas embarcaciones casi únicamente se pueden observar en el costado S de la laguna, en la vecindad de la comunidad indígena de Huaycupungo.

11.2.3. Los flotadores o salvavidas. Una curiosa utilización de la totora aplicando su flotabilidad, tuvimos oca-

(56) Es posible que exista en el lago San Pablo la misma diferenciación entre caballetes y balsas que hemos descubierto en Yaguarcocha. Pero la información por nosotros reunida no es suficiente para zanjar esta cuestión.

sión de observar en nuestra visita al lago Yaguarcocha del 4-XII-77. El constructor de la balsa, padre de dos hijos pequeños, les había fabricado dos pequeños haces de totora, de un diámetro aproximado de unos 18-20 cm. y de un largo aproximado de unos 50 cm., haces que se amarraban con una cuerda de totora, en dos partes, a la espalda de los niños. Los niños están aprendiendo a nadar y los flotadores, nombre con que los designó su constructor, les ayudan a mantenerse a flote. No sabríamos decir si este "invento" es algo aislado, o representa un implemento conocido en Yaguarcocha. Nos quedó la impresión de que se trataba de algo más bien inusitado (00018).

12. Nomenclatura usada en la confección de aventadores y esteras:

La terminología usada en relación con esta artesanía, es bastante abultada. Se conservan numerosos términos quichuas, los que también, en buena parte son usados por la población, ya completamente mestizada, de Yaguarcocha.

12.1. Ya nos hemos referido a los huangos y chingas, nombres que reciben los haces de totora, tanto cuando son conducidos desde la margen del lago a casa, como cuando son usados con los materiales listos para el tejido de la estera o aventador.

12.2. Chaya. Es la fibra larga de totora, que se usa como urdimbre del tejido. Es denominada así en Yaguarco-

cha. Al hablarse de una chinga de chaya, se sabe ya que es el material listo para ser usado como urdimbre en la confección de una estera. Son las fibras de mayor longitud.

12.3. Mini. Es la fibra, algo más corta que se utiliza como trama en el tejido. Mini dicen siempre los quichua-hablantes. Los mestizos de Yaguarcocha han castellanizado el término, y dicen mine invariablemente (00028, 00034, 00038, 00040, 00042, 00053, 00061, 00074).

Chayas y minis se encuentran ya preparadas, cortadas exactamente a medida, en toda habitación o sitio de trabajo artesanal. Se encuentran siempre en chingas provistas de sus amarras. Estas amarras son denominadas watana por los quichua-hablantes (00036).

12.4. Ruku. Es el sinónimo de chaya, usado únicamente por los quichua-hablantes del lago de San Pablo. Los indígenas otavaleños de la comunidad de San Rafael, que en número de diez familias viven desde hace pocos años en Yaguarcocha, ya utilizan corrientemente el término chaya, adoptado, evidentemente de sus vecinos mestizos. Algunos denominan hatun ruku a la urdimbre, sin duda por su mayor dimensión (hatun = grande) (00024, 00036, 00042, 00054, 00061, 00063, 00074).

12.5. Cumbado. Se llama en Yaguarcocha a la operación de rematar, o hacer las orillas a las esteras. El verbo respectivo, castellanizado, que se utiliza es cumbiar. Los aventadores no llevan

cumbado pues su sistema de elaboración es diferente. También se dice *cumbai* (00013, 00023, 00029, 00037, 00038).

12.6. Kumbay, kumbana. Es la denominación quichua, correspondiente a la anterior. Sólo se usa en las comunidades indígenas de habla quichua, de San Rafael, Pucará, La Compañía y Araque (00027, 00028, 00029).

12.7. Piedras. Denominan así al canto rodado, de pequeñas dimensiones (aproximadamente de 6 cm. x 4 cm.), de forma más o menos redonda u oval, perfectamente pulido (piedra de río), con la que van golpeando el tejido de las fibras de totora.

12.8. Rumi. Es la denominación quichua de la citada piedra. También la llaman *takana rumi* ("piedra de golpear"). *Takay* es la operación de golpear (00025, 00027, 00036, 00042, 00054).

12.9. Petate. Es el nombre que recibe la estera en la costa, particularmente en Guayaquil (00031, 00036), según nos informan indígenas tanto en Huaycupungo, como en Yaguarcocha. La voz *petate* es castellanización temprana del término náhuatl: *petatl*.

12.10. Vara o palo de hacer estera, denominan a la tabla de aproximadamente 1.20 m. a 1.30 m. de longitud, y de un ancho aproximado de 6-8 cm. con el cual van sujetando la urdimbre, una vez tejida, para que las fibras no se

levanten y no cambien de posición. La vimos usar varias veces en Yaguarcocha, pero no es un implemento indispensable (00074).

12.11. Otras denominaciones quichuas, en relación con la terminación de las esteras, son *takushpa ruku*: urdimbre golpeada; *tukurishka* o *kumbashka*, se dice de la estera cuando ya se encuentra terminada o rematada: es el producto final del trabajo de elaboración (00025, 00031, 00079).

12.12. Pelarrodillas. Denominación dada en Colombia a las esteras (00031).

12.13. Tutura. Es la expresión más frecuente del indígena por totora. En Yaguarcocha oímos varias veces la acentuación *tótora*, en lugar de *totora*. No sabríamos cómo explicar este cambio de acentuación, completamente ajeno al quichua, que normalmente acentúa las palabras como graves (Fig. 4).

13. Caracterización de la materia prima:

Resulta en extremo interesante escuchar y calibrar las opiniones vertidas por nuestros informantes de los lagos de Yaguarcocha y de San Pablo, respecto a la calidad de la materia prima usada. De tres áreas tenemos opiniones que se repiten en forma consistente. Estas son Yaguarcocha, áreas ribereñas del lago de San Pablo y los pantanos de Cusín.

13.1. Los informantes de Yaguarcocha,

al ser interrogados qué diferencias encuentran entre su propia totora y la de San Pablo, señalan invariablemente que la propia de Yaguarcocha es "más flexible y blanda, no se quiebra" (00001); "menos fibrosa" (00002); "la totora de San Rafael es tiesa y dura, debe mojarse más que en Yaguarcocha" (00036); "la totora de San Pablo es muy tiesa, la de Yaguarcocha es más suave: no se quiebra al sol" (00042); "la totora de Yaguarcocha es blanda y suave" (00068).

También un informante quichua, originario de San Rafael pero que trabaja hace cuatro años en Yaguarcocha, nos confirma la superioridad de la totora de Yaguarcocha sobre la del lago San Pablo (00042); lo mismo nos confirma un indígena de Huaycupungo (00030).

Un solo informante del área del lago San Pablo, dice preferir dicha totora a la de Yaguarcocha (00065) y constituye una clara excepción a lo firmado no sólo por tejedores productores, sino también por los propios vendedores entrevistados en Ibarra y en Otavalo (00001, 00002).

13.2. El segundo aspecto interesante es la comparación que establecen entre la totora del lago San Pablo y la procedente de los pantanos o ciénagas de Cusín. Nos informan que la totora de Cusín es "más delgada, más tiesa" y que "dura más que la de San Rafael" (00054, 00057, 00058). Aunque "más tiesa y dura que la de San Rafael, dura

más" a juicio de otro informante (00054). Cuando quieren obtener fibra delgada, prefieren acudir a la totora de Cusín. Allí, por ejemplo, tiene derecho a cortar la Cooperativa de artesanos de la totora de San Rafael, de acuerdo a un antiguo convenio suscrito con los dueños de dicha hacienda.

13.3. Todas nuestras preguntas respecto al valor de la *Typha* sp. (*¿angustifolia?*) que es conocida, como vimos, en Yaguarcocha con el nombre de *joya* y en San Pablo con el nombre de *culla vara*, han sido respondidas en forma absolutamente negativa. "No vale", es la respuesta unánime. Nadie dice haberla visto usar para nada, apenas si para alimento del ganado (00007, 00022, 00034, 00037, 00060). Pobladores de Salinas (Imbabura) interrogada varias veces por nosotros respecto a la variedad que existe junto a la carretera Salinas-Tumbabiro (y que es *Typha* sp.), siempre la han denominado *totora*, pero presienten se trata de una especie diferente, que no sirve, pues, como decía una señora "si sirviera para algo, los longos vendrían a buscarla" (Lucía Pozo, comunicación personal, 2-I-1978) (Fig. 5, 6c).

13.4. Tanto más interesante, en consecuencia, resulta la experiencia que pudimos llevar a cabo en Yaguarcocha, gracias a la apertura que demostró la señora María Cadena Vilatuña, quien se prestó para trabajar la fibra de la *joya* (*Typha* sp.). En efecto, habiéndole sugerido nosotros que en otros países la *Typha* era utilizada en objetos arte-

sanales, aceptó hacer una prueba. Para ello la acompañamos en nuestra camioneta al sector SE del lago Yaguarcocha, donde existen varios stocks de *Typha* sp. Su esposo, Octaviano Ipiates Pilataxi, gran colaborador, al igual que su esposa, en la realización de este trabajo, cortó con machete la joya y en grandes huangos, la trajo a la orilla. La tuvo secando en su casa, a pleno sol, durante una semana. Cuando regresamos, justamente ocho días después, encontramos, para gran sorpresa y alegría nuestra, que doña María había confeccionado una preciosa estera de *Typha*. Esta conservaba un hermoso color verde pálido. Sus reflexiones, respecto a la utilidad de esta materia prima, fueron en extremo alentadoras. Nos comunicó que no era necesario mojarla tanto, como la totora (*Scirpus*), sino sólo humedecerla con poca anticipación; que era muy blanda y fácil de trabajar; que no se necesitaba golpear el tejido con la piedra, por ser su hoja casi plana, que en consecuencia, era más rápido su tejido. Que la fibra era muy flexible, pero que no debía trabajársela al sol, pues se resquebrajaba y reseca; que una vez terminada y conservada a la sombra, el material se mantenía flexible y blando. Le encargamos, vista la exitosa experiencia, nos confeccionara dos juegos de "centros de mesa" con seis "individuales" cada uno. Le dimos las medidas exactas (57). Al regresar después de otros diez días, vimos con sorpresa indecible un maravi-

(57) "centro de mesa" 1.00 m x 0.35 m.
los "individuales: 0.30 m. x 0.30 m.

lloso producto terminado, de gran color verde pálido, el remate es mucho menos tosco y tieso que en el caso de *Scirpus* sp. y por tanto, permite apoyar más fácilmente el producto sobre la mesa, objetivo para el que fue confeccionado. (Véanse las fichas 00041 y 00071, donde se describe el proceso de esta notable experiencia).

Lo dicho señala a las claras que existen materias primas en la zona que se prestan para un decidido fomento de ésta y semejantes artesanías. Veremos sobre el particular en un párrafo posterior.

14. Aspectos socio-antropológicos del trabajo artesanal.

14.1. Lo primero que llama profundamente la atención, y que diferencia de inmediato la artesanía de la totora en Yaguarcocha de San Pablo, es el hecho siguiente: en San Pablo (comunidades de San Rafael y caseríos próximos, Huaycupungo, Cachibiro, Pucará, La Compañía) todos tejen: padre, madre e hijos. Es decir, toda la familia completa se dedica full time a esta actividad económica. Así en una visita realizada al azar en día de semana, se puede encontrar trabajando simultáneamente a tres y cuatro personas. Para estas familias, que constituyen un porcentaje importante de las citadas comunidades, el trabajo de hacer esteras, (y en algún caso aventadores) es la base económica de sustentación de toda la familia. Esta intensa actividad se refleja en la gran productividad de esteras, que es perceptible en la gran canti-

dad de cargas o bultos (de 25 esteras cada uno) que a diario es posible ver en la carretera, junto a San Rafael. El caso es muy diferente en Yaguarcocha, donde sólo la esposa, y, a veces, alguno de los hijos, teje esteras. Según nuestras informaciones, en San Rafael, en una casa indígena se llega a tejer hasta un máximo de 10 esteras diarias, si trabajan todos los miembros de la familia (00024); el mínimo en dicha casa, era de tres esteras diarias. Esto arroja un total de unas 25 esteras semanales, si calculamos una media modesta de cuatro esteras diarias. En otra casa de Langaburo, obtuvimos el dato de que confeccionan 25 esteras a la semana, pues tejen cinco personas en dicho hogar (00026). En otra vivienda indígena en San Rafael, tejen hasta cinco esteras al día, siendo la esposa la que menos puede tejer, por tener que cumplir con sus obligaciones domésticas. Un indígena de San Rafael residente en Yaguarcocha, con su hijo, viudo, hace con éste entre 6 y 7 esteras diarias (00036). En otro hogar de Otavaleños, también residentes en Yaguarcocha, encontramos que tres personas tejen la mayor parte del día, llegando a hacer entre 8 y 9 esteras entre todos, en un solo día. Estas informaciones podrían multiplicarse (00042).

Como se puede ver, todos los miembros de la familia ayudan en esta tarea en San Rafael, y los indígenas trasplantados a Yaguarcocha, siguen exactamente el mismo patrón de trabajo que en sus sitios de origen, junto al lago San Pablo. No es raro, en tales casos, que la producción semanal de

toda la familia alcance a las 30 y aún 35 esteras. Ya hablaremos de los aspectos estrictamente económicos de esta actividad.

En Yaguarcocha, entre los mestizos, la situación es radicalmente diferente. Lo corriente en nuestras entrevistas fue encontrar una media de dos y tres esteras al día, confeccionadas por las dueñas de casa (00034, 00037). Como record, una entrevistada señala que llega a hacer hasta cinco esteras en un día, comenzando a las 3 a.m. (00038), pero ella misma reconocía que era algo absolutamente fuera de lo común. Alguna señalaba que escasamente alcanzaba a elaborar una estera al día (00035).

Ya hemos indicado que los esposos, por tener otro trabajo remunerado en Ibarra o en el propio pueblo de Yaguarcocha, casi nunca tejen, si bien no pocos conocen el oficio. Es cierto que ayudan en la corta y transporte de los huangos de totora desde las riberas del lago hasta sus viviendas. Pero ellos mismos no tejen. Si se compara, pues, la productividad media de una dueña de casa, que, en el mejor de los casos, podría llegar a producir unas 12-13 esteras a la semana, siendo lo más común una cuota bastante inferior (unas 7-8), llegaremos a la conclusión de que una dueña de casa hace prácticamente la tercera o la cuarta parte de lo que se hace en una vivienda indígena de los alrededores del lago San Pablo. Con razón una dueña de casa de Yaguarcocha nos decía, al respondernos que ella sólo hacía una estera por día, que ese trabajo le "servía siquiera para la sal".

Esta situación explica por qué algunas entrevistadas nos decían que sólo iban una vez a la semana a vender esteras al mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra. Simplemente no pueden producir más y tampoco tienen la estricta necesidad de hacerlas, ya que los esposos disponen de un salario semanal fijo.

14.2. Trabajo comunitario

14.2.1. Por las observaciones personales realizadas en el terreno y por las mismas entrevistas, pudimos percatarnos aquí de otro importante rasgo diferenciador entre los artesanos de San Rafael y vecindades (lago San Pablo) y los artesanos de Yaguarcocha. En Yaguarcocha, debido a la baja productividad, por las razones ya analizadas en el párrafo anterior, la demanda de materia prima es limitada y más bien pequeña (58). En consecuencia, puede

(58) Ya hemos indicado que las familias indígenas del lago de San Pablo que han migrado a Yaguarcocha en los últimos años, han de ser considerados como parte de las comunidades de San Pablo, desde el punto de vista que sus costumbres artesanales y hábitos económicos. Se mantienen en completo aislamiento respecto de la comunidad de Yaguarcocha, y se les mira con bastante recelo y en algunos casos, desprecio. Oímos por ahí la expresión "longudos" aplicada a ellos y se quejan de su creciente migración hacia el poblado. Numéricamente, parecen ser todavía muy pocos (10-12 familias), pero desde el punto de vista de su productividad artesanal hacen peso y es posible que su presencia ya se haga notar en los mercados locales de Ibarra y cercanías. Entre las familias indígenas entrevistadas, encontramos además, una familia de tejedores de fibras textiles.

una familia (la mujer, su esposo e hijos) afrontar sola el corte y transporte de la materia prima. Nos tocó observar a trece mujeres que estaban cortando, cada una de ellas su propia braza, en el extremo de la laguna de Yaguarcocha (00023). Cada mujer sólo poseía el derecho a cortar una braza. Si compran por mantas, la situación es muy semejante. La familia se las arregla perfectamente sola, o mediante una pequeña ayuda de algún otro miembro de la familia: un tío, la madre, una tía, para realizar todas las faenas conducentes a extraer y conducir a su vivienda la materia prima para el trabajo artesanal. En otras palabras, el trabajo se realiza estrictamente a nivel familiar. Reina aquí, incluso, una verdadera división sexual del trabajo, pues mientras los esposos, en su mayoría trabajan en el aseo de la ciudad de Ibarra, la mujer se dedica part time, a la artesanía de la totora. En el trabajo propiamente de la confección de esteras, el esposo ayuda tan solo eventualmente en la corta de la totora y en la conducción de los huangos. Pero estas faenas, incluso la conducción a pie, sosteniéndolos sobre la cabeza es frecuente realizada por las mismas mujeres. Los niños ayudan en tareas menores: amarrar las chingas, transportar chingas, igualar las chayas o mines y, en algunos casos, sobre todo si son mayores, ayudan a confeccionar esteras. Todos los niños en Yaguarcocha saben hacer esteras, si bien son pocos los que realmente se dedican a esta actividad.

14.2.2. En las comunidades indígenas en torno al lago San Pablo, la situación es completamente diferente. Como las cantidades requeridas de materia prima son muy superiores a las de los artesanos de Yaguarcocha, necesitan conseguir totorales más extensos. Es en esta zona donde obtuvimos las denominaciones de "terreno de totora", "chagra de totora", nombres todos indicadores de superficies considerables de totoral. Entre ellos, pues, no llama la atención la información recibida de que se ha comprado en Cusín una superficie de 20 hectáreas de totoral, para ser repartido entre 50 personas (00030), en la cantidad de S/. 8.000 tocando a cada socio, apenas un número de huangos no superior a los 2-3 por persona. Pero aquí estamos ya en el terreno del párrafo siguiente.

14.2.3. Esta necesidad de materia prima en grandes cantidades, fomentó el nacimiento de una Cooperativa en la zona de San Rafael. La Cooperativa de artesanos de la totora de San Rafael, agrupa a unas 52 personas (00026), los que adquieren derecho a cortar en los terrenos pantanosos de Cusín, mediante un convenio suscrito con la hacienda "La Vega". Esta obliga a todos los miembros de la Cooperativa a entregar un día de trabajo a la semana, a cambio de la totora. Cada miembros de la Cooperativa logra, por este medio, conseguir para sí unos 2 a 3 huangos de totora. Como sus necesidades son muy superiores, compran fuera de la Cooperativa, cierto número de pasos entre cuatro o cinco personas (00026). El

día de trabajo obligado en la hacienda, es pagado actualmente a razón de S/. 20,00 debiendo trabajar desde las 9 a.m. hasta las 3 p.m. (00030). Según otra información, cada miembro de la Cooperativa debe aportar una cuota anual de S/. 300,00, con lo que tiene derecho a cinco huangos grandes o a una longitud de 8 m. (en profundidad). Sin duda alguna, estas dos cantidades deben ser equivalentes (00031) (59).

14.2.4. La misma necesidad de abundante materia prima, induce a realizar trabajos comunitarios para la corta y conducción de la totora. Aquí interviene la minga. Varios informantes nos indicaron que para cortar la totora recurrían a una pequeña minga de 5-7 personas, cada una de las cuales recibía como pago, un huango de totora (00024, 00025, 00026). La minga o trabajo comunitario de carácter voluntario, parece perfectamente justificada en estos casos. Un informante de Huaycupungo nos informó que ellos

(59) El estudio de la Cooperativa artesanal, su funcionamiento y los términos reales en que se opera por su intermedio, así como la importancia económica y los beneficios que de ella se reciben, serían tema para un trabajo particular. Aquí sólo se rozó, de paso, este interesante tema. Por consiguiente, las informaciones aquí consignadas, apenas procedentes de tres o cuatro entrevistados, en modo alguno son base suficiente para una aproximación al problema, que requiere de un detallado análisis socio-económico. Este análisis sobrepasa los marcos estrictamente antropológicos de este estudio.

compraron un terreno de totora en Araque, entre varias personas, y que para su corta se hizo una minga entre 16 personas, acabando el trabajo en tres días (00057). En otro interesantísimo caso, un informante se refiere a un grupo de 20 indígenas otavaleños que habían colonizado un totoral en el embalse "El Salado" (Carchi), distribuyéndose entre todos tanto la materia prima, como el trabajo mediante mingas. Advertido el Concejo Municipal de su presencia, se les obligó a regresar, a su lugar de origen (San Rafael), permitiéndose la permanencia de sólo dos familias, las que trabajan juntas en el lugar, compartiendo el totoral y cortando juntos (00060).

14.2.5. En consecuencia, mientras las mujeres de Yaguarcocha realizan las faenas relacionadas con la corta, secado y transporte de la materia prima con el propio círculo familiar, los indígenas quichua - hablantes radicados sea en San Pablo, sea en Yaguarcocha, realizan en forma comunitaria, casi siempre entre varios, las distintas tareas previas a la elaboración de los implementos de totora. Tan solo la confección queda restringida al marco estricto del núcleo familiar.

15. Asociación cultural:

15.1. Cabe preguntarse cuál es el círculo de actividades que realizan los artesanos de la totora. ¿Qué otros rasgos presenta su vida socio-cultural? Aquí, nuevamente, interviene una fuerte di-

ferenciación entre las artesanas (mujeres) de Yaguarcocha, y las familias artesanas de San Pablo. Ya hemos dicho que los maridos de las tejedoras de Yaguarcocha trabajan, casi todos, en la ciudad de Ibarra, en el aseo de la misma. Salen muy temprano en la mañana, como a las 4 a.m. y regresan como a las 3 p.m. a sus casas. Algunos de ellos tienen en casa un segundo oficio: v. gr. carpintero, albañil de medio tiempo. Sólo los fines de semana pueden ayudar en labores relacionadas con la artesanía de la totora. Las mujeres se dedican a las labores domésticas, y, por lo que pudimos observar, sólo algunos entre ellos tienen un pequeño terrenito agrícola, en las faldas del cerro que caen al lago, y que, por cierto, no son de secano, dependiendo de las aguas lluvias. La agricultura para ellos, en consecuencia, es algo aleatorio y circuncial.

15.2. En cambio, los tejedores de San Pablo, son, casi todos, a la vez agricultores. La mayor parte tienen terrenos agrícolas, en las proximidades de sus viviendas (00053, 00057, 00058, 00060, 00063, 00065, 00066, 00067, 00077, 00080) y los trabajan, igualmente, en familia. De estos terrenos obtienen ganos y alimentos de guarda (maíz, fréjoles, habas, chochos, quinoa) que sólo sirven para el propio consumo y no venden nunca. El régimen climático mucho más lluvioso en el área de San Pablo, favorece el desarrollo agrícola, obteniendo, por lo general, buenas cosechas. La situación es totalmente inversa en Yaguarcocha. Los buenos terre-

nos, regados, que están situados en la parte baja, cerca del lago, pertenecen a agricultores o parceleros que nada tienen que ver con la artesanía de la totora, a no ser como arrendadores de brazas o vendedores de mantas.

16. Aspectos económicos y comercialización de la artesanía:

16.1. La propiedad de los totorales.

En nuestras entrevistas en Yahuarcocha, pudimos darnos cuenta de que no existe ni un solo tejedor que sea propietario de totorales. De los aproximadamente 25 propietarios agrícolas que lindan con el lago, sólo unos quince poseen totoral aprovechable. Ninguno de ellos es artesano. Sólo alquilan por brazas, como queda explicado, los trozos del totoral a las familias artesanas vecinas (00070).

La situación es casi exactamente inversa en el lago San Pablo. Una parte considerable de nuestros entrevistados, poseen terrenos propios de totorales, casi todos en la margen 8 del lago, y no lejos de sus viviendas (00024, 00026, 00027, 00028, 00031, 00032, 00033, 00053, 00057, 00058, 00063, 00064, 00065, 00067, 00075, 00076, 00077, 00078, 00080, 00081). Es muy posible que varios otros de nuestros entrevistados no hayan sido preguntados expresamente sobre el particular. En el cuadro que indica la procedencia y número de nuestras observaciones personales y entrevistas, se podrá apreciar qué porcentaje representan estos núme-

ros (véase Apéndice).

Sin embargo, de todos estos entrevistados, un número importante señaló que por razones climáticas (sequía y baja del nivel del lago), no podían explotarlos ahora, viéndose forzados a comprar totora en los totorales de Araque o en las ciénegas de Cusín (00026, 00027, 00031, 00065, 00075).

16.2. Lugares de compra de la materia prima.

En Yaguarcocha, la totora procede, casi en su totalidad, de la margen E y SE de la laguna, donde se encuentra la máxima concentración de los totorales. En estas áreas, la totora se interna bastante en el lago, gracias al suave declive de sus playas orientales. Muy poco se corta en la margen S, abrupta y de rápido descenso, donde los totorales son escasos. Un poco más se corta y, según nuestras informaciones, tan sólo por "longos" de San Rafael en la margen occidental, en las proximidades de la "Avenida" de acceso a la autopista actual. En sus cercanías, nos dicen, se han establecido algunas familias de indígenas otavaleños que cortan allí con permiso municipal. Es el caso de una familia, que arrienda una vivienda en Yaguarcocha, y que compra al Municipio por S/. 2.500 "un lote grande de totora", a la entrada de la pista. También compran en el costado próximo a la Aduana (costado NW de la laguna) (00042). Según este informante (varón de 20 años), nadie teje en ese sector, y ellos son casi los

unicos que cortan allí

Como puede observarse, las mujeres de Yaguarcocha (mestizas) sólo compran por pequeñas cantidades (brazas) y sólo en la margen S de la laguna. Estando ya tradicionalmente comprometida esta totora, es bastante lógico que los recién inmigrados otavaleños hayan preferido buscar su fuente de materia prima en la margen occidental del lago, totalmente abandonada hasta entonces.

En San Pablo, los lugares de compra, señalados por muchos informantes son, tradicionalmente, en primer término, Araque y Cusín, que son considerados los centros más importantes de suministro, ya que nunca falta en ellos la totora. La Cooperativa artesanal de San Rafael, como queda dicho, compra aquí en Cusín, por antiguo convenio con la hacienda "La Vega".

Sitios menos importantes de compra son Pucará, La Compañía e Itambí; estos sitios se hallan sujetos a la sequía anual de la época de verano.

16.3. Formas de comercialización.

16.3.1. La más directa es la venta al comerciante que acude a sus viviendas a comprar. El caso se da en Yaguarcocha, pero rara vez en San Pablo. Esta forma es muy poco practicada, pues el negociante ofrece precios muy bajos.

16.3.2 Venta directa en los mercados o plazas de Ibarra, Otavalo y

otros pueblos próximos.

Las mujeres de Yaguarcocha acuden semanalmente, apenas juntan unas 6-8 esteras, a vender, por su cuenta, en el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra. Se juntan allí, desde las 6.30 - 7.00 a.m. unas 20 mujeres con sus pequeños bultos. Venden directamente al público o al revendedor (00001). En este mercado, sólo se expenden las esteras procedentes de Yaguarcocha, que son consideradas mejores por la población local (00002). El mercado de Ibarra constituye un buen centro de distribución y venta, que absorbe toda la producción local; por este motivo prácticamente todas las mujeres mestizas de Yaguarcocha venden ahí (00013, 00022, 00034, 00035, 00037, 00038, 00040, 00042, 00046). Aún los indígenas que están radicados en Yaguarcocha, y que antiguamente solían ir a vender a Quito, y avanzaban aún hasta Colombia, ahora sólo venden en Ibarra (00036, 00042). Es probable que ésta también sea el caso de las otras familias indígenas otavaleñas, residentes en Yaguarcocha.

Así como no se ve a indígenas otavaleños, procedentes del lago San Pablo, vendiendo en el mercado de Ibarra, es muy raro ver esteras de Yaguarcocha en venta en Otavalo. Encontramos un sólo caso aislado de una señora de Yaguarcocha, que se trasladó a Otavalo, y que vende esteras de Yaguarcocha en el mercado Copacabana de Otavalo (00068)

A Otavalo, como era de esperarse, sólo llega la producción de las comunidades indígenas del Lago San Pablo. Interrogando a los vendedores en Otavalo, de dónde vienen, uno siempre escuchará la respuesta: Cachibiro, San Rafael, Villagrán Pugro, Pucará (00003, 00043, 00072). Varias veces nos tocó llevar en la camioneta a indígenas que esperaban junto a la carretera, en San Rafael, rumbo a Otavalo.

El lugar de venta más generalizado -y obligado por el Municipio- en Otavalo, es el mercado de Copacabana, donde se instalan en el costado oriente. En una visita nuestra observamos a siete vendedores indígenas, casi todos de Cachibiro, vendiendo varios tipos de esteras en el lugar. Sólo una mestiza vendía allí ese día esteras de Yaguarcocha (00068, 00069: visita del 25-XII-77).

También se paran a vender en el mercado 24 de Mayo, en la calle 24 de Mayo, nunca más de 4-5 vendedores, casi siempre hombres acompañados de sus esposas y niños pequeños. Traen atados relativamente pequeños, de 5-10 esteras como máximo, y casi siempre del tipo llamado "cama grande" o "huacha cama". Pocas veces se ven las "cuadradas" u otros tipos. La mayor demanda, como queda dicho, es de la estera grande: "cama grande"

Se suele ver varios grupos, con bultos pequeños de esteras, esperando en la esquina de las calles 31 de Octubre y Abdón Calderón. Al parecer, estas mujeres con sus hijos pequeños, esperan

el bus que les conduce a Cotacachi y Quiroga, que parte desde ese lugar, o esperan camiones fruteros que han venido trayendo naranjas, plátanos, mandarinas, y otras frutas tropicales y que regresan a la costa o al oriente (00069).

Con estas ventas directas al público en los mercados, los artesanos obtienen los mejores precios.

Los mercados algo más alejados de las zonas de producción son invadidos por productos artesanales de ambos centros: San Pablo y Yaguarcocha. Así, por ejemplo, en Pimampiro, se prefiere la estera de Yaguarcocha y hay revendedores mestizos que allí las comercian, pero también vimos a un camión donde viajaban varios indígenas otavaleños, que regresaban de vender su producción de esteras en el mercado de Pimampiro (00002).

Muchos de los compradores en el mercado Amazonas de Ibarra, son comerciantes que las llevan a otros sitios. Vimos comprar a un comerciante un lote de 20 esteras, para conducirlas por ferrocarril a San Lorenzo.

Las esteras de San Pablo y San Rafael, se venden y distribuyen más bien de Quito al Norte. Más al Sur está la competencia de las esteras del Chimborazo (Colta) y otros productos artesanales de las provincias centrales.

Esta venta directa, en pueblos algo más alejados de los centros de producción (v. gr. Quiroga, Cotacachi, A-

tuntaqui, Zuleta, Salinas, Tumbabiro, Cayambe, Pimampiro, Bolívar, El Ángel, Tulcán), es sólo realizada por indígenas procedentes del lago San Pablo. La razón es evidente: las mujeres tejedoras del lago Yaguarcocha o sus maridos que tienen otro trabajo, están completamente imposibilitadas de salir a expender sus productos a otros mercados, que no sea el próximo de la ciudad de Ibarra. Por otra parte, su exigua producción semanal, no justifica largos viajes, en los cuales la rentabilidad está en razón directa a la cantidad del producto que se lleva consigo.

En consecuencia, la estera de Yaguarcocha que arriba a centros más alejados, ciertamente ha llegado por intermedio de comerciantes revendedores, como lo pudimos constatar en Pimampiro y en Tumbabiro.

16.3.3. Venta en lugares más alejados. Por lo anteriormente dicho, es evidente que los únicos que están en capacidad de viajar transportando sus cargas de esteras a los lugares más alejados de la República (Tulcán, Guayaquil, Machala, Huaquillas) son los indígenas del lago San Pablo (00024, 00031, 00060). Lo mismo, y con mayor razón, se ha de decir respecto a los largos viajes, de un mes y medio y dos meses, transportando numerosas cargas hasta Colombia (Pasto, Medellín, Cali, Cúcuta) y aún hasta la frontera con Venezuela. Son numerosos nuestros entrevistados que nos informan que ellos o sus familiares inmediatos viven de este comercio proyectado hacia el exterior (00024,

00027, 00028, 00031, 00036, 00054, 00065, 00072, 00074, 00076). En Venezuela llegan hasta San Antonio (00028). En Colombia venden en muchos lugares. Como allí prefieren las esteras pequeñas, que llaman "pelarrodi-las", los indígenas que allá viajan (casi únicamente varones, por cierto), desahacen las esteras grandes, y las confeccionan al tamaño solicitado. Allí tienen que competir con las esteras colombianas (00031).

Para estos viajes, los indígenas se sirven de los camiones bananeros o cargueros, que vienen de Colombia con mercaderías a Quito y regresan vacíos. Por ello es espectáculo diario ver, en la carretera Otavalo-Quito, y frente a San Rafael, grandes conjuntos de cargas de esteras, conformando rollos idénticos (de 25 esteras cada uno), a veces cubiertos de nylon para evitar que se mojen.

El lugar más alejado que alcanzan, es Venezuela. No les permiten entrar al Perú, pero expenden en Huaquillas (frontera ecuatoriano-peruana) y de allí son llevadas por particulares y comerciantes al N del Perú.

16.3.4. Precios de venta.

El precio de venta varía considerablemente si se trata de una venta directa en el lugar de procedencia (Yaguarcocha o comunidades de San Pablo) o de venta en mercados cercanos o más alejados. Y por cierto, está en relación directa a la distancia recorrida desde el centro productor

Los indígenas otavaleños que venden a comerciantes en San Rafael, entregan la estera tipo "cama grande" (1.80 x 1.30 m.) a S/. 17,00 ó S/. 18,00 c/u. Estos comerciantes suelen con ellas formar, a su vez cargas, para revender a comerciantes generalmente indígenas, que viajan a Colombia o Venezuela (00072). La carga, en estos casos, se vende a S/. 550,00 ó S/. 600,00 (dependiendo de la demanda), ganándose, en consecuencia aproximadamente 4-6 su-cres por estera (00054, 00062, 00063, 00064, 00074, 00077).

El precio de venta de esta estera, en el mercado de Otavalo es generalmente de S/. 21 - S/. 22 c/u y a ese precio eran accesibles en los meses de Mayo a Julio de 1977 (00003). Pero por Navidad, no pudimos conseguir ningún vendedor indígena del mercado de Copacabana que vendiera por menos de S/. 24,00 c/u. Es probable que sólo se trate de un alza momentánea, por razones de la fiesta navideña.

En el mercado de Ibarra, con fecha 4-VI-77 la estera tipo "cama grande" se vendía a S/. 23,00 c/u (0001). En el mismo puesto de venta, y con fecha 4-XII-77, se vendían a S/. 25,00 c/u, siendo imposible obtener una rebaja (00046). En Pimampiro, con fecha 16-VI-77, cada estera costaba S/. 24,00 c/u.

Es imposible también que estemos en estos casos, ante una manifestación típica de la inflación que, aunque pequeña, aqueja al Ecuador.

En efecto, a mediados de Mayo de 1976, se podían conseguir esteras de este mismo tipo a S/. 20,00 c/u. Hoy día, 19 meses después, es imposible obtenerlas por menos de S/. 24,00 c/u en Otavalo, y por menos de S/. 25,00 en Ibarra.

Los precios de los aventadores fluctúan, en este momento, entre S/. 1,60 a S/. 2,00 c/u en el mercado de Ibarra (diciembre 1977).

Las esteras varían de precio según el tamaño. La que hemos denominado del tipo 1 (2 m. x 1.30 m.) se vende en Ibarra a S/. 30,00 c/u. El tipo 2 o "media cama", a S/. 18,00 c/u. El tipo 4 ó "uchilla cama" a S/. 12, 14 c/u. El tipo 7 ó "cuadraditas", se puede conseguir hoy en Ibarra a S/. 5,00 c/u y en Otavalo, aún por menos (S/. 2,50 - S/. 3,00 c/u).

Los precios aquí indicados, son por cierto, precios de mercado. Comprados directamente al consumidor, valen bastante menos. Así me pidieron en Yaguarcocha, por unas "cuadraditas" hechas a pedido, sólo S/. 2,50 c/u.

Si nos referimos ahora a los precios de venta en mercados más alejados, indicaremos que en Guayaquil y Machala, la estera tipo "cama grande" se vendía en el mes de Octubre de 1977, a S/. 30,00 c/u (00031) y según otro Informante, entrevistado el 9-XI-77, a S/. 35,00 c/u (00074). Estos datos dan una idea de la diferencia de precio con los centros de producción, pero no se

deben tomar como algo absoluto, por la penuria de información al respecto. En Colombia, venden cada estera del tipo común, o "cama grande" a precios que oscilan entre los S/. 80,00 y S/. 120 (pesos colombianos) (60), dependiendo de la ciudad y su lejanía del centro productor (00028).

En general, los numerosos indígenas que viajan del centro productor al exterior conduciendo sus cargas, consideran que el mercado colombiano y venezolano es mucho mejor que el ecuatoriano, aun cuando deben pagar, en el trayecto, onerosos impuestos aduaneros, además de los fletes de los camiones.

El flete del camión que conduce hasta Medellín 50 cargas, es decir, 1.250 esteras, es de S/. 1.000 (00036). Según otros, el solo flete a Tulcán (siempre desde San Rafael), comporta S/. 1.000 (00028), por el mismo número de cargas.

Según el informante, el impuesto que se paga en la aduana ecuatoriana (Rumichaca) alcanza a S/. 800,00, al cual se debe agregar el pago de aduana en Ipiiales (frontera con Colombia) que es de S/. 250,00, Pasto: S/. 800,00 y finalmente Perigal: S/. 700,00 - S/. 800,00 (00031).

(60) La equivalencia actual aproximada es de S/. 1,00 S/. 0,82, es decir 1 sucre = 0,82 pesos colombianos.

Todas estas informaciones solo tienen un valor muy relativo, ya que habría que cotejarlas cuidadosamente con datos obtenidos en los lugares mismos, o, en su defecto, con personas muy fidedignas. Por tanto, se ponen aquí a título meramente informativo, y somos perfectamente conscientes de que el tema requeriría de una investigación más profunda, para poder apreciar exactamente qué provecho saca una familia indígena de un viaje de un mes y medio o dos meses de duración al exterior.

Al parecer, el abuso en las zonas fronterizas y en los puestos aduanales colombianos es considerable, y el trato que reciben los indígenas comerciantes es muy degradante. Numerosas informaciones parecen confirmar esta suposición. Si no pagan lo que se les exige, les golpean o les quitan parte de su cargamento.

17. Técnica de Trabajo:

En parte ya hemos enfocado este aspecto, al referirnos a otros tópicos en este trabajo.

17.1 Tanto el aventador como los diferentes tipos de esteras, son trabajados por el tejedor o tejedora directamente en el suelo, a lo más hincada sobre una pequeña estera, construida ad hoc (Cfr. tipo 6, párrafo 11.1.3.) Su único instrumental es la piedra o rumi (ya descrita) y el palo o vara de tender estera. El resto del trabajo se verifica sólo con los ágiles dedos. Es notable la velocidad con que van entremezclando y tejiendo las

chayas (ruku) con los minis de la trama.

17.2. La técnica, desde un punto de vista estrictamente textil es siempre la misma: *Sarga Batavia neutra* (Cfr. Figura 1). Esta técnica es también usada en los aventadores. El remate, cumba o cumbado (kumbana) se hace siempre de la misma manera y consiste en ir envolviendo un terminal de fibra con él o los siguientes, para conseguir quede sostenido y no se suelte (Cfr. Figura 2). El sistema de cumbado o remate es idéntico en Yaguarcocha y San Pablo. Los aventadores, por su sistema constructivo, no llevan remate o cumba (Cfr. Figura 3) y son confeccionados con fibras de totora cortas o más bien delgadas; para ellos generalmente usan los mini (o minis) que ya tienen preparados en chin-chas para el tejido de esteras.

17.3. El tiempo requerido normalmente para confeccionar un aventador, es de 15 minutos; una estera grande ("cama grande": de 1.80 x 1.30 m.) demanda entre 2 y 2 1/2 horas de trabajo.

El máximo de esteras que hemos constatado se puede hacer en un día por un solo individuo es de 6, pero se trata de un muchacho de 17 años, que inicia su trabajo a las 4 a.m. y trabaja casi ininterrumpidamente hasta las 4 p.m. Cuando la fibra o cladodio de la totora es grueso, es posible terminar una estera en menos de 2 horas. Si sólo se dispone de fibra delgada, deben ponerse de a dos, y aún tres tanto en la chaya ruku como en el mini (mine) y esto demanda

bastante tiempo.

Cada una o dos pasadas y dejadas, se da uno (si se trata de un adulto) o dos golpes (si se trata de un niño) con la piedra o rumi para afianzar (apretar) el tejido.

18. Aspectos demográficos:

18.1. No resulta nada fácil intentar dar una aproximación a la población que se encuentra comprometida, tanto en Yaguarcocha como en San Pablo, con el trabajo artesanal de la totora. Las cifras que se ofrecen, son muy tentativas y tienen una débil base documental.

La provincia de Imbabura, según el último Censo de 1974, tiene una población global de 216.027 habitantes. La Parroquia de San Rafael tiene una población total de 3.296 habitantes. ¿Qué porcentaje de este total depende económicamente de la artesanía de la totora? Si pudiéramos tener datos exactos (1974) de la población de Cachibiro, San Rafael, Langaburo, Villagrán Pugno, Huaycupungo (cuyos moradores son casi en un 100 o/o tejedores) y, además, datos de población de Pucará, Araque y La Compañía (donde sólo un escaso número de pobladores son tejedores de totora), podríamos aproximarnos a una cifra prudente. A título enteramente provisional, nos atreveríamos a sugerir la cifra de unas 2.000 personas en el lago de San Pablo, que dependen de este artesanía.

18.2. Más difícil es el caso de Yaguar-

cocha. Yaguarcocha no es una parroquia en sí, sino queda englobada en la población de la periferia de Ibarra, que alcanza a los 11.238 habitantes. Según indicaciones de pobladores de Yaguarcocha, el pueblo mismo, incluyendo por cierto, las casas de tejedores que se encuentran a lo largo del camino viejo empedrado, algo más alejadas del núcleo urbano —si se puede decir— del poblado se calcula en unas 1.700 personas. Si, como se nos informa, casi en todas las casas se trabaja la totora, y son pocas las personas que tienen otras actividades (comercio, artesanía textil, etc.), podríamos tal vez insinuar una cifra conservadora de unas 1.300 personas que tienen que ver con el trabajo de la totora. Hay que descontar a los pocos agricultores (unas 10-12 familias) que tienen terrenos propios a la vera del lago (margen oriental) y que nada tienen que ver con la artesanía de la totora.

18.3. En este contexto, es interesante señalar la presencia de unas 10-12 familias de indígenas procedentes de San Rafael o Cachibiro (artesanos de totora) y aún Ilumán (tejedores textiles), que se han radicado en Yaguarcocha. Casi todos ellos son artesanos de la totora, salvo unas sola familia, que sepamos. Hay uno o dos casos de carchenses ("pastuzos") que viven también en Yaguarcocha. La migración otavaleña indígena es significativa y dada su extraordinaria capacidad de trabajo, y su facilidad para llegar a los mercados con sus productos, no sería raro que, poco a poco, empezaran a dominar los mercados loca-

les. La presencia de una "avanzada" indígena (que inicialmente fue de 20 familias) en el embalse de "El Salado", en el Carchi, por la presencia de un fructífero totoral en el lugar, es un indicio de la tremenda capacidad de adaptación y movilidad de este grupo humano.

19. Sugerencias para un fomento artesanal.

Si se quiere seguir una política de fomento de la artesanía de la totora en Imbabura, parece lógico tomar en consideración los siguientes aspectos fundamentales:

19.1. Ante todo, debe buscarse la manera de evitar que los totorales desaparezcan en manos de la propiedad privada de blancos y mestizos, máximo en el lago San Pablo. Se comenta ya que se piensa desecar los pantanos de Cusín. Tal cosa, de realizarse, daría un fuerte golpe a la artesanía de la totora entre las comunidades indígenas del lago San Pablo, por constituir esa área el lugar más importante —de lejos— de suministro de la materia prima.

19.2. Se sabe que los terrenos situados a menos de 50 m. del borde del agua, no constituyen propiedad particular, sino estatal y municipal. Mucho más aún los terrenos de totorales, inundados siempre por las aguas. Existe, a lo que entendemos, ley de la República en tal sentido. A pesar de ello los propietarios ribereños, hacen uso omnímodo de tales terrenos, alquilando totorales que no les pertenecen y obte-

niendo de los artesanos un dinero que debe ir al Estado, y que éste debería revertir en beneficio de la propia artesanía. Hay aquí, en consecuencia, un aspecto que interesa mucho a los Municipios respectivos, máxime si tienen interés en fomentar el turismo en el área. No puede dudarse de que esta artesanía, tal como está, es una valiosa muestra que tiene un indudable interés científico y turístico. Los Municipios deberían hacer valer sus derechos y buscar, a través de una asociación con Cooperativas de artesanos, una fórmula de mutua conveniencia para el fomento de la artesanía.

19.3. Si el Municipio toma cartas en el asunto, debería igualmente preocuparse, de acuerdo con los artesanos ribereños interesados, en replantar zonas donde la totora ha desaparecido (máxime en el costado N en los dos lagos) o ha disminuido. En este sentido, tratándose de Yaguarcocha, tiene máxima prioridad el conducir nuevos aportes de agua al lago, procedentes del río Taguando, a fin de aumentar el nivel de las aguas del lago y controlar así su desecamiento progresivo. Esto parece tanto más importante, cuanto que la tendencia observada en los últimos decenios en la Sierra Norte del Ecuador, demuestra una creciente y alarmante disminución de la pluviosidad. Hemos entrado de lleno en un ciclo seco, que puede durar aún por varios decenios más, como ya ha sido advertido para otras zonas del planeta.

19.4. De acuerdo al resultado altamen-

te positivo obtenido en el ensayo, dirigido por nosotros, del tejido de la joya o culla vara *Typha* sp.) por una tejedora de Yaguarcocha, estamos persuadidos de que convendría seguir adelante con esta experiencia, para producir, con su fibra, elementos artesanales nuevos, ya no de uso común casero, como es el caso en la actualidad, sino de uso verdaderamente artesanal folklórico, atrayendo a un nuevo público comprador: aquel interesado en lo típico regional que compra para adornar su casa o para fines directamente prácticos. La experiencia dirigida enfocada hacia la confección de "centros de mesa" e "individuales" hechos de joya, ha sido tan positiva, y el producto terminado de tal calidad y belleza, que estamos convencidos que su fomento se justifica plenamente, y se daría con ello nuevo impulso al trabajo en ambos sectores. Máxime si se toma en cuenta que la materia prima existe en el área.

19.5. Semejante experiencia convendría hacer con la planta llamada Illi que existe, según nuestras informaciones en abundancia en las ciénegas de Cusín y/o con *Cyperus tricheter* que hemos visto en acequias en la zona de Palenque (Salinas, Imbabura). Esta última juncácea, que alcanza alturas de más de 1 m., se presta muy bien para ser tejida, y de hecho es utilizada en otras partes, para confeccionar preciosos cestos y canastas.

19.6. Hemos sugerido, en algún momento, la conveniencia de enseñar a las tejedoras a aprovechar la parte más fina

(terminal) de la totora, para la confección de elementos finos y delicados. Esta parte es la que se desprecia en el huango y se deja tirada en el mismo lugar del secado. Se pierde así, a nuestro juicio, una materia prima que podría transformarse en implementos pequeños, tal como experimentamos en el caso de los "centros de mesa" e "individuales" que fueron confeccionados en *Typha sp.* por una tejedora inteligente de Yaguarcocha.

19.7. Para fines estrictamente de fomento artesanal, se requeriría la presencia de una asesoría antropológica y artesanal, que pudiera suministrar el apoyo de expertos en artesanía, los que deberían introducir nuevas técnicas de tejido (a más de la *Sarga Batavia neutra*, única conocida hasta ahora), nuevos diseños y combinaciones del implemento de totora, con un diseño sencillo a colores, o provistos de bases (si se piensa en elementos para la mesa) sea de género o de material plástico (espuma) que facilitan su aplicación sobre superficies planas. El Instituto Andino de Artes Populares debería interesarse no sólo en conocer e inventariar estos recursos artesanales provinciales, sino, muchas más aun, en fomentar las artesanías locales, mediante la adopción de medidas como las señaladas u otras que se consideren convenientes.

19.8. Hay lugares donde se da bien la totora (v. gr. laguna de Cuicocha) y no es aprovechada. Es verdad que una de las razones que dificultan su extracción es la temperatura del agua, sumamente

fria. Pero tanto en este lago, como en los más elevados del grupo de Mojan-da (Caricocha, Huarmicocha y Yanacocha), podría introducirse la totora, que ahora no existe, como centro de obtención de materias primas. Habría que buscar fórmulas viables para facilitar la extracción a esas alturas, seguramente, mediante algún sistema barato de embarcación. Como ya existe la carretera que llega a la laguna mayor Caricocha, tal idea no parece descabellada. Se conseguiría con esto un incremento importante del volumen de la materia prima. Pero tal incremento de la totora no tendría sentido alguno, si, simultáneamente, no se incrementa y diversifica la producción artesanal y se busca mercados adecuados, tanto en el país como en el extranjero.

19.9. En este sentido, será parte de una política de expansión artesanal estudiar la posibilidad de facilitar los pasos por aduanas, máxime en Colombia y Venezuela y de reducir las elevadas tasas de impuesto que se exigen, a menudo contra todo derecho, a los comerciantes artesanales viajeros. Aquí, de hecho, ya nos estamos refiriendo a aspectos que lindan con una adecuada legislación binacional o multinacional, en defensa de las artesanías, y, nuevamente, es propio del Instituto Andino de Artes Populares interesarse por solucionar estos problemas. A través del Convenio Andrés Bello, sería tal vez posible llegar a algunas conclusiones prácticas en este sentido.

Conclusión y agradecimientos

Al concluir, dejamos constancia que en cada uno de los capítulos de este trabajo, hemos desarrollado exactamente los temas que nos habíamos trazado en nuestro plan de trabajo inicial, presentado al Instituto Otavaleño de Antropología en el mes de Marzo de 1977.

Vayan mis agradecimientos, en primer término, al Instituto Otavaleño de Antropología y a sus directivos, gracias a cuya beca nos fue posible llevar a efecto esta investigación.

A mi ayudante de investigación, Sra. Yolanda Hidalgo Silva, de San Rafael, cuyo apoyo incondicional, en calidad de asistente y de intérprete del idioma quichua, nos fue de extraordinaria ayuda, en cada una de las numerosas entrevistas realizadas en el área de San Pablo.

A la Sra. María Cadena Vilatuña y a su esposo, Octaviano Ipiates Pila-taxi, de Yaguarcocha, quienes nos acompañaron en repetidas visitas al lago para presenciar las faenas de corte, secado y conducción de la materia prima, y nos entregaron valiosas informaciones, en sucesivas entrevistas.

Agradecemos a todos nuestros informantes indígenas o mestizos, que con

la mejor acogida nos entregaron los datos que constituyen la médula de este trabajo.

Vaya mi particular gratitud a mi esposo, el Dr. Horacio Larrain Barros, quien me ayudó tanto en la confección del sistema de fichas, especialmente diseñado para este trabajo, (el cual nos facilitó enormemente las entrevistas), como también en las entrevistas y visitas a Yaguarcocha, brindándome en todo momento su apoyo total.

Agradezco al ingeniero textil Hernán Jaramillo, por su apoyo en la realización de los dibujos referentes a la parte técnica del trabajo, a la Srta. Cruz Pardo Díaz, geógrafo del IOA, por la confección de los mapas de localización.

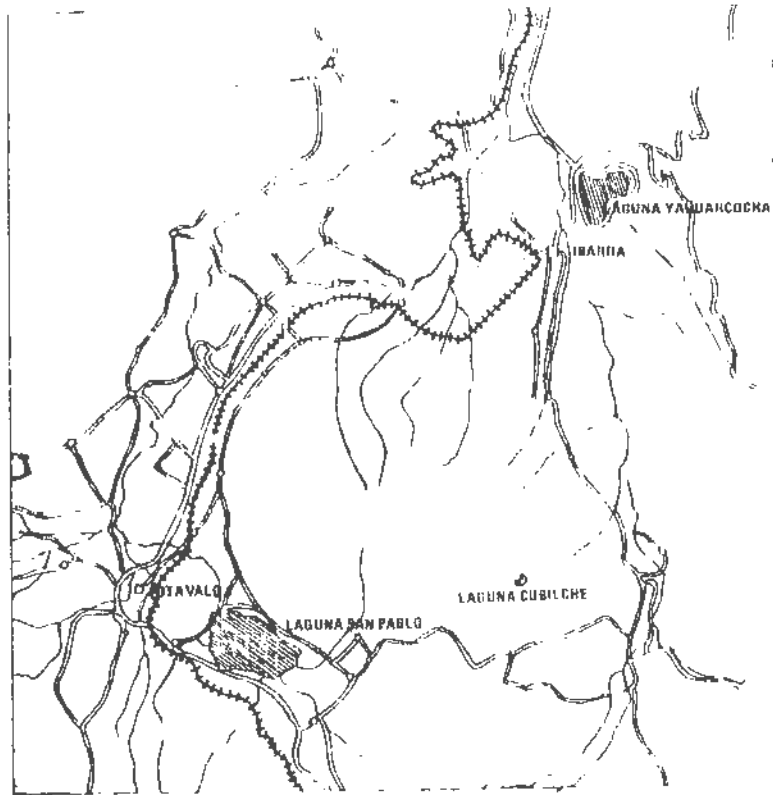
Finalmente, deseo expresar mi gratitud a los Dres. Misael Acosta-Solís por la determinación taxonómica de las especies botánicas colectadas en las márgenes del lago San Pablo y al Dr. Charles B. Heiser, por el envío de numerosas publicaciones suyas y de otros investigadores, que han estudiado los géneros *Scirpus* y *Typha* para el área andina, así como por sus valiosas sugerencias.

En la ciudad de Otavalo, día 4 de enero de 1978.

María Cristina Mardorf Rojas.

AREA DE ESTUDIO DE LA ARTESANIA DE LA TOTORA

Mapa 1

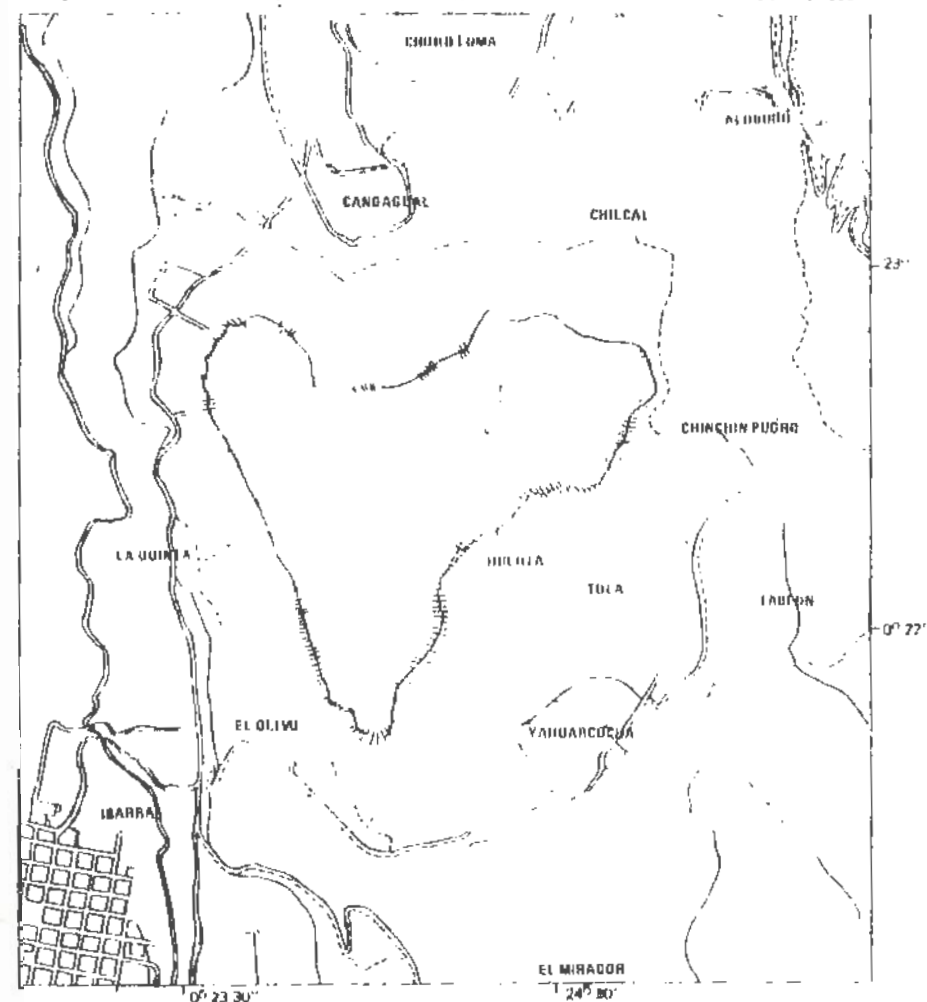


© UNIL. Censos de Centros Poblados, Instituto Geográfico Militar 1972

ELABORACIÓN: Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) 1977

Escala 1:200,000

ARTESANIAS DE LA TOTORA EN LA LAGUNA DE YAHUARCOCHA



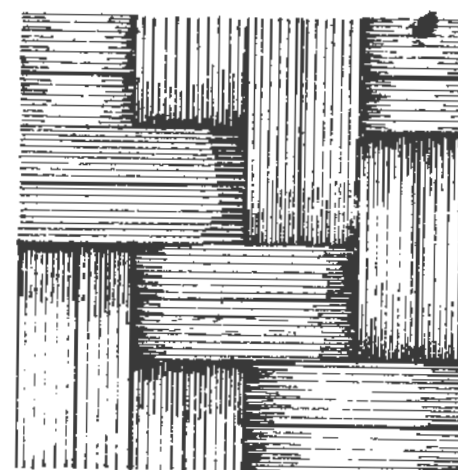
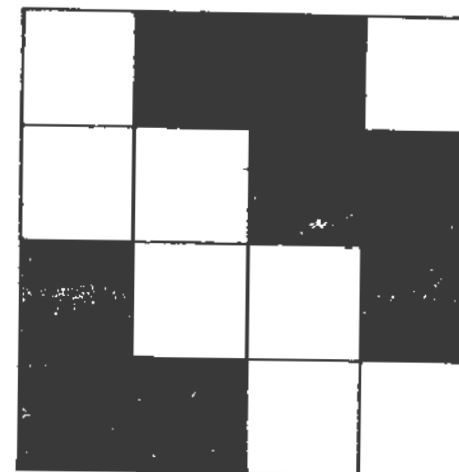
CARRILERA
 CAMINO
 S. N. D. P.
 RIOS
 PUENTE Plancheta Topográfica del Instituto Geográfico Militar (1978)
 ELABORACION: Instituto Oravaleño de Antropología (IOA) 1977
 Longitudes Referidas al Meridiano de Quito (Crono-actual)
 ESCALA 1:25000

APENDICE

Número y procedencia de nuestros informantes o de las observaciones personales realizadas en este trabajo.

LUGAR	Información tejedores	Información vendedores	Información otros	Observaciones personales
Yaguarcocha	14	6	3	14
V illagrán-Pugro	14			
Cachibiro	6			
San Rafael	5			
Huaycupungo	3			
Langaburo	3			
Pucará	1			
Total para S. Pablo:	32	3	1	4
Salinas			4	3
Río Blanco				1
TOTALES	46	9	8	22
TOTAL GENERAL				85 entrevistas y ob- servaciones per- sonales.

Figura 1

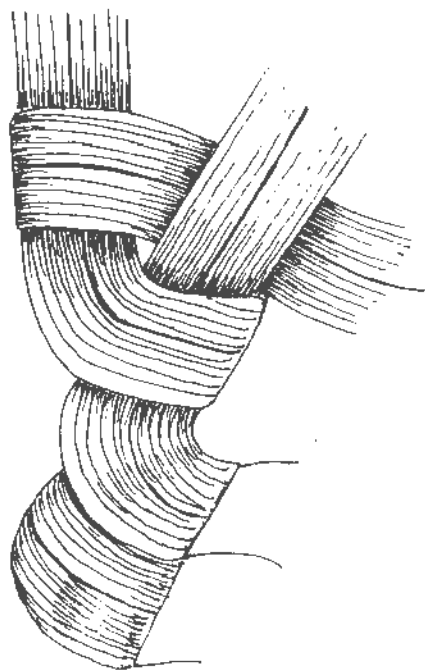


Base de evolución del tejido de las esteras

Técnica: Sarga Batavia neutra

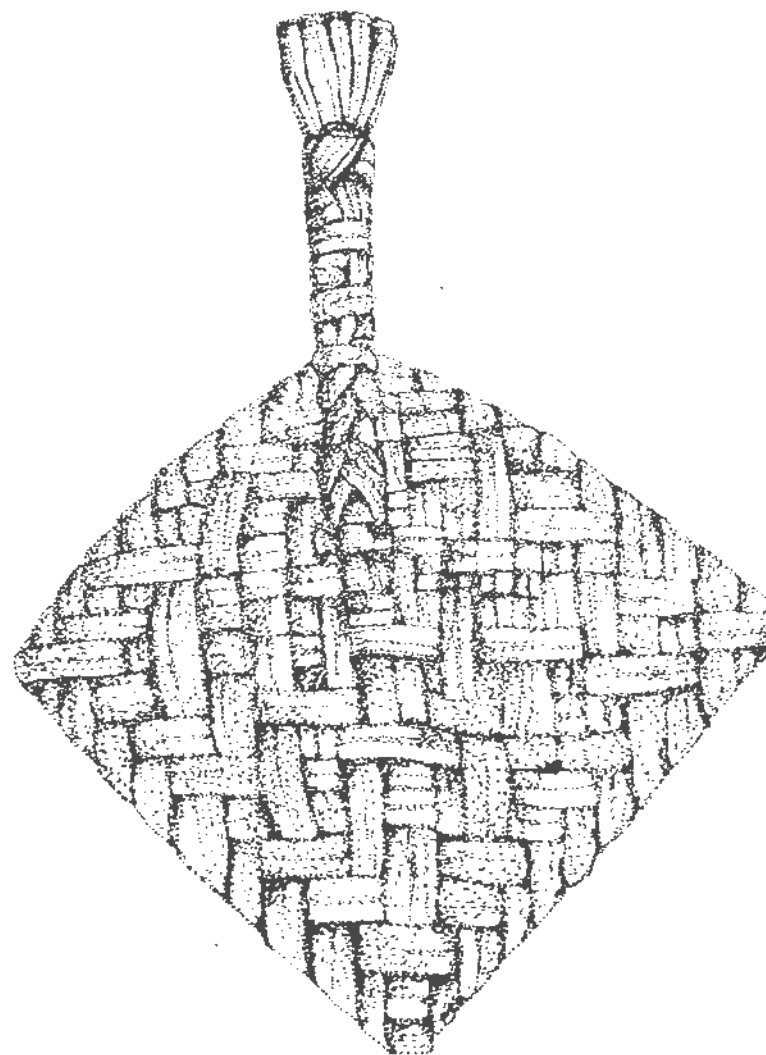
(San Pablo, Imbabura)

Figura 2



Técnica del cumbado o remate de la estera
(San Pablo y Yaguarcocha)

Figura 3



Aventador
(Yaguarcocha, Imbabura)
Largo total: 46 cm.; lado: 24 cm.
ancho máximo: 32 cm.

Figura 4



*Inflorescencia de
Scirpus californicus*
(Noviembre, 1977)

Figura 5



*Inflorescencia de
Typha angustifolia*
(Salinas, Imbabura, octubre
1977)

Figura 6



Sección del tallo de
Scirpus californicus



Sección del
tallo (cladodio)
de *Typha* sp.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA-SOLIS, Misael

1961 Los Bosques del Ecuador y sus Productos. Editorial Ecuador, Quito, 348 pp.

1969 Glumifloras del Ecuador. Catálogo fitogeográfico de las gramíneas, ciperáceas y juncáceas, Instituto Ecuatoriano de Ciencias Naturales (Contribución No. 71) Diciembre, 1969, Quito-Ecuador, 192 pp.

ALCEDO, Antonio de

1967 (Orig. 1786-1789). Diccionario Geográfico de las Indias Occidentales o América. Edición y estudio preliminar por don Ciríaco Pérez-Bustamante. IN: Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, vol. 205, 206, 207 y 208 (4 vols.), Ediciones Atlas, Madrid.

ANELLO OLIVA, Juan

1857 (MS 1631). Histoire du Pérou par le P. —, traduite d'espagnol sur le manuscrit inédit par M. H. Ternaux Compans. A Paris. Chez P. Jannet, Libraire, 128 pp.

ANONIMO (QUITO)

1965 (Orig. 1573). "La ciudad de Sant Francisco de Quito". In: Relaciones Geográficas de Indias, Perú, II. Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días, (Continuación), Ediciones Atlas, Madrid, 205-232.

ATIENZA, Lope de

1931 "Compendio Histórico del Estado de los Indios del Perú con mucha doctrina y cosas notables de ritos, costumbres e inclinaciones que tienen; nuevamente compuesto por —".

IN: Jijón y Caamaño, Jacinto, La Religión del Imperio de los Incas. Apéndice, Vol. I, Escuela Tipográfica Salesiana, Quito, Ecuador, 2-307.

BEEBLE, Alan B.

1945 "Sedge Boats in the Andes". IN: Journal of the New York Botanical Garden, Vol. 46, No. 541, January 1945, 1-4.

COLETTI, Giandomenico

1974 (Orig. 1771). Diccionario Histórico-Geográfico de la América Meridional por —. Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional. Ediciones del Banco de la República, Talleres Gráficos (I tomo A-L: 1974; II tomo M-Z: 1975), 403 pp. (mapa de América Meridional).

COSTALES S., Alfredo y Piedad Peñaherrera de Costales

1968 El Quishihuar o el Arbol de Dios. Diccionario de Supervivencias etnoculturales. Vol. II, Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía (IEAG). División de Antropología Social, 505 pp.

EDWARDS, Clinton R.

1965 Aboriginal Watercraft on the Pacific Coast of South America, University of California Press, Berkeley & Los Angeles. (Ibero-Americana: 47).

GILLIN, John

1947 Mocho a Peruvian Coastal Community.

Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology, Publication No. 3, Washington, D.C., 166 pp. (Photographs).

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe

1956- (escrito entre 1587-1615). *La Nueva Crónica y Buen Gobierno*, escrita por —, interpretada por el Teniente Coronel Luis Bustos Gálvez, 3 vols. (3 Partes). I Parte: Época Prehispánica, (521 pp.); II Parte: La Conquista, Vida y Hechos de los Españoles durante el Colonaje, (414 pp.); III Parte: Vida y Costumbres de los Indios durante el Colonaje, Consideraciones y descripción del Medio Geográfico conocido por Guamán Poma, (458 pp.). Texto original y transcripción moderna del editor. Vol. I: Editorial Cultura, Dirección de Cultura, Arqueología e Historia, Ministerio de Educación Pública del Perú; Vols. II y III: Talleres de Imprenta "Gráfica Industrial", Lima.

HEISER, Charles B. Jr.

1974 "Totora, Taxonomy and Thor". In: *Plant Science Bulletin*. Vol. XX, No. 2, June 1974, 22-26.

¿1978? (MS. para publicación). "The totora (*Scirpus californicus*) in Ecuador and Peru". Para ser publicado IN: *Economic Botany*.

INSTITUTO GEOGRAFICO MILITAR

1971 *Ecuador. Mapa Político* compilado por el — (Sección Geográfica). Información actualizada al 31-XII-1971. Escala 1:1.000.000, Quito-Ecuador.

JARAMILLO, Víctor Alejandro

1962 *Imbabura Agua y Paisaje*. Vol. I, Editorial "Cultura", Otavalo-Ecuador, 377 pp.

KNOCHE, Walter

1930 "Binsenboote auf den Seen von Ecuador". IN: *Zeitschrift für Ethnologie*, 62, 205-206.

KOYAMA, Tetsuo

1963 "The genus *Scirpus* Linn., critical species of the section *Pterolepis*". In: *Canadian Journal of Botany*, 41, 1107-1131.

LARRABURE Y UNANUE, Eugenio

1935 *Manuscritos y Publicaciones. Historia y Arqueología*. Tomo II. Imprenta Americana, Lima, 692 pp.

LARRAIN, Horacio y María Cristina Mardorf

1978 (MS) "Tipos de fichas para análisis de campo en Antropología cultural" (trabajo en preparación).

LOTHROP, S.K.

1932 "Aboriginal Navigation off de West Coast of South America". IN: *Royal Anthropological Institute of Great Britain & Ireland*, Vol. 62, 229-256.

LOZANO MACHUCA, Juan

1885 "Carta del Factor de Potosí Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú, en donde se describe la Provincia de Los Lipos". In: *Relaciones Geográficas de Indias, Perú*, publicadas el Ministerio de Fomento, Tipografía de Manuel G. Hernández, II, Apéndice III: xxi-xxviii, Madrid.

MATOS, José

1964 "La propiedad en la Isla de Taquille (Lago Titicaca)". IN: *Estudios sobre la cultura actual del Perú*, Universidad Mayor de San Marcos, Lima, Perú, 64-142.

MISHKIN, Bernard

1963 "The Contemporary Quechua". IN: *Handbook of South American Indians*, (Julian H. Steward, Ed.), Vol. II. Cooper Square Publishers, Inc. New York. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, 411-470.

MURRA, John

1975 "Las etno-categorías de un khipu estatal". In: *Formaciones económicas y políticas del Mundo Andino*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 243-254.

PARODI, Lorenzo R.

1933 "Las balsas usadas por los aymaras en el Lago Titicaca". In: *Physis* 11, 145-149.

POLO DE ONDEGARDO, Juan

1916 "Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros (Junio 26 de 1571)". In: *Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas*, por el Licenciado (1571), seguidas de las Instrucciones de los Concilios de Lima, Notas biográficas y Concordancias de los textos por Horacio H. Urteaga, Lima, Imprenta y Librería Sanmartín y Cia., 1916, 45-187.

RICARDO, Antonio

1951 (Orig. 1586). *Vocabulario y phrases en la lengua general de los indios del Perú, llamada Quichua y en la lengua española*. El más copioso y elegante que hasta ahora se ha impreso. En los Reyes. Por —, Año de M.D.L. XXXVI. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Edición del Instituto de Historia de la Facultad de Letras. Quinta Edición (Prólogo y notas de Guillermo Escobar Risco, editor), Lima, 221 pp.

ROBINSON, Scott R.

1966 *The Indians and the rules*. In: *The Indians of Colta* (E. Maynard, edit.), Cornell University, Ithaca, New York, 57-80.

SANTACRUZ PACHACUTI YAMQUI, Joan

1968 "Relación de Antigüedades desde Reyno del Piru". In: *Crónicas Peruanas de Interés Indígena*, tomo CCIX. Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días (Continuación), Ediciones Atlas, Madrid, 281-319.

SANTILLAN, Hernando de

1968 "Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas". In: *Biblioteca Peruana*, (3 vols.), 1a. serie, tomo III, Editores Técnicos Asociados S.A., Lima, 377-463.

SERVICIO GEOGRAFICO MILITAR

1938 "Planchetas del mapa topográfico del Ecuador". Talleres de reproducción del Servicio Geográfico Militar, 1938, Quito.

TERAN, Francisco

1976 *Geografía del Ecuador*. Novena edición. Ediciones Librería "Cima", Quito, 440 p.

TOWLE, Margaret A.

1961 *The Ethnobotany of Pre-Columbian Peru*, Viking Fund Publications in Anthropology No. 30, Aldine Publishing Co., Chicago.

TSCHOPIK, Harry Jr.

1963 "The Aymara". In: *Handbook of South American Indians*, (Julian H.

Steward, Ed.), Vol. II. Cooper Square Publishers, Inc., New York. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143, 501-574.

VASQUEZ DE ESPINOSA, Antonio

1969 (Orig. 1630). *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. Edición y Estudio preliminar por B. Velasco Bayón, Biblioteca de Autores Españoles, Vol. 231, Ediciones Atlas, Madrid.

WINICK, Charles

1964 (Orig. 1956). *Dictionary of Anthropology*. Littlefield, Adams & Co., Paterson, New Jersey.

WOLF, Teodoro -

1975 (Orig. 1892). *Geografía y Geología del Ecuador*, publicada por orden del Supremo Gobierno de la República por —, Dr. Phil., antiguo profesor de la Escuela Politécnica de Quito y Geólogo del Estado. Con 12 láminas antológicas, 47 ilustraciones en el texto. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

LA ALFARERIA TRADICIONAL UTILITARIA EN EL AREA DE OTAVALO Y SUS INMEDIACIONES

Viviana Lamas D.

I. INTRODUCCION

Otavalo y sus inmediaciones, región comprendida en la actual Provincia de Imbabura, Ecuador, es sede de una población que vive día a día el conflicto interétnico producto de la interacción entre una población de origen "mestiza" aculturada e inmersa en los mecanismos de comercialización y servicios — que reside fundamentalmente en el área urbana, definida localmente como "mestizos" o "blancos", y una población básicamente rural, de patrones culturales tradicionales —indígenas— en un proceso de desarraigamiento y aculturación hacia las expectativas que ofrece el centro de polarización — Otavalo como opción a la crisis del agro.

Las tensiones interétnicas hoy en día existentes reflejan de una u otra forma la convivencia de patrones culturales "occidentales" e "indígenas", con un escaso mestizaje entre ambos, y una clara imposición de lo "occidental" sobre lo indígena. El fenómeno no resulta sorprendente en el ámbito nacional ni latinoamericano, si no fuese por ciertas características peculiares que resaltan en esta interacción.

La crítica disminución de la superficie agrícola derivada del crecimiento demográfico, formas tradicionales de

herencia, escaso desarrollo tecnológico aplicado, frente a las expectativas de los nuevos modelos de enriquecimiento presentados por la zona urbana —Otavalo— como centro de polarización e intermediario de las relaciones urbano—rurales, a los que se agregan tradiciones textiles desarrolladas desde el siglo XVII, se han conjugado para presentar nuevas alternativas a la población de base campesina, dentro de la producción artesanal y semi-industrial de textiles.

Nuevas formas de participación, especialización, interacción social y cultural, han sido las consecuencias de la producción de textiles en gran escala para un mercado externo, donde el papel tradicionalmente subordinado del indígena se transforma, poniendo en conflicto la seguridad con que el medio "mestizo" se aproximaba imitativamente a los valores de la capital, y a las funciones de intermediario con que se conformaba en sus aspiraciones de movilidad social.

A la vez, el indígena comienza a tener acceso a la vida nacional, con ciertos reconocimientos estatales, sobrepasando el límite rural de su medio tradicional, y asimilando nuevas aspiraciones derivadas de patrones para él extraños que le llevan a romper con gran rapidez un conjunto de normas, patrones y valores propios de su cultura, dentro de un proceso de anulación cultural, donde no es aceptado por el régimen urbano, y se distancia considerablemente de su medio de origen.

La textilería, se convierte así en una forma institucionalizada que conlleva el desarraigo cultural, que absorbe

al campesino del área rural periférica de Otavalo, a través del centro de comercialización externo más importante: el mercado Centenario con su feria sabatina periódica.

En las condiciones señaladas, la repercusión de la intensiva interacción del medio rural con el medio urbano local, nacional y extranjero, no ha dejado de manifestarse agudamente en las comunidades, las que sufren actualmente una desintegración crítica al absorber un conjunto de patrones extraños, a la par que una pérdida de los patrones propios.

Directa o indirectamente, las comunidades indígenas aledañas a Otavalo han sido las receptoras de nuevas formas culturales, tanto en lo que respecta a sus manifestaciones materiales como a las no-materiales, éstas últimas aún más significativas en el contexto global.

En esta situación, es oportuno plantearse críticamente frente a las "expectativas" que ofrece la promoción de actividades artesanales en el área, dentro de la política de desarrollo propugnadas por los organismos estatales. La visión actual del fenómeno descrito ofrece algunos puntos de discusión; en particular, aquellos aspectos que tienen relación con la perpetuación de la dependencia que se sigue manteniendo en una producción artesanal cuando la demanda es externa; la saturación del mercado; la imposición de valores estéticos y técnicos; la comercialización y distribución de ganancias; y, lo que resulta más trascendente, las repercusiones que trae consigo para la comunidad.

La absorción de trabajo indígena hacia la producción textil dirigida a un mercado externo, ha traído como consecuencia, además de una pérdida de valores en la artesanía textil de autosuficiencia, una despreocupación por los rubros de la producción artesanal tradicional que rápidamente son reemplazados por artículos extraños, las más de las veces industriales.

Los objetivos del presente trabajo, se dirigen hacia el fenómeno anteriormente expresado; ofrecer un diagnóstico de la situación actual de la alfarería tradicional utilitaria, en la región otavaleña. A través de un acercamiento a esa realidad basado en informaciones recopiladas sobre el terreno, se puede determinar cuál es la situación actual de este rubro artesanal, y cómo se inscribe dentro de la totalidad socio-cultural, incluyendo la convivencia de los dos grupos étnicos que residen en el área.

Tratándose de una primera investigación global del problema artesanal de alfarería en la región, realizada en cuatro meses de estudio, en el aspecto metodológico fue necesario tomar nuestras selectivas, que representasen los diversos patrones que se pudieran distinguir en el área. Como punto de partida se consideró, además de las escasas informaciones bibliográficas existentes, el mercado Centenario de Otavalo, de donde surgió la procedencia de los objetos alfareros que en él se comercializan. Posteriormente, taller por taller fuimos ubicando los diversos centros de producción del área, visitando tras un reconocimiento general — cada uno de los talleres alfareros de los que se tuvo noticia. Además de la observación

directa, se han realizado entrevistas, tanto en quichua como en español, que conforman la base de este trabajo.

Dado que en el Mercado Centenario se comercializan productos alfareros no solamente de Otavalo y sus parcialidades aledañas, sino también de otras áreas distantes, consideramos necesario para la comprensión global del problema recopilar algunas características básicas de uno de esos otros centros: Tunibamba. Como se podrá verificar más adelante, la validez de haber tomado este centro referencialmente ayuda a comprender las diversas características que presenta regionalmente el trabajo alfarero.

Por el contrario, algunas expresiones artesanales de alfarería procedente de San Antonio de Ibarra que se comercializan en el citado mercado, no pueden ser considerados como alfarería tradicional utilitaria, y han quedado por tanto excluidos del presente estudio.

Se consideró necesario organizar la información recopilada en base a categorías de análisis representadas en este informe como capítulos separados, representando arbitrariamente la realidad, para facilitar la comprensión. Desafortunadamente esta situación trae como consecuencia la reiteración de ciertos aspectos, que resultan redundantes para el lector.

II. DISTRIBUCION ESPACIAL DE LA PRODUCCION

II. I. Centros de producción

La distribución espacial de la pro-

ducción en el área de estudio, se presenta con diferentes especializaciones en los diversos centros de producción. Es to es, que cada centro de producción ofrece ciertos objetos alfareros propios que por lo general no se elaboran en los restantes.

La mayor parte de los centros de producción se encuentran a distancias relativamente reducidas de Otavalo, constituyendo este último, además de un centro alfarero, el lugar donde se comercializa la mayoría de la producción del área considerada. (Véase Mapa I).

Ya ha sido expresada en múltiples ocasiones anteriores, el papel de polarización que juega Otavalo —particularmente a través de su feria sabatina dentro del contexto regional, centralizando la oferta y demanda de artículos producidos o/y requeridos por las comunidades aledañas. Como centro de comercialización y servicios, establece una dependencia de las parcialidades indígenas de su entorno, las que confluyen a la ciudad ofreciendo mínimos excedentes agrícolas, y una considerable cantidad de productos de una textilería que día a día absorbe la mano de obra cesante de la crítica situación de minimización predial que vive el campo.

En esta perspectiva económica, a la que deben agregarse los fundamentales problemas interétnicos que afectan al contacto indo/mestizo, las manifestaciones alfareras son un relicto de una tradición artesanal que antaño fuera ampliamente difundida, que logra sobrevivir a las ineludibles presiones económicas que la expectativa textil ha

creado para la población indígena del área.

Veamos a continuación, una breve caracterización de los centros productivos que hemos detectado y considerado para la realización del presente estudio.

II. 2. Características y generalidades de los centros de producción.

1. **Otavalo.** Como afirma Aguirre Beltrán (1973: 125) "En las más de las ocasiones la ciudad ladina (mestiza) es una ciudad mercado o, como atinadamente asienta Marroquín, es un mercado que se apoya en la concentración urbana. El mercado domina a tal punto la vida de la ciudad, que le impone su ritmo y formas particulares". Es así como la ciudad de Otavalo se constituye en el centro rector que genera gran parte de las relaciones económicas, socioculturales y religiosas de las parcialidades aledañas.

La ciudad de Otavalo está poblada en su mayor parte por mestizos, pero también residen en ella los capitalistas indígenas dedicados en su mayoría a la producción y comercialización de textiles, en un paulatino distanciamiento de los patrones culturales tradicionales.

Desgraciadamente no ha sido posible investigar las raíces históricas de la producción alfarera en Otavalo. No hemos logrado recopilar información relativa a la producción alfarera de la región en tiempo transcurrido entre la temprana época colonial y los comienzos de este siglo, antecedentes que permitirían inferir valiosas explicaciones

ante el impacto de la sociedad nacional.

Herrera (1909: 182/3 y 298) nos informa que ya en 1909 se producía alfarería utilitaria en la región (ollas, platos, juguetes) y que estaba destinada exclusivamente al comercio interior de la Provincia; localiza concretamente la producción en la Parroquia del Jordán, Otavalo.

No sabemos si el actual barrio de los olleros "San Sebastián" corresponde o no a la descripción que brinda Herrera; aunque parece probable que exista una relación genética entre ambos. Un informante manifestó que el antiguo barrio de los olleros cubría espacialmente tres manzanas aledañas al actual Mercado Centenario —destinado para las ferias periódicas— (miércoles y sábados de cada semana) y que aproximadamente cien a ciento cincuenta personas trabajaban en alfarería, gran parte de las cuales pertenecían a las familias Basantes, Lozada y Jaramillo.

Además agregó que en aquel tiempo (se refiere a unos treinta años atrás) se producían una serie de productos, tales como: "juguetes para niños, ollas de orejas para el almuerzo, cazuelas graniles para la fanesca, carneras para freír", de los cuales continúan produciéndose sino una minoría de tipos.

Existen en Otavalo cuatro talleres alfareros en los que se produce una variedad considerable de artículos alfareros utilitarios, cuyo volumen está destinado, en su mayor parte, al abastecimiento de las necesidades de la población urbana y rural de la región en cuestión.

Aunque el número de productores no asciende de doce alfareros, se mantiene latente el conocimiento adquirido a través de la tradición en un cúmulo considerable de individuos que, por diversas circunstancias, se dedican a otras actividades.

2. **Calpaquí.** La comunidad de Calpaquí se encuentra situada al sureste de la ciudad de Otavalo, y al sur de la parroquia rural Eugenio Espejo, a la que pertenece política y administrativamente.

Calpaquí fue legalmente constituido en 1941, mediante acuerdo ministerial; entonces contaba con 232 habitantes. En la actualidad tiene una población aproximada de 633 habitantes. (1)

En la comunidad de Calpaquí existen en la actualidad tres alfareros varones, los que se dedican exclusivamente a la especialidad de "tiestos". Por diferentes razones que analizaremos más adelante, cuando los visitamos manifestaron que ya no se dedican a tiempo completo al oficio, lo que ha disminuido considerablemente la producción local, y el porcentaje calculado por el D.I.S. correspondiente al 23.080/o de la producción total de artesanías para esta localidad. (2).

La producción alfarera presenta características muy similares de un alfarero a otro, razón por la que solo consideramos exhaustivamente una muestra

(1) Datos obtenidos en el Censo de 1974.

(2) Dato obtenido del Dpto. de Investigaciones Sociales del I.O.A.

del conjunto global.

La producción de tiestos de Calpaquí abastece gran parte de la demanda del mercado de Otavalo (Mercado Centenario) en la feria de los sábados.

3. **Peguche.** La comunidad de Peguche se encuentra ubicada en las faldas sur occidentales del cerro Imbabura, 3 km. al noreste de la ciudad de Otavalo.

Según el III Censo de Población y II de Vivienda de 1974, Peguche tiene una población de 2.645 habitantes y 497 viviendas. (3).

La mayor parte de la población activa de Peguche se dedica a la producción artesanal de textiles, con fines claramente comerciales. Este hecho no es casual: la instalación en época colonial (1613) del obraje de Peguche, los convirtió en tejedores de tradición. (Véase Albuja Galindo, 1962: 122/23).

En la comunidad de Peguche, la tierra y el trabajo agrícola siguen teniendo el mismo valor y significación que en siglos anteriores pero el número de familias que dependen de la producción agrícola para su subsistencia ha disminuido considerablemente. Sin dejar de cultivar sus parcelas y criar algunos animales, los indígenas se han especializado en la producción de textiles.

Junto a la comunidad, en su límite sur, se encuentra la hacienda Peguche. En la actualidad, la dependencia con ésta es escasa, y solo ocasionalmente

(3) Datos obtenidos del Dpto. de Investigaciones Sociales del I.O.A.

te los comuneros "hacen yanapa", es decir, que tienen acceso a ciertos recursos (leña, hojas de eucaliptus, etc.), a cambio de trabajar para la hacienda un día o más a la semana, según sea lo estimado.

En el límite de la periferia suroccidental de Peguche, están ubicadas tres pequeñas agrupaciones de alfareras, en su totalidad mujeres, que se dedican a la producción especializada de pundos. Coincidentalmente, en cada una de estas agrupaciones viven productores emparentados por consanguinidad.

Contabilizamos un total de ocho alfareras, todas ellas mujeres, que además de la alfarería cooperan en las labores agrícolas cuando éstas requieren de su trabajo.

4. Tunibamba. Como lo señaláramos en la introducción, el centro de producción de Tunibamba ha sido considerado sólo referencialmente, razón por la que se ha tomado una muestra selectiva de él, pese a la gran cuantía de talleres que allí se presentan.

La comunidad de Tunibamba está ubicada 16 km. al noroeste de la ciudad de Otavalo, distancia notoriamente mayor en relación al resto de los centros de producción referidos anteriormente. Este factor incide en que la ciudad de Otavalo no funcione en este caso como centro de integración; es decir, que la relación y dependencia que la comunidad mantiene con Otavalo no es significativa. Este hecho ha determinado que la configuración interna de la comunidad de Tunibamba presente características particulares —diferentes de los otros centros de producción señalados de las que nos ocu-

paremos más adelante.

La economía de la comunidad está basada fundamentalmente en la explotación de la tierra. La mayor parte de la población es propietaria de pequeñas parcelas, cuya producción agropecuaria está destinada a cubrir en parte las necesidades de subsistencia.

La comunidad de Tunibamba está rodeada por hacienda (Sta. Rita, Tunibamba, Colimbuela, Sta. Rosa) que antaño desempeñaron un rol determinante en la vida comunal. Casi la totalidad de la población masculina trabajó para tales haciendas como "gañanes", una forma de relación laboral consistente en que el hacendado "presta" una cantidad de dinero a un individuo comprometiéndolo a trabajar para la hacienda durante toda su vida activa, como forma de pago. Muchas veces también los hijos del trabajador agrícola heredaban las deudas de sus padres, siendo "propiedad" del hacendado y por lo tanto, de su fuerza de trabajo.

Actualmente la situación señalada ha desaparecido parcialmente. Los problemas de tenencia y explotación de la tierra, se expresan en el minifundismo llevando al límite de una escasa rentabilidad agrícola, insuficiente para la subsistencia de la familia nuclear indígena, razón por la que numerosos comuneros se han visto forzados a buscar nuevas fuentes de trabajo. Por lo general, se solicita trabajo como peones en las haciendas, trabajando solo temporalmente.

En lo que respecta a la especialización ocupacional de la población femenina de Tunibamba, nos encon-

tramos con que, además de cumplir con los quehaceres domésticos del núcleo familiar y labores agrícolas esporádicas, se dedica a la producción artesanal de artículos alfareros utilitarios.

El volumen de la producción alfarera es considerable —excede la demanda de la comunidad— que permite calificar a Tunibamba como una comunidad exportadora, diferenciándola de los patrones artesanales del área inmediata a Otavalo. La multiplicidad de objetos producidos en Tunibamba cubre en gran medida los requerimientos de utillaje doméstico necesario en todo hogar indígena, abasteciendo las necesidades de una amplia área provincial.

5. Agato. "Encaramándose por las mismas laderas del Taíta Imbabura hasta la misma coronación del cerro, al igual que las comunidades vecinas, se emplaza la comunidad de Agato. Su límite occidental lo conforma el río por el cual desagua la laguna, las cascadas o FACCHA y la hacienda Peguche. Al norte están la cabecera parroquial Peguche, y la comunidad de Quinchuquí. Al sur las de Compañía y Pucará". (OVEJERO: 1977: 16).

La comunidad de Agato se encuentra ubicada 7 km. al noreste de la ciudad de Otavalo.

En relación a los aspectos que caracterizan a la comunidad de Agato, éstos presentan particularidades muy similares a los de Peguche, razón por la que no insistiremos nuevamente al respecto.

En el sector sur de la comunidad, localizamos dos productores de alfarería, ambas mujeres, que se dedican a la

producción especializada de pundos.

III. IMPLEMENTACION DE TALLERES.

En este capítulo nos referiremos a la implementación de los talleres, entendiendo todos los instrumentos de mayor o menor envergadura que se utilizan dentro del proceso integral de la producción alfarera, en la que cada fase requiere de determinadas y específicas herramientas.

En general, para facilitar la comprensión y descripción de los artículos hemos establecido en base a la información recopilada, dos grandes grupos de centros de producción, diferentes entre sí en cuanto al nivel de implementación de sus respectivos talleres.

El primero de estos grupos está conformado por la comunidad de Calpaquí y la ciudad de Otavalo, en tanto que el segundo lo conforma la comunidad de Tunibamba, Agato y Peguche.

El taller en el caso del primer grupo definido (Calpaquí-Otavalo) está constituido por tres implementos especializados fundamentales, contruidos con el objeto de servir a las necesidades inherentes al quehacer alfarero. Ellos son: molino, torno y horno. Estos implementos tienen un espacio físico asignado dentro del ámbito global del taller alfarero, que suele ser permanente a lo largo de una vida.

El segundo grupo (Tunibamba-Agato-Peguche) en lo que se refiere a la implementación de talleres presenta un patrón diferente. Parte considerable del utillaje está conformado por objetos de uso doméstico que son utilizados en el proceso productivo alfare-

ro. El volumen de éstos es reducido, y sus cualidades no especializadas. En las comunidades referidas, el taller invariablemente está ubicado en uno de los extremos del corredor de la casa.

III.1. Grupo I

Implementos mayores:

Torno. Los tornos son fabricados por los propios alfareros o por carpinteros de la zona, aunque ocasionalmente el alfarero lo hereda de su padre u otro productor. Generalmente provienen de Otavalo.

El período de vida de un "torno de pie" es relativamente prolongado, permaneciendo en estado utilizable durante toda la vida activa del usuario.

La estructura del torno está constituida por tablas de madera de eucaliptus sin cepillar, dispuestas horizontalmente sobre cuatro varas verticales clavadas en el suelo a modo de pilares, en cuyo interior se encuentra el asiento para el trabajador y el torno mismo.

En la parte interior e interior de esta estructura está ubicado el platillo giratorio motor, conformado por tablas que van aseguradas entre sí por medio de trozos de madera, debidamente afianzadas al eje vertical. El diámetro medio del plato giratorio inferior es de 70 cm. aproximadamente.

En la parte superior del eje va instalado otro platillo giratorio, también confeccionado de madera de un diámetro aproximado a los 25 cm. Con el fin de fijar el platillo al eje, se elabora un orificio en su centro, por el que se atraviesa el eje del torno, el que es apresado mediante cintas de madera.

El eje está conformado por una vara de madera de eucaliptus de sección circular, de aproximadamente 1.20 m. de longitud y 7 cm. de diámetro, y fijado bajo el platillo superior con una improvisada pero funcional "tripa de borrego" o trozos de madera que le apresa y une a la estructura básica para mantener la posición vertical. Solamente en una muestra encontramos bajo el platillo giratorio superior y rodeando al eje, rodamientos metálicos para facilitar el movimiento rotativo y mantener fija su posición vertical.

En un extremo de la estructura, a unos 30 cm. bajo el platillo giratorio superior, es colocada una tabla de eucaliptus sostenida en los pilares, sobre la que se sienta el alfarero. En el extremo distal al asiento del alfarero, sobre una tabla de eucaliptus se deposita el material y los implementos necesarios en el torneado.

En el modelado, sobre el platillo giratorio superior es colocado el material, y haciendo girar el platillo basal con las extremidades inferiores alternándolas, mientras la otra descansa sobre el travesaño de la estructura, con las manos se "levanta" el material logrando la forma deseada. Una variedad de implementos accesorios son utilizados en el proceso de "torneado", a los que nos referiremos más adelante.

Horno cerrado. La totalidad de los hornos cerrados que hemos conocido fueron construidos por los propios alfareros. En general, su tiempo de duración es comparativamente más reducido que el del torno, y el alfarero debe construir dos, sino tres, en su vida activa como tal.

Dos tipos de hornos cerrados hemos distinguido en base al material utilizado en su construcción -adobe o ladrillo- que inciden en el período de duración y eficiencia. La técnica constructiva, morfología y magnitud del horno se mantienen en ambos tipos.

En general, el alfarero que goza de una situación económica admisible, construye el horno de ladrillo común. Si no posee el dinero suficiente para adquirir ladrillos, el horno es fabricado de adobe.

El período medio de duración para el horno de ladrillo es de veinte años, y diez a quince para el horno de adobes.

Para la construcción del horno -sea de ladrillos o adobes- se utiliza arcilla como argamasa. En el caso del horno de adobes, en la parte superior de los costados se colocan objetos alfareros en desuso. La explicación al empleo de éstos fue la siguiente: "Para cuando llueva el horno no se moje, y esas ollas, cazuelas quebradas) vuelvan el calor al horno, se encierra" Es decir, que estos objetos permiten dar cierto grado de impermeabilización al horno, además de concentrar y conservar el calor interno, a modo de refractario.

La capacidad y tamaño del horno dependen en gran medida de las necesidades del alfarero. El patrón para definir estas variables está determinado por el volumen de la producción del alfarero, es decir, que cubra los requerimientos periódicos necesarios para la "quema" de los productos que en tales intervalos se elaboran.

La configuración del horno es se-

miesférica de base circular, con un diámetro máximo promedio de 1.40 m., y el alto total de aproximadamente 2.10 m. Está compuesto por dos cámaras, la una de combustión y semisubterránea que alcanza una altura media de 50 cm. aproximadamente; y la otra, propiamente de cochura, de 1.60 m. de altura.

En la base de la cámara superior se encuentra una cantidad considerable de orificios, los que permiten el paso del calor de la cámara de combustión a la de cochura. Esta base se sustenta en un pilar central.

La entrada del horno se presenta como una abertura de dimensiones suficientes como para permitir que el trabajador se introduzca sin dificultad para la colocación de los objetos en su disposición adecuada.

En el costado opuesto a la entrada hay una abertura pequeña que permite alimentar al horno de combustible durante la cocción de las piezas.

La salida de los gases de la combustión se encuentra ubicada en la parte superior del horno. (Véase lámina 1).

Finalizada la etapa constructiva de uno de estos hornos, y antes de ser utilizado es "necesario" bautizarlo, para lo que se requiere la presencia de un sacerdote. Análogamente al bautizo de niños, se designan los "padrinos" del horno, los que deben aportar espermas y cintas para la ceremonia. Los dueños del horno por su parte tienen la obligación de brindar comida y bebida (chicha) a los concurrentes.

Los motivos de la realización de este ceremonial tienen relación con el alejamiento del peligro y el mal, para que el nuevo horno desempeñe eficazmente sus funciones; "para que saque bonitas hornadas, para que no salga malo", manifestó un informante.

Nos parece interesante la sugerencia que ofrece Holm (1965: 13/14) en relación al origen de los hornos cerrados, los que demuestran una marcada influencia hispánica. Sería significativo determinar la filiación cultural de este importante implemento del taller alfarero.

Molino de piedra. La adquisición de un molino en los talleres alfareros estudiados, a diferencia de la situación de autoconstrucción que caracteriza al horno, requiere de los servicios especializados de un cantero, el que es contratado para tallar las piezas líticas fundamentales que lo constituyen: "media luna" y piedra basal.

La base del molino, sobre la que se deposita el material, es una piedra de río fina rectangular, en cuyo interior se ha tallado una concavidad semiesférica. Apoyada sobre esta base va instalada la "media luna", piedra tallada en forma de media semiesfera de diámetro aproximado al de la concavidad de la base y altura máxima de 15 a 20 cm. La "media luna" accionada por un eje, es la que remueve y tritura el material.

A los costados de la piedra base, se disponen verticalmente dos varas de eucaliptus, unidas en sus extremos por una tercera horizontal. Esta lleva en su centro una perforación en la que se apoya el extremo superior del eje de una

manivela. El otro extremo (inferior) del eje señalado, se apoya en la piedra basal del molino.

En toda la extensión de la periferia de la piedra basal del molino se construye un muro de aproximadamente 15 cm. de altura, con el propósito de evitar que los materiales de la molienda sean expedidos al exterior con el movimiento rotatorio de la "media luna". (Véase lámina 2).

La energía humana es aplicada sobre la manivela, y a través de esta se imprime un movimiento rotatorio a la "media luna".

La culminación de la construcción del molino es motivo de celebración y los dueños de casa hacen los preparativos pertinentes (comida, bebida, etc.). El "picapedrero" lleva a su familia, amigos y músicos a la casa del alfarero donde se organiza la fiesta. Al término de la fiesta el alfarero debe entregar mediano (lavacara con papas y mote) al cantero. Un informante manifestó que si esta celebración no se efectúa se arriesga la relación laboral con el "maestro". "Cuando es de acabar el molino, nosotros no quisiéramos hacer nada, pero el que da haciendo se va bravo, como que le hemos dado un palo, peor! Hay que hacer chicha, mote y darle a él una lavacara grande con papas y mote, él trae a la familia de él también. Trae a la familia y hay que darles trago, o sea, que no sólo nosotros no más, sino los mismos del oficio regalan una botella. Ahí, el uno toca el arpa, el otro la pandereta y así no más".

Con respecto a la funcionalidad

que ofrece el molino, si bien requiere de gran esfuerzo físico del trabajador, brinda una gama más amplia de posibilidades en la producción. Más adelante, en el capítulo pertinente, observaremos sus funciones específicas.

Uillaje ligero. Multiplicidad de implementos menores son utilizados en el proceso productivo alfarero. Parte considerable de ellos son adaptaciones de objetos de uso generalizado a los requerimientos específicos del trabajo; otro minoritario, herramientas preparadas intencionalmente.

Estera. La estera de tipo común que se manufactura en las comunidades del Lago San Pablo, se utiliza para el secamiento al aire libre de la arcilla. Sobre ella también se efectúa la trituración y homogenización de la pasta.

Mazo. Un trozo de madera de eucaliptus tallado de aproximadamente 60 cm. de largo, con un sector extremo grueso —para golpear la arcilla—, y uno delgado, del cual asirla.

Arnero. Está formado por una estructura rectangular de cuatro maderos, sobre la que se fija una red de metal de 5 mm. de abertura. Se utiliza en el tamizado de la arcilla, con el fin de quitar las impurezas y piedrecillas que contiene.

Cedazo. Está fabricado con un trozo de corteza de árbol que forma una estructura circular. En el interior se ajusta una red fina de plástico o metal, a través de la que se cierne la arcilla para homogenizar las partículas, y desechar ciertas impurezas.

Plancha de pataquir. Piedra de forma rectangular de 50 cm. de largo, 30 cm. de ancho y 10 cm. de alto aproximadamente. En la superficie de la piedra de pataquir se "amasa" cantidades reducidas de arcilla.

Badana. Trozo de cuero pequeño, fino y flexible. Utilizado para el alisado y acabado de las piezas torneadas.

Cuñ o coñ. Piedra pequeña en forma de "riñón" que facilita el alisado de piezas, especialmente de tiestos y platos.

Bombón. Trozo de arcilla calcinada empleado en el alisado de piezas alfareras.

Imperdible. Es utilizado en el proceso decorativo, específicamente para realizar pequeñas incisiones. Se utiliza también para los mismos objetivos una púa de espino.

Cortador. Generalmente es un trozo de cuero firme o de metal que permite el desprendimiento de los objetos del torno, siendo también utilizado para la reducción de los objetos.

Almijarra. Consiste en una barra de fierro de sección circular de aproximadamente 1.20 m. de longitud, a la que se le acondiciona una cuchara o se aplana en uno de sus extremos. Es empleada en la preparación del vidriado, removiendo constantemente el plomo cuando es sometido al calor.

Pala. Utilizada frecuentemente en el transporte de diferentes materiales, y especialmente en la limpieza del hor-

no antes de iniciar el proceso de cocción.

Recipientes. Diferentes recipientes son utilizados frecuentemente en el almacenaje de agua y materiales, tanto plásticos, metálicos o arcillosos.

Moldes. Los moldes son de diferente tamaño y morfología, dependiendo del objeto a realizar. Son fabricados de arcilla, y posteriormente sometidos al proceso de cocción. Generalmente son manufacturados al torno, pero también suelen sacarse directamente de un original, o modelados por el alfarero si son de creación propia.

La mayor parte de estos implementos señalados, ya dijimos anteriormente, han sido adaptados a los requerimientos específicos del quehacer alfarero. Además de estos se utilizan objetos o fragmentos de objetos en desuso, que se constituyen en instrumentos de uso necesario para el trabajo. Gran parte de estos implementos que conforman el utillaje ligero del taller del grupo 1, tienen muy bajo costo y son fáciles de adquirir, ya sea comprándolos o como préstamo o regalo de vecinos y familiares.

III. 2. Grupo 2.

El utillaje que constituye el taller de las alfareras indígenas de las comunidades de Peguche, Agato y Tunibamba, es rudimentario y reducido. Por lo general, una cantidad considerable de instrumentos son patrimonio hogareño.

En el espacio físico destinado al taller se encuentran dispersos en el sue-

lo o suspendidos en la pared, los implementos necesarios para la elaboración de objetos.

Esteras. Del tipo común manufacturada en las comunidades del Lago San Pablo. Se la utiliza para extender sobre ella la arcilla durante el secado. Además en el amasado y homogenización de la pasta, tanto como en el secado al aire libre de los objetos manufacturados.

Mazo. Empleado para la trituración de la arcilla. "Mazuwan wactashpa" (con el mazo golpeamos).

Cedazo. El cedazo es empleado en el tamizado y limpieza de la arcilla.

Alpa cutana rumi. Piedra relativamente pequeña o rodado de río empleada en la trituración de la arcilla.

Suela. Trozo de cuerpo poco flexible, empleado en el alisado de la superficie de los objetos alfareros en el proceso de manufactura.

Caldera. Generalmente es un recipiente de aluminio utilizado para el almacenaje de agua, y remojar en el interior de él la suela.

Catacu o tejas. En la comunidad de Tunibamba llaman "catacu" a ollas y pundos quebrados que se utilizan para "arrimar" (cercar) los objetos que serán sometidos al proceso de cocción. En las comunidades de Agato y Peguche utilizan para estos fines, tejas en desuso.

Bayeta. Textil artesanal de trama, relativamente abierta. En Peguche y

Agato, una vez preparada y almacenada la arcilla, para que no pierda la humedad que contiene, se la cubre con un trozo de bayeta. En Tunibamba la cubren con hojas de higuera y sobre éstas colocan la bayeta o costal.

"Pingus" o higuera. En Peguche y Agato se utilizan las "pingus" (hojas de lechero) en el proceso de manufactura del pondo. Para los mismos fines, en Tunibamba utilizan hojas de higuera.

"Funduraj rumi" o "rumi". Piedra rectangular de dimensiones semejantes a la piedra de pataquir antes descrita. Sobre la "funduraj rumi" o "rumi" (piedra para pondo o piedra) se procede a realizar el "amasado" de la arcilla.

Además de los implementos señalados, comunes a todos los talleres comprendidos en el grupo 2, encontramos dos implementos propios de la comunidad de Tunibamba, que nos parecen significativos respecto a la función que desempeñan en el proceso de manufactura local. Ellos son.

"Pundulungo". EL "pundulungo" es un pseudo matriz empleada en la fabricación de pundos. La estructura está formada fundamentalmente por un trozo de tronco de penco, que se ha ahuecado interiormente. De lana prensada, mediante un procedimiento que le otorga rigidez, se elabora un cono cuyo diámetro excede levemente el de la estructura de penco. Este cono de lana prensada es colocado en el interior de la estructura, con su extremo agudo pendiendo hacia la base, suspendido en el borde la estructura. La fun-

cionalidad otorgada a este implemento queda referida como "Chaipi pundu churanilla muldishina, llugshinllami" (Ahí se pone el pondo, es como molde, sale no más).

"Tazin". El "tazin" es un aro fabricado con hojas de maíz secas y trenzadas. Son utilizados como bases de sustentación en el secado al aire libre de los objetos. Los diámetros de los "tazincuna" varían de acuerdo al tamaño de los objetos que son sometidos al secamiento. El diámetro medio aproximado es de 25 cm.

Los talleres alfareros del grupo 1 (Calpaquí-Otavalo), cuentan con tres implementos fundamentales y especializados, construidos con el objeto de servir a las necesidades inherentes del quehacer alfarero.

En general, el horno cerrado satisface los requerimientos que exige el tipo de artículos elaborados localmente, que por la composición de los materiales empleados en su elaboración, no requieren de temperaturas elevadas en el proceso de cocción.

Las condiciones de los talleres de las comunidades de Tunibamba, Peguche y Agato grupo 2-- son cuestionables, ya que no cuentan con un espacio físico destinado para taller y las condiciones ambientales básicas (luz, agua, sequedad, limpieza, etc.) para el desarrollo adecuado del proceso alfarero y el resguardo de la salud del trabajador.

Casi la totalidad de los instrumentos utilizados en las comunidades de Peguche, Agato y Tunibamba, son ob-

jetos pertenecientes al patrimonio hogareño, que transitoriamente se emplean en el trabajo alfarero.

En ambos grupos, el esfuerzo físico es la base del trabajo alfarero, especialmente en lo que se refiere a la recolección y preparación de los materiales.

En general, los bienes de capital son escasos y sólo cuentan con una cantidad reducida de implementos, lo que conlleva una productividad relativamente baja y muchas veces limita la calidad del producto terminal.

En relación al capital invertido en ambos patrones de talleres (grupo 1 y 2) que hemos definido anteriormente, existen diferencias significativas en el valor aproximado que hemos calculado para cada uno de ellos respectivamente.

En el caso del grupo 1, conformado por Calpaquí y Otavalo, el capital invertido en el equipamiento de cada taller asciende la cantidad de S/ 2.357, en tanto que para Peguche, Agato y Tunibamba - grupo 2-, el capital invertido en los talleres no sobrepasa la cantidad de S/ 300 por taller.

IV PROCESO PRODUCTIVO

IV. 1. Abastecimiento y preparación de materias primas.

Arcilla. Como materia prima fundamental se emplean arcillas comunes. La arcilla es un producto natural que posee propiedades plásticas al combinarse con agua. La plasticidad de la arcilla depende de la cantidad de agua

que sea capaz de absorber

La coloración de las arcillas está dada por la presencia de óxidos metálicos en su composición. Las arcillas utilizadas frecuentemente en los diferentes centros de producción que hemos visitado, poseen abundante cantidad de óxido de fierro y cal, lo que determina una coloración más o menos anaranjada, que depende del grado de concentración del óxido. También hemos observado la utilización de una arcilla grisácea ("negra") en pequeñas cantidades, que generalmente es mezclada con la "amarilla" para reducir la plasticidad, es decir, como antiplástico.

La obtención de la arcilla, materia prima básica requerida para el trabajo alfarero, en la mayoría de los casos es simplemente recolectada en los lugares aledaños a la residencia del productor. Cuando los yacimientos arcillosos se encuentran ubicados en propiedades particulares, los productores proceden a pedir autorización para obtener el material.

Los yacimientos arcillosos o "minas" son localizados en un reconocimiento superficial y posteriormente se procede a probar la calidad y plasticidad del material. Localizado un yacimiento y verificada la calidad del material, el productor se aprovisiona en repetidas ocasiones del yacimiento detectado.

En general, los productores cuentan con dos o más yacimientos para su abastecimiento, ya que se ven obligados a realizar una mezcla de las diferentes arcillas, con el fin de lograr una pasta

plástica y adecuada para los requerimientos del oficio.

Casi la totalidad de los productores utilizan dos tipos de arcillas, la "negra" que tiene una coloración grisácea y de escasa plasticidad; y la "amarilla" que posee propiedades más plásticas, y es de coloración anaranjada. La mezcla de estas arcillas se realiza para evitar la creación de grietas y la deformación de los objetos manufacturados.

Los lugares de aprovisionamiento de material de los productores de Otavalo son: para el taller 1 y 3 Pucará y Rey Loma, el taller 2 de Otavalo requiere, por razones que explicaremos más adelante, una gama más amplia de arcilla y los yacimientos de los que se aprovisionan están ubicados en: Laracunga (arcilla "negra"), Rey Loma (arcilla "negra"), Neptuno, Monserrate (arcilla "blanca") y Cascada de Peguche (arcilla "amarilla"). El taller 4 de Otavalo se abastece en Rey Loma y Cascada de Peguche.

Las alfareras de las comunidades de Peguche, Agato, recolectan el material de Loma Chimba, Pucará, Cascada de Peguche, Cotama y Peguche Bajo. El yacimiento "alpa utuju" de arcilla "amarilla" está ubicado en Peguche Alto, en tanto que los de arcilla "negra", en Peguche Bajo y Pucará.

En Calpaquí fue imposible obtener información al respecto, ya que las descripciones en su mayoría fueron ambiguas a pesar de la insistencia con que investigamos acerca del tema. Análogas evasivas encontramos en el centro productor de Tunibamba perfectamente

te explicables por el celo del oficio.

Los diferentes centros de producción tienen características muy similares en lo que respecta a la preparación de la pasta, analogía que haría redundante una descripción sitio por sitio, ante lo cual optamos por presentar la descripción siguiente como válida para la totalidad del área cubierta.

Recolectado el material la arcilla "negra" de escasa plasticidad y la "amarilla" de propiedades más plásticas— se la extiende sobre una estera para el secamiento, hasta que está en condiciones de ser pulverizada con el mazo. Las arcillas ("negra" y "amarilla") pulverizadas se ciernen con un arnero o cedazo para separar las impurezas y lograr la homogenización de las partículas.

La arcilla bien tamizada se extiende nuevamente sobre la estera, y se procede al "amasado". Poco a poco se va rociando agua en pequeñas cantidades sobre la arcilla, al mismo tiempo que se apisona con los pies. La cantidad de agua necesaria depende del volumen de arcilla que se prepare, y su proporción es medida empíricamente, hasta que la arcilla adquiere cierta plasticidad. Esta fase—apisonado— del proceso de preparación de la pasta, demora aproximadamente cinco horas para un volumen medio.

Finalizado el "amasado" de la arcilla se la almacena en el lugar destinado para ello, generalmente un ángulo del taller, y se la cubre con trozos de bayeta o plástico, hojas de higuerilla, para conservar la humedad de la arcilla.

Vidriado. Las alfarerías tienen la propiedad de ser semipermeables a los líquidos. Para evitar la permeabilidad se recubren de un baño vítreo al que se conoce como "vidriado", constituido fundamentalmente por una mezcla de minio (óxido de plomo) y cuarzo, a la que llamaremos base.

El proceso de impermeabilización sólo lo realizan los productores de la ciudad de Otavalo, y específicamente lo aplican a objetos de uso doméstico.

Para obtener diversas coloraciones se añade a la base diversos óxidos metálicos. La coloración "verde" se obtiene agregando óxido de cobre, si se desea la coloración "amarilla", óxido de estaño y fierro en pequeñas cantidades.

La base del vidriado lo constituye el óxido de plomo. En general, los productores aprovechan el plomo contenido en las placas de baterías de carro en desuso. Para realizar un vidriado de mejor calidad deben comprar el óxido de plomo en los almacenes destinados para ello en Ibarra. El productor del taller 2, aprovecha también el escaso plomo contenido en las pilas agotadas; según afirmó es de excelente calidad y sólo lo utiliza en trabajos que requieren más prolijidad.

Para la preparación del vidriado se funde el plomo en un tiesto colocado sobre fuego directo, teniendo la precaución de revolver constantemente. La acción calórica desprende las impurezas, o en su efecto permite su identificación para separarlas del plomo. Esta operación tarda aproximadamente 1-2 horas. El plomo es triturado en

una segunda fase en el molino.

El cuarzo o "piedra blanca" antiplástico más utilizado en la producción de artículos alfareros, es colocado sobre una plancha de pataquir para su trituración.

Estos dos elementos anteriores (cuarzo y plomo) previamente molidos —son mezclados con agua y retritificados en el molino aproximadamente durante una hora y media. A este líquido finalmente se le agregan los óxidos metálicos para dar coloración deseada al vidriado.

Conseguida esta mezcla terminal se deposita en un recipiente amplio y se procede a bañar los objetos por inmersión o "chorreado".

Pinturas. En los talleres de Otavalo, para la decoración de maceteros se utilizan pinturas al óleo adquiridas en los almacenes de la ciudad.

La pintura se disuelve en gasolina para aumentar su volumen y rendimiento. Hace algunos años, era preparada por los propios alfareros, pero debido a la aparición de pinturas industriales en el mercado, y para ahorrar tiempo, se ha preferido adquirirlas ya preparadas.

IV. 2. Manufactura.

Otavalo. En la elaboración de variados productos se emplean diferentes procesos de manufactura, y a su vez, en la fabricación de un determinado artículo se combinan las técnicas de molde, modelado y torno. Por esa razón hemos optado por describir la

manufactura en base a la tipología de artículos alfareros terminales.

Maceteros. Para la elaboración de maceteros se emplean moldes fabricados exprofeso. Son elaborados de arcilla y su forma es casi semiesférica. El tamaño del molde varía según aquel del objeto a realizar.

El molde se coloca "boca abajo" sobre el platillo giratorio superior del torno y se reviste con arcilla previamente amasada en la plancha de pataquir o sobre la estera. El trabajador hace girar el torno, y colocándose agua en las manos modela la arcilla, siguiendo la forma del molde.

Cuando la superficie exterior del objeto está medianamente alisada y el grosor uniforme, se retira el molde del objeto. Se coloca el objeto invertido sobre el torno para elaborar el asiento o base respectivo.

Un pequeño anillo de arcilla se adhiere a la base del macetero, colocándolo en su parte inferior y retocando mediante el modelado al torno. Se retira el macetero del torno y se le deja perder humedad sobre una estera.

Finalmente se realiza la pared superior y el borde del macetero. Nuevamente en el platillo superior del torno, se fabrica una pseudo estructura de arcilla para colocar interiormente al macetero. Consiste en una pieza semiesférica, ahuecada interiormente para introducir el macetero y mantener su posición vertical. Esta estructura tiene en su costado una serie de orificios que permiten introducir los dedos para extraer fácilmente el objeto de ella, una

vez terminado.

El macetero se instala en el interior de esta estructura. En la parte superior de él se agrega un "anillo" de arcilla, humedeciendo previamente el borde a contacto. El alfarero hace funcionar el torno, y cuando éste adquiere velocidad suficiente, se humedece las manos y las aplica con presión regulada en el objeto, introduciendo una de ellas en el interior quedando el dedo índice en el borde, en tanto que la otra se mantiene adherida a la superficie externa del objeto para darle el grosor apropiado, lo que se consigue al tacto gracias a la práctica adquirida. Finalizado el objeto se lo coloca sobre una estera para el secado al aire libre.

Platos. Los platos son fabricados en su totalidad al molde. El molde es de arcilla y tiene un diámetro máximo de 15 cm. y la base un diámetro que oscila entre 8 y 10 cm.

Para la elaboración de cada plato es necesario un molde, dado que el secado de la pieza demora un tiempo considerable. En cada serie de platos que se fabrican son utilizadas varias unidades para lograr un rendimiento favorable.

El alfarero prepara una cantidad considerable de arcilla y posteriormente la divide en proporciones iguales destinadas para cada unidad. Sobre la piedra de pataquir forma planchas ("tortillas") con cada una de estas porciones y las reboza en arena de río lavada.

Posteriormente se coloca en el interior del molde una de estas porcio-

nes de arcilla, presionando para que tome la forma del molde. En el platillo giratorio superior del torno se coloca el molde y haciéndolo girar, se ejerce presión en su interior. Cuando la arcilla está relativamente moldeada, se alisa la superficie interior con el cuero o suela antes descrito.

Finalizada la elaboración, el alfarero pone a secar el plato sin extraerlo de su respectivo molde. Cuando ha adquirido cierta consistencia y está dispuesto para la cocción, se retira del molde.

Cazuelas, ollas y tiestos. Estos objetos son fabricados ocasionalmente en la ciudad de Otavalo. En su elaboración se utiliza técnicas similares a las ya señaladas, sin que sea por tanto necesario repetir la descripción del proceso de manufactura.

Calpaquí. En Calpaquí se centraliza la mayor parte de la producción de tiestos de toda el área estudiada.

La arcilla es preparada en trozos del volumen que requiere cada unidad. Sobre un tiesto-molde, elaborado de arcilla, previamente bañado en su interior con arena de río lavada para evitar que se adhiera la pasta, se dispersa por presión manual una porción de arcilla de forma circular.

Se coloca el molde con la arcilla en su interior sobre el platillo giratorio superior del torno. Humedeciéndose las manos en el recipiente con agua, el alfarero empieza a modelar el tiesto, ayudado con el cuero o suela. Siempre realizando un movimiento desde el centro hacia el borde del objeto, se realiza el

modelado y alisado de la superficie interior del tiesto. Cuando el objeto ha tomado la forma deseada, alisa su superficie con el "coín".

Finalmente, la pieza es colocada sobre una estera para el secado al aire libre, resguardando en lo posible de la insolación directa.

Peguche y Agato. En general, el procedimiento más utilizado en la elaboración de pundos en las comunidades de Peguche y Agato, consiste en modelar colocando anillos de arcilla superpuestos; éstos son alisados interior y exteriormente para obtener paredes sólidas y de superficie lisas.

Los "anillos" de arcilla son previamente elaborados sobre la "rumirajundu". Una vez preparados algunos de ellos, se procede a trabajar en la morfología del pondo.

Se inicia el proceso de elaboración por la base del pondo, sosteniéndola en las manos o sobre las faldas de la alfarera. Cuando se ha alcanzado una altura aproximada a los 10 cm., se recubren los bordes de la base con "pingus" (hojas de lechero), colocadas diagonalmente al sentido del borde. A continuación se retira del lugar de trabajo la pieza en elaboración para dejarla "orear"

Se inicia otra nueva base, repitiendo el mismo procedimiento. Cuando se han confeccionado una cantidad considerable de bases, se retoma la inicial para proseguir con una segunda fase del trabajo.

A la base se le extraen las hojas de

lechero y se humedece el borde, para luego añadir otro "anillo" de arcilla en la parte superior. Así, se prosigue colocando "anillos" de arcilla superpuestos mediante intervalos de "oreo" entre uno y otro, hasta alcanzar el diámetro máximo del pondo. La finalidad de este procedimiento es evitar que el objeto se deforme y lograr que adquiera cierta resistencia a la deformación, para proseguir el trabajo.

Alcanzando el diámetro máximo se continúa el modelado del pondo, agregando "anillos" de arcilla cada vez más reducidos, con lo que se empieza a cerrar el cuerpo hasta llegar al diámetro mínimo que conforma el cuello de la estructura.

Una vez finalizado el proceso de elaboración del cuerpo, el cuello y el borde son realizados, superponiendo "anillos" de arcilla de igual diámetro, y de diámetros progresivamente mayores, respectivamente.

Finalmente, con la suela se hacen pequeñas incisiones —líneas repetidas diagonalmente en el borde o "labio"— constituyendo el único tipo de decoración del objeto.

Tunibamba. La fabricación de pundos en Tunibamba tiene características un tanto diferentes en relación al procedimiento utilizado por las alfareras de Peguche y Agato. En lo fundamental la diferencia radica en la utilización de una pseudomatriz en la elaboración de la base de los pundos.

Para elaborar las bases, se recubre con trozos pequeños de arcilla el interior del cono de lana prensado que es

tá suspendido a la estructura del "pundulungo" (Véase descripción de utensilios). Posteriormente se presiona manualmente hacia la pared del cono, para adherir homogéneamente la arcilla. Constantemente se alisa la superficie interior del objeto con la suela.

A continuación se levantan las paredes del pondo, agregando al borde superior de la base "anillos" de arcilla superpuestos uno sobre otros.

Alcanza la altura de 30 cm. se colocan en el borde hojas de higuera y se deja reposar hasta que esté lo suficientemente "oreado" para continuar el proceso de elaboración. Análogamente a la utilización de "pingus" en los talleres de Peguche y Agato, las hojas de higuera mantienen en posición correcta —durante el "oreado"— los extremos de las paredes del pondo en elaboración.

El resto del proceso de elaboración se realiza en forma similar al de la comunidad de Peguche y Agato, motivo por el que no insistiremos nuevamente.

En la comunidad de Tunibamba observamos que a algunos pundos se les acondicionan pequeñas asas o "rincuna" (orejas) —aproximadamente seis— en el cuello. Más que con una finalidad decorativa, tienen el objeto de facilitar la prehensión del pondo.

Ollas. Las ollas son fabricadas en base a moldes, los que a su vez están conformados generalmente por una olla en mal estado.

La olla-molde es colocada en posi-

ción invertida sobre la piedra de trabajo. El proceso consiste en revestir esta olla-molde con arcilla, constantemente alisando la superficie exterior del objeto con la "suela".

Cuando se ha formado una semiesfera de arcilla sobre el molde, alcanzando una altura aproximada de 30 cm. se retira el objeto en elaboración.

Continúa el proceso de manufactura de la olla, levantando sus paredes por fases, dejando "orear" periódicamente para que adquiera cierta consistencia y consecuentemente mantenga la forma deseada.

Finalmente se elabora el cuello y borde con el sistema de "anillos" de arcilla superpuestos, frotando la pared exterior del cuello con la suela, hasta lograr una superficie alisada. Terminado el proceso de elaboración, se coloca el objeto sobre una estera para su secamiento al aire libre, en lo posible resguardado de la insolación directa.

Tiestos. La diferencia en la elaboración de los tiestos fabricados en la comunidad de Tunibamba en relación a los de Calpaquí ya descritos, consiste esencialmente en la última fase de producción: el alisado pre-cocción. En Calpaquí se realiza el alisado solamente en la superficie interior del objeto, en tanto que en Tunibamba las superficies interior y exterior del tiesto son alisadas y/o pulidas.

Platos. La fabricación de platos en Tunibamba se realiza modelando "a la mano", es decir, sin apoyarse en matrices de producción seriada.

El trabajo se inicia por la base del objeto, con el sistema ya antes descrito de "anillos" de arcilla superpuestos, alisados con la suela para no dejar rastro superficial de ellos, hasta alcanzar el diámetro máximo del objeto de aproximadamente 15 cm.

IV. 3. Secado al aire libre.

La desecación al aire libre de los objetos alfareros está condicionada por los factores climáticos, y de ello depende el lugar destinado para el secamiento.

Recién finalizado el proceso de elaboración morfológica, es colocado sobre una estera en un lugar sombrío, por lo general techado, ya sea en el taller, en el caso de Calpaquí y Otavalo; o en el corredor de la casa en las comunidades de Tunibamba, Agato y Peguche.

Cuando el objeto ha liberado cantidad considerable de agua, si las condiciones del clima lo permiten, es secado fuera del taller, pero siempre cuidando de que quede en un lugar a la sombra. Cuando el productor está atrasado en la entrega de "pedidos", coloca directamente al sol los objetos para su secamiento más rápido, arriesgando que puedan formarse grietas.

En general, mediando las condiciones climáticas, este proceso se realiza durante dos días, como promedio calculado en los diferentes talleres que hemos conocido.

Secadas las piezas, se procede a la cochura. Si algunas piezas no han "secado bien", colocan en su interior algunas brazas con el objeto de acelerar el proceso.

En la mañana del día designado para la cochura, se sacan los objetos al sol a "calentar" para posteriormente proceder a la cocción. Técnicamente, corresponde a la necesidad de una última exudación y un tránsito gradual de las condiciones térmicas, ambas requeridas para evitar la fractura en el horno.

IV. 4. Proceso de cocción o cochura.

Expondremos el proceso de cocción de acuerdo a la tipología de hornos utilizados para estos fines, ya que su diversidad implica diferencias significativas en lo que respecta a las técnicas utilizadas en el proceso, y a la calidad de la cocción.

Primeramente nos referiremos al proceso de cocción, que se realiza en hornos cerrados (grupo 1), tanto en Calpaquí como en Otavalo. En segunda instancia hablaremos del proceso de cocción realizado en las comunidades de Tunibamba, Agato y Peguche (grupo 2), caracterizado por la presencia de hornos abiertos.

IV. 4.1. Grupo 1. Las alfarerías a diferencia de cerámicas, mayólicas greses y porcelanas— requieren para su cocimiento de temperaturas que no sobrepasan los 800 grados. Cada alfarero conoce empíricamente que cantidad de calor requiere la arcilla sometida al proceso de cocción. Para la cochura, el productor del taller 2 de Otavalo utiliza como indicador término un trozo de teja. Según la coloración que ésta adquiere estando sometido a la cocción calórica, el productor puede medir el grado de cocción de las piezas.

El tiempo requerido para la cocción varía de acuerdo al tipo de productos sometidos al horno. Como ejemplo, la "quema" de maceteros demora alrededor de 2 horas, en tanto que la de platos aproximadamente la mitad.

El combustible utilizado consiste en neumáticos viejos, leña y viruta. Hace algunos años se utilizaban como combustibles "chamiza de páramos, de chocho y pepa de algodón".

El horno consume en una "quema" aproximadamente un metro³ de leña, una "Cargada" de viruta (aprox. 1 m³) y una llanta vieja trozada.

Retirada la ceniza de la "quema" anterior del horno, se inicia la colocación de las piezas en la cámara de cochura. En general, los objetos son colocados "boca abajo". Si en una carga de objetos hay diferentes tipos, primeramente se colocan los más voluminosos y a continuación los pequeños.

Se cubre la base del horno con una capa de objetos, y sobre éstos se van colocando los siguientes, superpuestos unos sobre otros, ubicándolos de manera tal que dos objetos sostengan al siguiente superior con sus bases.

En los espacios que quedan entre los objetos ya dispuestos se colocan trozos de leña relativamente delgados.

La capacidad de piezas que permite el horno varía de acuerdo a la tipología y volumen de los objetos. Como promedio un horno tiene una capacidad de 100-150 maceteros para una "quema". Si la "quema" es de platos, pueden introducirse en él unas 15 do-

cenar.

Instalados los objetos en el interior del horno y bloqueado el acceso principal con ladrillos o piezas en desuso, se encienden los trozos de llanta en el interior de la cámara de combustión. Cuando el fuego ha alcanzado cierta magnitud, se procede a alimentarlo constantemente de combustible (viruta), por la entrada posterior.

Es necesario alimentar de combustible al horno durante el tiempo total de duración del proceso de cocción.

Cada ciertos intervalos, el alfarero observa por los orificios de la entrada principal del horno el estado de cocimiento de las piezas, y si el calor se ha distribuido uniformemente, para evitar que las piezas queden "chawas" (deficiente cocción), o sean expuestas a un exceso de temperatura que las deforma.

Cuando ha finalizado el proceso de combustión en la cámara respectiva, el alfarero arroja puñados de viruta por la entrada principal de la cámara de cocción hacia las piezas que están ubicadas en la parte superior del horno, que suelen ser las últimas en alcanzar la temperatura requerida. El tiempo total de alimentación de combustible oscila en torno a dos horas.

Es necesario esperar aproximadamente ocho horas para proceder a sacar las piezas del interior del horno. Por lo general, los productores "descargan" en la mañana del día siguiente, cuando las piezas se han enfriado totalmente.

En los talleres de Otavalo, cantidad considerable de los objetos son sometidos a una "segunda quema" o de "vidriado". Esta consiste en recubrir interior y exteriormente la superficie de las piezas de un baño vítrero, para someterlas nuevamente a la acción térmica, con el objeto de impermeabilizarlas.

Preparado previamente el "vidriado" (ver pág. 94), se limpian las piezas con un trozo de tela. A continuación, se toma el objeto que va a ser vidriado y, con un recipiente pequeño conteniendo el vidriado, se cubre la superficie total o parcial de la pieza, procurando una capa uniforme.

Luego que los objetos han sido vidriados se acomodan en el interior del horno para efectuar la segunda quema.

En la segunda horneada el calor requerido es de menor intensidad pero el tiempo de duración debe ser más prolongado que en la primera.

Se da por finalizado el proceso de cochura en el momento que el vidriado alcanza su punto de fusión. "Se le ve no más de lo que está brillando, se lo deja de quemar por debajo".

IV. 4.2. Grupo 2 (Talleres de Tunibamba, Agato y Peguche).

Es costumbre generalizada de las alfareras iniciar el proceso de cochura al término de la tarde de los días viernes.

En la mañana del día destinado pa-

ra cocer, se recolecta el combustible necesario para la "quema" consistente en "buñigas" o "majada" (excremento de ganado), "ugsha" o "tamo" (vegetación de páramo), leña y "zara tamo" (hojas de maíz secas).

En la comunidad de Tunibamba la "quema" se realiza de la siguiente forma: en un lugar plano y espacioso del "canila" (patio de la casa), se colocan "buñigas" secas una al lado de la otra, formando una capa de aproximadamente 5 cm. de altura. La superficie utilizada para la cochura es de 3 m. de ancho por 4 m. de largo aproximadamente.

Rodeando a esta superficie tapizada de "buñigas" se colocan los "catacu" —ollas y pundos quebrados—, con el fin de afirmar los objetos y cocer y concentrar el calor hacia ellos.

Sobre las "buñigas" se van colocando las piezas. Primeramente una serie lineal de ollas recostadas, apoyándose mutuamente. Al lado de la fila de ollas se ubican los pundos, apoyando sus cuernos sobre el cuerpo de las ollas. Los tiestos se colocan verticalmente descansando sobre sus aristas y apoyados en el resto de los objetos. Los platos, en el interior de la boca de pundos y ollas.

A continuación, los espacios dejados entre los objetos se llenan con "buñigas". Simultáneamente se prepara la "lumbre", trayendo brasas de la "tullpa" (fogón) y depositándolas sobre un sitio cualquiera del patio, recubriéndolo

se con "buñigas" hasta que éstas comiencen a prender.

Cuando la "lumbre" (guano en combustión) está preparada se coloca sobre una pala y deja caer a distancias prudentes en los lugares donde se han depositado las "buñigas", entre las piezas de cocer.

Cuando el fuego ha tomado cierta magnitud, se inicia la colocación de capas sucesivas de combustible, primeramente "buñigas" y posteriormente de "Zara tamo" respectivamente, formando capas superpuestas de diferente combustible hasta alcanzar la altura máxima de los objetos, tras lo cual se sepultan con considerable cantidad de "tamo". En los sectores en que se consume el "tamo" por la acción del fuego, colocan nuevamente combustible. Y así sucesivamente hasta que finalice el proceso de cocción.

En Peguche y Agato, el proceso de cochura es muy similar a Tunibamba, pero encontramos diferencias en los que respecta a los combustibles.

Cuando los objetos están ubicados correctamente para el proceso de cocción se colocan trozos de leña en los espacios intermedios y se recubre el horno con "Ugsha" seca. Se prende fuego al combustible, y se deja caer "ugsha" (vegetación de páramo verde en este caso) constantemente sobre la llama, con el fin de ahogarla y concentrar el calor, evitando cambios térmicos bruscos y buscando una combus-

ción lenta.

Para afirmar perimetralmente los objetos y a modo de refractario, rodeando la superficie destinada para la cocción se colocan tejas en desuso.

En general, el color final de los objetos depende de la reducción (negro) u oxidación (anaranjado) del hierro que contiene la arcilla. Los objetos elaborados en las comunidades de Tunibamba, Agato y Peguche por lo general presentan "manchas" negruzcas en la superficie. Frecuentemente estas coloraciones se deben a una deficiente cocción provocada por la falta de combustible, su excesiva humedad o, en definitiva, porque la calidad de la cochura está limitada por el tipo de horno utilizado.

IV. 5 Decoración.

Dentro del área considerada, la ciudad de Otavalo es prácticamente el único centro de producción en el que encontramos elementos decorativos en los objetos de alfarería utilitaria. La decoración consiste esencialmente en la aplicación de una capa vítrea o de pintura al óleo en la superficie de los objetos.

La pintura al óleo es utilizada en la decoración de maceteros; los colores con mayor frecuencia utilizados son el verde y el rojo. Sobre la cromática un informante manifestó: "Más cuanta, las pintábamos a la color nuestra, después salió la pintura, lo piden... y les gusta así" Resulta evidente que la inclinación a determinados colores

no surge de la elección o espontaneidad del alfarero, sino que está establecida por las valoraciones estéticas de los individuos que adquieren los objetos.

La pintura utilizada es mezclada con diluyentes con el propósito de aumentar el rendimiento, resultado de lo cual la capa de pintura es considerablemente delgada y sólo se aplica en la superficie externa de los maceteros.

En lo que respecta a la aplicación de capas vítreas, por lo general se realiza sobre objetos de uso culinario. Así, a los platos se les "barniza" íntegramente, en tanto que ollas y cazuelas sólo en su interior.

Por ser limitadas las posibilidades decorativas que brinda el vidriado a base de óxido de plomo y los óxidos metálicos colorantes, los tonos logrados frecuentemente son difusos y la gama reducida. Se restringe a la utilización de amarillo, verde, y ocasionalmente café.

Quizá el problema clave de la utilización de vidriados en base a óxido de plomo, consiste en dos factores que inciden en la salud:

-Las partículas en suspensión de los gases plúmbicos que se despiden durante la molienda y el traslado del óxido de plomo, tienen nocivos efectos en el aparato respiratorio de quien las aspira.

La utilización de óxido de plomo

en el vidriado de piezas de uso culinario, puede traer consecuencias peligrosas —inclusive mortales— para quien utiliza este utillaje, dado que reacciona químicamente ante los ácidos cítricos, produciendo residuos tóxicos para el organismo humano.

Otro tipo de decoración, no generalizada, se realiza en platos. Consiste en incisiones de figuras filomorfas en el interior del molde, que se ven expresas en el objeto terminal como pequeños relieves.

V. ORGANIZACION SOCIAL DE LA PRODUCCION

Concebimos como organización social de la producción alfarera, aquellos patrones de participación individual o colectiva que definen tipológicamente las diversas formas de administración, participación, especialización, -y su integración- en el proceso productivo.

En Tunibamba, Agato y Peguche el ciclo productivo es semanal, determinado por la demanda periódica de los mercados. Cada día de la semana está destinado para realizar tareas específicas, en una secuencia preestablecida. En Peguche, los días lunes, martes y miércoles se prepara el material y elaboran los pundos, el jueves y viernes hasta mediodía está destinado para el secado al aire libre de las piezas, y como el tipo de trabajo lo permite, se recolectan las materias primas arcillosas. El viernes está destinado para la cochura y recolección del combustible. Finalmente, sábado y domingo se

comercializan los productos.

En las comunidades indígenas de Tunibamba, Agato y Peguche es la población femenina la que se ha especializado en la producción artesanal de artículos alfareros. Las mujeres dedican la mayor parte de su tiempo a la producción de alfarería, sin dejar de realizar las actividades que exige el hogar y las faenas agrícolas ocasionales.

En la comunidad de Tunibamba nos informaron de la existencia de dos alfareros varones que trabajan esporádicamente en la producción de artículos de gran tamaño, especialmente pundos y ollas. Ellos no tienen mayor significación cuantitativa en el contexto global de productores de alfarería de la comunidad, ya que gran parte de la población femenina de Tunibamba se dedica a la alfarería.

En Peguche, Agato y Tunibamba la organización social de la producción alfarera está basada fundamentalmente en la familia nuclear. Cada elemento de la familia participa activamente en determinadas fases del proceso. La mujer adulta es la alfarera por excelencia. Los varones de la familia cooperan en el traslado y preparación de materiales, ya que estas actividades requieren de mayor esfuerzo físico. Las actividades de menor envergadura y especialización las efectúan las mujeres jóvenes y los niños, específicamente en lo que se refiere a la recolección de materiales y el traslado de piezas en el proceso de secado y cochura. Finalmente, en la comerciali-

zación e intercambio de los artículos alfareros, participan los adultos de ambos sexos.

En estas comunidades, el traspaso de los conocimientos específicos del oficio, son transmitidos de generación en generación, en forma oral o por imitación, pero sin la ayuda de formas sistemáticas de enseñanza que no sean aquellas derivadas de la práctica. El infante desde muy temprana edad entra en contacto con los diferentes materiales e implementos utilizados en el proceso productivo, y por imitación inicia los primeros intentos de fabricar objetos.

La mayoría de los elementos jóvenes femeninos de las comunidades referidas, si bien desde pequeñas aprenden el oficio, ya adultas no se dedican al oficio, argumentando su escasa rentabilidad económica.

En Otavalo y Caipaquí la situación es considerablemente diferente.

El taller alfarero está conformado por el jefe de taller, ayudantes y un "oficial". El jefe de taller —artesano de tradición— es la persona que ha adquirido mayor experiencia, posee más conocimientos del trabajo específico y es dueño de los medios de producción.

El alfarero generalmente tiene ayudantes que pueden ser familiares o subocupados gratificados. El "oficial" es un muchacho de 13 a 15 años de edad, que va a aprender el oficio al taller. Cuando ha adquirido cierta destreza y es capaz

de producir una cantidad considerable de artículos, se le paga en dinero diario o semanalmente según sea lo acordado, una cantidad que el alfarero estime conveniente.

El "oficial" por su calidad de aprendiz, asiste regularmente al taller y obedece las indicaciones que constantemente le ofrece el "maestro" del taller.

Así, el "oficial" se convierte en un elemento significativo del taller o de la tradición alfarera, ya que es a través de este sistema laboral —el receptor de la tradición artesanal alfarera.

En tanto que la mayoría de los talleres —tanto urbanos como rurales— organizan la secuencia productiva en base al ciclo semanal, el taller 2 de Otavalo rompe con la generalidad imponiendo un ritmo y secuencia productiva determinada por variable no-cíclicas referidas a sus peculiares formas de demanda. En general, la producción del taller 2 está ritmada por la demanda de determinados artículos, en forma de "encargo" o "pedido" personal. Por esta razón, cuando hay mayor demanda de productos y el alfarero no puede abastecer los requerimientos de ésta, solicita ayuda ocasional a personas ajenas al taller. Por lo general, acude a sus hermanos, también alfareros. Esta ayuda se da a través de un intercambio recíproco de trabajo, que debe ser devuelto en la misma forma y en período de tiempo fijados.

VI. CARACTERÍSTICAS DE LA PRODUCCIÓN TERMINAL.

VI.1. Características formales y funcionalidad.

La influencia de la economía industrial en la provincia, se ha hecho sentir en la alfarería con la introducción de objetos producidos en serie para uso doméstico, tales como recipientes de plástico, platos y ollas de fierro enlazado, en cantidad considerable. Estos objetos industriales han reducido considerablemente la utilización de artículos alfareros locales.

Los artículos tradicionales alfareros están siendo reemplazados por artículos industriales, y resulta evidente que si éste es más funcional y tiene menor costo que un artículo regional, podrá sustituir al producto local. Pero no debemos olvidar que si bien en los centros urbanos se da el abandono de objetos tradicionales por ser innecesarios, en los núcleos rurales aún existe la necesidad de ellos y por lo tanto subsiste la antigua respuesta cultural. Al mismo tiempo, la funcionalidad que otorgan a los objetos alfareros los dos grupos étnicos que conviven en el área —mestizos e indígenas— no siempre es coincidente, sino por el contrario diferenciada.

Por otra parte, la transculturación imperante, hace que encontremos artículos alfareros tradicionales en plena vigencia —además de las comunidades de base indígena— en la población mestiza que reside en zonas rurales, que han

reasimilado los patrones indígenas en lo que respecta a la estructura de funcionalidad.

A continuación, entregaremos una breve descripción de las características de la producción terminal, en lo que se refiere a sus aspectos formales (morfológica, dimensión, decoración, etc.) y funcionales.

En lo que atañe al aspecto técnico que deberíamos incluir en este capítulo (dureza, permeabilidad, desgrasantes, etc.), es muy escaso lo que podemos agregar puesto que se hace imprescindible realizar algunos análisis que hubieran tomado mayor tiempo que el disponible para esta investigación.

En general, las arcillas locales cocidas con los procedimientos descritos, brindan un color natural anaranjado, por la presencia de sustancias férricas en su composición oxidadas en la combustión. La textura que presentan los artículos es por lo general áspera, parcialmente por la presencia de granos gruesos en la materia prima (indebidamente triturada y tamizada), y por la falta de un acabado (pulido, bruñido, engobado) acucioso.

El grado de cocción de la pasta suele ser ocasionalmente incompleto, mostrando su núcleo de coloración grisácea. Aunque la capacidad térmica de los hornos cerrados (grupo 2) es suficiente para una cocción total de la pasta, el tiempo de combustión o/y la inadecuada disposición de los objetos suele ser

la causante de una cochura incompleta. El fenómeno aludido es casual directa de una dureza e impermeabilidad no lograda, en los límites máximos que ofrecen las posibilidades de la tipología de hornos.

Tiesto o "callana". Tienen una forma extendida, circular, de paredes levemente cóncavas, que se levantan aproximadamente 5 cm. desde los extremos de la base del objeto. El diámetro total oscila entre 35 y 55 cm., en tanto que el grosor de la base y las paredes oscila entre 1 y 2 cm. Un alisado superficial realizado con fines funcionales más que estéticos, constituye en único acabado. Son elaborados en Calpaquí, Tunibamba y taller 4 de Otavalo.

El tiesto es utilizado en la preparación de diferentes alimentos, tales como: cebada para arroz o máchica, habas para el uchujacu, habas calpu, tostado yanga, chulpi tostado con dulce, tortillas de maíz. Además algunos mestizos de Otavalo lo emplean para la preparación del café de esencia.

El uso del tiesto es generalizado en el área de Otavalo —tanto rural como urbana—, pero es evidente que constituye un elemento básico del utillaje doméstico tradicional indígena, que no ha sido sustituido por otro objeto industrial.

La información arqueológica que ofrece González (1976:7) sugiere que los hallazgos de materiales alfareros de "cazuelas sencillas" en Puluha, serían

antecesores a los tiestos que conocemos en la actualidad.

Pondo o malta. Su forma es ari-baloide, con cuello angosto y corto. El tamaño del pondo varía de acuerdo a la función que desempeña. El pondo mediano, llamado "malta" en Tunibamba, tiene un alto total de 50 cm. y el diámetro máximo de 40 cm., con una capacidad aproximada a los 18 dm³. En Tunibamba observamos que a algunos pundos se les acondicionan pequeñas asas en el cuello, constituyendo el único tipo de decoración.

El pondo o malta es utilizado en el traslado de líquidos: chicha, agua, champus, aya api, y otros.

En la construcción de una casa, en el matrimonio o bautizo, o para el "paso de cargo" los miembros de la comunidad presentan al prioste o dueño de casa no sólo su apoyo personal, sino también su contribución económica, en muchos casos, consistente en pundos de chicha.

Cada año, durante la fiesta de difuntos, el pueblo se congrega en el cementerio, no solamente para saludar a los difuntos, sino también para brindarles alimentos, fundamentalmente —"champus", cuyo traslado se verifica en pundos.

El pondo en desuso es también utilizado por los indígenas en la preparación de "lejía", líquido empleado para el lavado del cabello. "Se hace con

uchufa (ceniza) de cualquier cosa no más. De ahí se plasta remojándose, hasta cuando está bastantico, se hace en la mitad hueco. Se pone agua y se gotea no más".

Tanto para el almacenaje de líquidos como para la preparación de "Lejía" el pondo se dispone oblicuo y su base cónica semi-enterrada en el piso de tierra, en un rincón de la casa o en el "canlla" (patio).

Pondo "magma" o "tinacu". El pondo "magma" o "tinacu" es considerablemente más grande que el pondo mediano, con 70 a 80 cm. de altura, y diámetro máximo de 70 cm., alcanzando una capacidad de 50 a 100 lts. El pondo "mauma" o "magma" se diferencia morfológicamente del pondo normal, porque su abertura bucal es proporcionalmente más amplia. En Tunibamba recibe el nombre de "tinacu".

El "magma" o "tinacu" es utilizado para el almacenaje no transporte de líquidos y granos. Peñaherrera y Costales (1966: 229-230) le asignan además una función que nosotros no hemos constatado: "el campesino y el indígena guardan allí cuidadosamente, dinero, escrituras y papeles de la compra de terrenos, etc."

El pondo resulta un implemento de gran importancia en el utillaje doméstico indígena, y es adquirido pocas veces en la vida de un individuo. Rubio Orbe (1956: 57) nos dice al respecto que: "Hay tal cuidado y preocupación

por cuidar estos bienes muebles, que la mayor parte de ellos se adquieren una sola vez y hasta sirven para que se repartan los herederos después de muertos los padres".

El uso del pondo es generalizado en las parcialidades indígenas de Otavalo y es el resultante de una larga tradición que se remonta a tiempos prehistóricos, cuyos antecedentes han sido expuestos por Plaza (1976: 98 - 9).

Olla o "alpa manga". De cuerpo esferoidal, cuello angosto, recto, o levemente evertido. Sus dimensiones varían de acuerdo a la funcionalidad otorgada y al centro de producción en que han sido elaborados. Dos tipos como "medianas" y "grande" señala esta diversidad.

Las "medianas" de una altura aproximada a los 30 cm., un ancho máximo de 30 cm. y el diámetro del cuello de 15 cm., son esmaltadas en su interior, como forma de impermeabilización. Son elaboradas en los talleres 1 y 3 de Otavalo.

Las ollas "grandes" son elaboradas en Tunibamba, y sus dimensiones son considerablemente mayores, con una altura de 50 cm., un diámetro máximo de 45 cm., y 25 cm. de diámetro en la abertura bucal. No tienen ningún tipo de decoración interior ni exterior.

Las ollas "grandes", antes de ser utilizadas deben ser sometidas a un proceso de impermeabilización. El proce-

dimiento se denomina "arishca" y existen diferentes formas de realizarlo; uno de ellos, hirviendo leche con dulce y bañando la superficie interior y exterior de la olla dejándola secar al sol, repitiendo la operación varias veces consecutivas, hasta que se absorba el líquido totalmente. ("Se tapan los poros porque se chupa no más") En Tunibamba se realiza calentando la olla al sol fuerte y moliendo hojas de zambo y maíz podrido con un poco de agua. Si no llega a impermeabilizarse de esta forma, se hace con warango. ("Rupaipi ninan ninan rupaipi, llugshin cunushingapa chai zambu fangawan ismu zaran cutashpa ashagu yacu churashpa, shina churan. Chaita pasashpa waranguwan shinan").

Las ollas son utilizadas frecuentemente en la preparación de la "boda" (harina de maíz y cebada básicamente), comida diaria de la población indígena, además de otras como champus, chollotanda, morocho, chochos, "aya api", etc.

En general, la olla ha sido notoriamente desplazada y sustituida por objetos industriales (ollas de fierro enlozado y aluminio).

"Platos". Cuencos de paredes oblicuas o cóncavas, dependiendo del lugar de procedencia. Su diámetro máximo es de 15 cm., el diámetro basal de 10 cm., y la altura de las paredes de 5 cm. aproximadamente.

Hemos establecido dos tipos de platos en base a la morfología y elementos decorativos que poseen.

El primer tipo corresponde a platos elaborados en los talleres 1 y 3 de Otavalo, que poseen paredes rectas, o levemente oblicuas, con representaciones filomorfas en relieve.

Los platos elaborados en Tunibamba conforman el segundo tipo, y están caracterizados por sus paredes cóncavas. No tienen elementos decorativos y su apariencia es más tosca debido a las irregularidades de una elaboración manual, sin el auxilio del torno.

Los platos son utilizados preferentemente por la población indígena de las parcialidades aledañas a Otavalo. "Casi los naturales más compran los platos", aunque en cantidad mínima.

En general, prestan función como recipientes para el consumo diario de alimentos. Particularmente, se adquieren cantidad considerable cuando se realizan festividades --ya sean a nivel colectivo, como en San Juan, o individualmente en el caso de "paso de cargo", bautizo, huasifichai, matrimonio, etc.-- y son requeridos para ofrecer alimentos a los invitados y concurrentes.

Durante la época de San Juan tanto la producción como la demanda de platos aumenta considerablemente. "Para San Juan se venden más platos porque los naturales pasan cargos, hacen

mingas, casas nuevas y necesitan para la boda de ellos, pero lo que más se vende es esto", manifestó un productor de Otavalo.

En lo que respecta a la utilización de platos para fines religiosos, Rubio Orbe (1956: 368) nos ofrece interesante información: "así, en el ataúd colocan (...), plato, cuchara y mate, para que coma y beba". Suponemos que esta tradición ha desaparecido o está en vías de desaparecer, por cuanto no logramos obtener más información al respecto.

Cazuelas. Recipiente de base circular, plana, de aproximadamente 40 cm. de diámetro, con paredes verticales que alcanzan una altura de 8 cm. Interiormente suelen ser vidriadas para dotarlas de una impermeabilidad que esté acorde con sus funciones culinarias.

Las cazuelas forman parte del utillaje culinario, y es utilizado tanto por la población urbana como rural. El reducido volumen de ellas se elabora en los talleres alfareros 1 y 2 de Otavalo.

Maceteros. Los maceteros presentan variados tamaños, pero sus características morfológicas y decorativas no difieren. El macetero medio tiene como diámetro basal 15 cm., su diámetro máximo es de 20 cm. y la altura de 25 cm.

La decoración de los maceteros

es a base de pintura al óleo, con colores verde y rojo. Ocasionalmente los vitrifican en colores verdes y amarillos difusos. Son elaborados en los talleres 2, 4 y ocasionalmente 1 de Otavalo.

El macetero es un artículo introducido recientemente en el mercado local, al respecto un informante manifestó: "De los maceteros, por casualidad los traje yo, de ahí me mandaban a hacer. Unos 18 años ha de ser". Coincide su carácter intructivo con sus usuarios, que se restringen casi totalmente a la población mestiza.

Ollas encantadas. Las ollas encantadas poseen características similares a las ollas descritas anteriormente. La diferencia que existe se refiere al tamaño, siendo éstas más pequeñas, con dimensiones del orden de los 16 cm. de altura, y 15 cm. de ancho máximo.

Las ollas encantadas se elaboran --casi exclusivamente en época de Navidad-- en la totalidad de los talleres de Otavalo, y también en cantidad más reducida en Tunibamba obedeciendo a encargos o pedidos. Su uso se restringe a la celebración navideña del medio mestizo, donde el juego de las ollas encantadas es frecuente.

Puño. El puño presenta un cuerpo esferoidal, terminando en un cuello muy angosto de paredes verticales o levemente oblicuas. El puño medio tiene como diámetro máximo 40 cm., su altura es de 40 cm., el diámetro del cuello es de 6 cm. y su altura es de 5

Se produce solamente en la comunidad de Tunibamba. Es utilizado para el transporte de líquidos en general, por la población de Tunibamba y las parcialidades aledañas.

VII ASPECTOS ECONOMICOS DE LA PRODUCCION

VII.1. Formas de intercambio

En este capítulo nos referiremos a la producción artesanal de alfarería local en lo que se refiere a las distintas formas de relaciones de intercambio —en una amplia acepción—, ya sean éstas a través del sistema monetario mercantil, o su forma tradicional no monetaria.

Los elementos claves que permiten establecer las relaciones de intercambio, otorgándoles una significación en el contexto global donde se sitúan, están dadas por las formas de intercambio, los individuos que participan en ella y el objeto de la transacción.

En lo que respecta a las relaciones de intercambio mercantiles, ya ha sido señalado anteriormente el papel de polarización que juega la ciudad de Otavalo dentro del contexto regional, particularmente a través de su feria de los días sábados, centralizando la oferta y demanda de artículos artesanales. (Véase Mapa 2).

El Mercado Centenario con su feria periódica no solo satisface parcialmente las necesidades económicas de

la población urbana y rural de Otavalo; también está destinada para la realización de actividades sociales, políticas e inclusive religiosas.

En el contexto global, la feria de Otavalo constituye el gran centro comercial regional de mayor envergadura, en el que se realiza la comercialización de la mayor parte de la producción alfarera local, especificada en el capítulo anterior. (Véase mapa No. 2).

En la relación de intercambio monetario hemos establecido dos patrones diferenciales en lo que respecta al rol que desempeñan las expendedoras de artículos alfareros.

El primer patrón está caracterizado por la presencia de "revendedoras" de productos alfareros, en su totalidad mujeres mestizas. Ellas adquieren los productos en los diferentes centros de producción o/y los productores les venden directamente en Otavalo. Ofrecen una gama considerable de artículos alfareros, a excepción de una de ellas que solo ofrece a la venta un determinado producto. (Véase Cuadro No. 1).

El segundo patrón está constituido por "productoras-vendedoras", en su totalidad indígenas, pertenecientes en su gran mayoría a la comunidad de Peguche. En general, son comuneras que se especializan en la producción de pundos, y comercializan directamente sus productos en la feria sabatina. (Véase Cuadro No. 1).

En el sector oriental del Mercado Centenario se ubican las diferentes vendedoras de artículos alfareros en sus respectivos "puestos" de expendio. En total contabilizamos doce puestos, seis de ellos corresponden al primer patrón establecido, al segundo los seis restantes. (Véase Cuadro No. 1).

En el extremo suroriental del Mercado Centenario se encuentra ubicado un puesto de artículos alfareros procedentes de San Antonio de Ibarra. En su mayoría consisten en objetos no utilitarios seriados, elaborados en base a sistema de colores, características determinantes para no ser incluidos en este estudio.

En general, la oferta de artículos alfareros es variada, pero también ingresan al mercado productos de alfarería procedentes de Saquisilí, que comparativamente presentan un acabado más prolijo y de superior calidad que los productos locales. (Véase Cuadros No. 1 y 2).

Los precios de venta de los productos alfareros son establecidos en función de las normas comerciales que se aplican a los intercambios monetarios en la feria sabatina, propugnados especialmente por las "revendedoras". (Véase Cuadro No. 1).

Como podemos observar existe una diferencia significativa en lo que se refiere al precio fijado para la venta de pundos, establecido respectivamente por las revendedoras mestizas y las produc-

toras-vendedoras indígenas. La explicación a esta situación la encontramos en el hecho de que las productoras-vendedoras comercializan directamente sus productos sin la intromisión de intermediarios o revendedores, lo que abarata su precio de venta al público. Además expenden sus productos en un período de tiempo reducido (de 6 a 9 de la mañana), —en tanto que las revendedoras permanecen en sus puestos hasta mediodía.

En el caso del precio unitario fijado en la venta de tiestos, la situación es similar. La revendedora del puesto No. 5 sólo se dedica al expendio de este artículo, que adquiere directamente del centro de producción (Calpaquí) para su reventa.

El volumen total de productos alfareros vendidos en la feria sabatina es de cierta consideración especialmente en lo que se refiere a pundos, tiestos y platos. La gran mayoría de estos artículos son adquiridos por la población indígena. (Véase Cuadro No. 2).

Si comparamos los costos aproximados calculados por unidad y el precio de venta de los productores, con el precio de expendio fijado por los comerciantes de la feria de Otavalo, nos encontramos con que la ganancia es considerable y en la mayoría de las veces alcanza un 100 o/o sobre el precio fijado por el productor. (Compárese cifras del Cuadro No. 1 y el Cuadro de la página siguiente).

La ganancia líquida semanal promedio de las revendedoras mestizas alcanza una cantidad de S/. 320, en tanto que la ganancia líquida semanal promedio para las productoras-vendedoras no

sobrepasa la cantidad de S/. 200. Aunque el fenómeno parezca contradictorio, las revendedoras tienen un ingreso mayor dada la diversidad y cantidad de artículos que comercializan.

ESTIMACION DE COSTOS POR UNIDAD Y SU PRECIO DE VENTA EN EL CENTRO DE PRODUCCION*

Artículo	Costo de materiales	Mano de obra invertida	Precio de venta del productor
tiesto	S/. 3	20 min.	S/. 8
macetero	S/. 3.20	35 min.	S/. 10
cazuela	S/. 3.50	30 min.	S/. 7
plato	S/. 0.55	12 min.	S/. 1.20
olla	S/. 5	28 min.	S/. 10
olla encnatada	S/. 1.50	15 min.	S/. 3.50
pondo	—	180 min.	S/. 26

* No se incluye desgaste de implementos

Un 25 o/o de la producción total alfarera de Otavalo está destinada al mercado de Ibarra, consiste en su totalidad de maceteros. (Véase Mapa 2).

Con respecto a Tunibamba sólo el 12 o/o de la producción total está destinada al mercado Centenario de Otavalo. El resto se comercializa en los lugares indicados en el Mapa No. 2.

A continuación nos referiremos brevemente a las relaciones de intercambio no monetario tradicional, practicadas por las productoras de alfarería de las

comunidades de Tunibamba, Peguche y Agato.

Es evidente que la producción alfarera y su forma de comercialización en el sistema de intercambio monetario del mercado Centenario, tiende a sustituir casi totalmente al trueque que continúa funcionando a escala reducida entre algunas comunidades. (Véase Mapa No. 2).

La producción alfarera está ligada en lo que respecta a su forma de intercambio, tanto al comercio regional cen-

tralizado en Otavalo a través de un intercambio monetario, como al sistema tradicional de intercambio, realizado con comunidades no-productoras de artículos alfareros.

La especialización en la producción de alfarería, orientada hacia los sectores externos a la comunidad e insertados en un sistema de comercio mercantil, permite a los comuneros que se dedican a esta actividad artesanal que prácticamente no disponen de tierra - encontrar un medio de subsistencia.

En Tunibamba, la forma específica de intercambio mercantil responde a una especialización comunal en la producción de objetos de alfarería, que pone en contacto directo o indirecto a los artesanos con el mundo exterior, a través del mercado.

En el caso de Peguche y Agato la situación es diferente por cuanto la especialización tiene un carácter individual dentro de la comunidad; la alfarería es la actividad principal de una minoría de individuos de la comunidad, y sus formas de intercambio son peculiares. Las alfareras expenden directamente sus productos en el Mercado Centenario de Otavalo, además de intercambios y ventas tanto con los miembros de su comunidad, así como por trueques, con las comunidades de Gualsaquí, Cajas y Camuendo. La relación de intercambio es la siguiente: un pondo por almud de maíz o cualquier grano. Si el pondo es "magma" corresponden dos

unidades de medida.

En Tunibamba el sistema de trueque comparativamente tiene mayor significación cuantitativa en relación a las comunidades de Peguche y Agato. Los lugares de intercambio no monetarios son Imantag, Imbabuela y Colimbuela.

En general, estas últimas productoras intercambian fundamentalmente ollas, "tinacu" ("magma"), y maltas (pondos) y la relación de intercambio es la siguiente: por un objeto de tamaño medio, un canasto, "tazajunda caran" (canasto lleno dan); si el objeto es de dimensiones mayores aumenta la unidad de medida, conforme a diálogo.

VIII. LA PRODUCCION ALFARERA Y SU VALORACION SOCIAL

Al margen de los aspectos técnicos y económicos que caracterizan los patrones de artesanía alfarera en la región otavaleña, son importantes para una comprensión global del fenómeno artesanal aquellos aspectos inherentes a la valoración cultural que se otorga al oficio en sí, al artesano propiamente tal, a los objetos, y a sus usuarios, en una perspectiva social y étnica.

Si bien las divisiones socio-económicas están claramente establecidas, encontramos que el status social étnico juega un rol importante en las estratificaciones de clase. Es decir, que no sólo existe una estratificación de clases en sentido económico, como resultado de la relación que mantienen los indi-

viduos con los medios de producción, sino también en lo que se refiere a su status. Los individuos se sitúan en posiciones jerarquizadas debido a que llegan a ser reconocidos diferentes grados de prestigio social.

Las divisiones económicas se manifiestan actualmente dentro del grupo étnico, como una clase poderosa que se ha separado de los sectores campesinos, y diferencias entre agricultores, artesanos y comerciantes, han creado una división económica dentro de este último sector rural. Como nos manifiesta Aguirre Beltrán (1973: 310) "Las diferencias en la posesión de bienes materiales es innegable y en lugares específicos --Otavalo, por ejemplo-- hay efectivamente, una división de clases entre la indiana, (...) "como consecuencia directa de la posición que tienen en el régimen de la economía social", se han apropiado el trabajo de otros indios con quienes mantienen relaciones de asalariado".

Los indígenas locales poseedores de capital son considerados por los mestizos como "indios civilizados", es decir, han adoptado los patrones y formas de vida mestizas, aunque siguen sintiéndose indígenas y mantienen lazos con sus comunidades.

Ha surgido así un frente económicamente poderoso y enemigo potencial de la "superficialidad" mestiza. Y es por esta razón que, en lo que se refiere al orden de graduación de la estratificación y del status entre los mestizos, no

pueden existir niveles tan amplios de diferenciación que permita a los indígenas sobrepasarlos en prestigio social. Los mestizos ocupan niveles más altos en la escala de prestigio que los indígenas, aunque éstos últimos poseen bienes económicos considerables.

Vemos así, que el poder económico y el concepto de prestigio, no tienen necesariamente una equivalencia, sino que dependen en última instancia de los juicios de valor que establece el mundo mestizo y el indígena.

El concepto de riqueza actual está determinado tanto por la cantidad de bienes económicos como por el tipo de trabajo que se realiza. Una persona puede ser considerada sumamente rica y no poseer bienes materiales. Es el caso de los maestros de escuela, que son considerados ricos por sus ingresos constantes, o por su prestigio, ambos conceptos confusamente asociados.

En Otavalo existen un cierto número de empleos que tradicionalmente han sido considerados oficios de indígenas y que, por esta razón casi nunca son ocupados por artesanos mestizos. El hacerlo significa descender en la escala del prestigio social, como es el caso de la alfarería.

La especialización ocupacional continúa diferenciando a los dos estratos étnicos, a pesar de que en parte la situación ha sido alterada por un sector de indígenas que a través de la comer-

cialización de la textilera trasgredieron las normas de hegemonía mestiza. Este sistema de especialización ocupacional está siendo transformado a pesar de que los mestizos continúan adquiriendo artículos textiles y parte de sus alimentos, de los tejedores y agricultores indígenas. Algunos indígenas están adquiriendo el entrenamiento y educación necesarios para ocupar diversos empleos, destacándose un grupo que actualmente desempeña labores educacionales.

En este contexto global se insertan los alfareros mestizos, los que por su oficio tienen asignado un bajo status. "La gente de aquí dice que este oficio es el más bajo, que hace la gente más pobre". El oficio de alfarero está asociado a la convivencia con la población indígena, a la tierra, a la suciedad...

Un informante de Calpaquí manifestó estar muy preocupado por las consecuencias que podía traer a sus hijas en el desenvolvimiento social en la escuela, el hecho de ser hijas de alfarero.

No sucede lo mismo con las alfareras indígenas. Existe un reconocimiento por parte de su comunidad, e inclusive notamos un cierto orgullo localista por la existencia de artesanos que se dedican a dicha especialidad. Debemos considerar como factor determinante en este caso, que los objetos alfareros que ellas producen se mantienen como símbolo de una estructura local, cumpliendo importantes funciones vigentes.

Un informante de Peguche manifestó que las alfareras juegan, además, un papel muy importante en lo que respecta a las festividades, ya que los prios-tes o dueños de casa solicitan a ellas el "servicio", es decir, el buen desarrollo de la fiesta, para organizar debidamente cada fase, desde la invitación de los comuneros hasta la anotación de todos los aportes entregados al dueño de casa.

Es interesante observar que sean justamente las alfareras quienes desempeñan estas funciones --de las que depende el prestigio del huasiyug-- por ser consideradas las más tradicionales y por tanto quienes tienen mayor conocimiento de las costumbres indígenas.

Por otra parte, existe un reconocimiento a ciertas cualidades funcionales, específicamente culinarias, otorgada a los objetos alfareros tanto en el medio indígena como en el mestizo.

Al respecto, algunos productores de alfarería manifestaron: --"Una olla de barro es bueno para cocinar chochos, sale!, tiene otro sabor, no es lo mismo, es más sabroso en olla de barro. Por ejemplo para morocho, así a propósito compran las señoras".

-- "Cocinar mondongo o borrego o gallina o lo que quiera que sea, dicen es sabroso en olla de barro, necesita que la olla sea bien buena no más".

-- "Verá, yo le voy a decir una cosa: la gente como nosotros, así pobre,

no tenemos... lo que come, que asco de merendar, yoca tengo un plato de cristal. Entonces la gente bien, la gente racional, eso!, le gusta comer en cosas de barro. Si acaso le da (a la gente de aquí) en un plato de barro, caso no le quieren ni recibir”.

Los juicios valorativos señalados anteriormente hablan por sí mismos. Retomaremos el punto más adelante.

Con respecto a los usuarios de alfarería es evidente que es la población indígena la que utiliza cotidianamente, y con mayor frecuencia, tales objetos, ya que éstos constituyen parte del menaje doméstico de sus hogares. Si bien notamos un progresivo aumento del consumo de maceteros —que se constituyen en el objeto de mayor demanda mestiza—, éstos no han sobrepasado la demanda de artículos indígenas de tradición.

La utilización de objetos alfareros en cantidades considerables por parte del sector indígena, además de las necesidades cotidianas, está asociada con las festividades, en las que el consumo de bebidas alcohólicas y diferentes comidas las requieren. En este sentido, el proceso de aculturación juega un papel determinante en la utilización de artículos alfareros. Al respecto, Perry (1974:71) señala que: “Tres tipos de licor son servidos durante las festividades: chicha (maíz fermentado), aguardiente y cerveza; la chicha es una bebida indígena pero en cuanto el grado de aculturación aumenta en igual for-

ma el consumo de cerveza y aguardiente introducidos por los mestizos”.

Dentro de la comunidad rural la bebida alcohólica juega importantes roles de cohesión social y de significación ritual. Es evidente que si el grado de aculturación es considerable el comunero rechaza el consumo de bebidas alcohólicas tradicionales. Carmarck (1976:287) nos ofrece causales parciales referidas a la abstención alcohólica: “... está relacionada con la afiliación protestante, aunque regularmente se alegan razones seculares y ascéticas como que no son inclinadas a beber por el efecto negativo en sus negocios, porque es costoso, porque perturba la imagen pública o porque afecta a sus vidas familiares y la salud personal”.

El proceso de aculturación también determina en gran medida las características del utillaje doméstico indígena, cambia en un acelerado proceso, fenómeno que ya ha sido señalado anteriormente por Aníbal Buitrón (1962:314) como sigue: “Otro ejemplo de estos casos de aculturación (...) es el de la presencia mayor o menor de objetos de uso doméstico de fabricación extranjera en reemplazo de los de fabricación local: calderas de hierro y aluminio en reemplazo de las ollas de barro, (...) platos de loza o china en vez de platos de barro, etc.”

Resumiendo, podemos observar que el reconocimiento social al alfarero indígena —sistemáticamente femenino— dentro de su medio, y las necesidades

o/y tradiciones establecen una demanda de sus productos que mantienen un inestable equilibrio con los fenómenos resultantes de la aculturación, —en lo que respecta a la demanda— y a la baja rentabilidad del oficio. Por otra parte, los productores mestizos, en su mayoría hombres, reconociendo el desprestigio social en que les sitúa su oficio, mantienen —o no— una cierta dignidad (no necesariamente expresada en su nivel de vida) con la cual se enfrentan a un medio al que se sienten pertenecer, pero que los rechaza. Las expectativas económicas —que dentro del medio mestizo así son normalmente sinónimo de prestigio— constituyen para ellos una alternativa para enfrentarse a la vida como “trabajadores independientes”, aspiración tan propia al individuo social o/y culturalmente trasplantado.

IX. EVALUACION GENERAL Y CONSIDERACIONES FINALES

En los capítulos precedentes han quedado impresos algunos rasgos específicos, de diversa índole, sobre la producción artesanal de alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y comunidades aledañas, tal cual se manifiesta en la actualidad. La necesidad de organizar temáticamente la información recopilada nos llevó a romper reiteradamente con la realidad, a través de las categorías de análisis que permitieran una aproximación unilateral al fenómeno (aspectos económicos, técnicos, socio-culturales, interétnicos, fun-

cionales, etc.), con la intención de facilitar la consulta y comprensión de tales aspectos específicos.

Haciendo un recuento general de tales aspectos, pretendemos aglutinar la información diseminada que desde nuestro punto de vista constituye la síntesis diagnóstica de este rubro de la artesanía local. Veamos a continuación las características de algunos rasgos significativos.

Los centros de producción de alfarería tradicional actualmente en actividad se centralizan en Otavalo, (12 alfareros mestizos distribuidos en 4 talleres) con una tradición que se remonta en este siglo al antiguo barrio de los olleros “San Sebastián”; Calpaquí, (3 alfareros mestizos cada uno con su taller) con una dedicación en disminución; Peguche, (8 alfareras indígenas con sus respectivos talleres, localizados en 3 agrupaciones diferentes, relacionados por parentesco entre sí); Agato, (2 alfareras con sus respectivos talleres), y Tunibamba (con una gran cantidad —entre 20 a 30— alfareras mujeres con sus respectivos talleres) con producción excedentaria que se vierte en las comunidades regionales.

En estos centros de producción se distinguen dos patrones distintivos en la implementación de los diversos talleres, en función de la cuantía y especialización del equipamiento. Un patrón complejo, representado por los talleres de Otavalo y Calpaquí, donde además de los implementos menores, el

equipo pesado incluye molino, torno y horno cerrado, alcanzando una inversión aproximada a los S/. 2.500 en materiales, sin incluir mano de obra. Por otra parte, los talleres incluidos en los centros de producción de Agato, Peguche y Tunibamba poseen como equipamiento exclusivamente implementos menores, carentes de horno cerrado, torno y molino, el total del equipamiento alcanza un costo aproximado a los S/. 300, sin incluir mano de obra invertida. Estos talleres constituyen el segundo patrón.

Dentro del proceso productivo, considerando la totalidad de talleres analizados, la obtención de materias primas arcillosas es sencilla, dada su gran abundancia natural; aunque sus propiedades plásticas y de pureza no siempre cumplen las cualidades óptimas, satisface medianamente las exigencias funcionales de los objetos que actualmente se elaboran. La escasa preparación de la pasta por limitada utilización de desgrasantes (casi exclusivamente cuarzo y en pequeñas cantidades), purificación, homogenización y maduración, se expresa en algunos defectos sobre las piezas terminales.

La diferenciación entre talleres que poseen o no horno cerrado, torno y molino se ve manifiesta en los productos vidriados elaborados en Otavalo que no se producen en otros centros por falta de recursos técnicos. A la vez la utilización de óxido de plomo como base en la elaboración del vidriado constituye tanto para el alfarero co-

mo para el usuario- un grave peligro para la salud, que puede llegar hasta los extremos mortales.

La organización social de la producción manifiesta, al igual que la implementación de talleres, dos patrones diferentes; el primero de ellos, se caracteriza por la participación de la familia nuclear como unidad de producción (caso de Tunibamba, Agato y Peguche), bajo la autoridad central del artesano, que en todos los casos es mujer. Por el contrario, en los talleres de Otavalo y Calpaquí, el artesano —casi en la totalidad de los casos— es hombre, y la unidad social de producción está conformada además por otros individuos contratados según la demanda, entre los que se destaca el "oficial", que es el receptor de la tradición artesanal.

La organización temporal de la elaboración de alfarería, debe cumplir por razones técnicas- con una secuencia ordenada de fases cuya totalidad suele otorgar un carácter cíclico a la producción.

Por motivos que se generan en los mecanismos de comercialización del área —en gran medida dependientes del mercado Centenario de Otavalo— el ciclo productivo alfarero se organiza en torno a la semana en todos los talleres, excepción del taller No. 2 de Otavalo, cuyo ritmo de producción se adecúa conforme a pedidos específicos y no a una demanda sistemática de los mercados.

La especialización de la producción se orienta en los centros alfareros con cierta correlación al margen de las posibilidades técnicas de los talleres— al carácter indígena o mestizo del emplazamiento del taller o a la identificación del artesano en tal perspectiva étnica. Así, en Otavalo se producen maceteros, platos, cazuelas, ollas y tiestos; en Calpaquí, tiestos; en Peguche, pundos; en Tunibamba, ollas, pundos, tiestos y platos; y en Agato, pundos.

Es así como, paralelamente, los objetos artesanales tienen una demanda de los usuarios que puede ser analizada en una perspectiva interétnica en la forma siguiente:

Pundos, magmas, ollas, puños son requeridos por indígenas. Tiestos, platos y cazuelas, requeridos por indígenas y una minoría por mestizos. Maceteros y ollas encantadas satisfacen la demanda prácticamente exclusiva de mestizos.

La demanda diferencial de productos nos lleva ineludiblemente a plantear tres aspectos que interactúan conformando una totalidad: el volumen, el destino y las normas de distribución de los productos.

El volumen de la producción regional total se distribuye porcentualmente en los centros de producción asignando valores muy próximos a los que respectivamente se verifican en el Mercado Centenario de Otavalo como centro principal de distribución; es así como Agato inicia la serie con la pro-

ducción menor de todas: 40/o; le sigue Calpaquí con 60/o; Peguche con 160/o; Otavalo con 240/o y finalmente Tunibamba, como el centro de mayor producción, con 500/o. El destino de estos productos queda definitivamente señalado por los usuarios de cada artículo, conforme la especialización de la producción que cada centro de producción tiene, como ya se ha señalado anteriormente.

El papel que juega el Mercado Centenario de Otavalo como centralizador de la comercialización de variados productos, se ve manifiesto también en la producción alfarera tradicional, absorbiendo altos porcentajes de la distribución de objetos procedentes de los distintos centros detectados. (Véase los porcentajes de la producción total de cada centro productivo que se comercializa en Otavalo, en el Mapa No. 2).

El surgimiento de intermediarios que comercializan los productos se constituye progresivamente en un elemento contradictorio con los intereses económicos de los productores, sin que hasta hoy se exprese como crisis. Simultáneamente, las transacciones tradicionales operadas en áreas rurales bajo la forma de trueque disminuyen, manifestándose con porcentajes muy bajos o nulos en relación a las transacciones del Mercado Centenario, a excepción de Tunibamba, que además de revertir su producción a través de otros mercados (Ibarra, por ejemplo), sigue manteniendo relaciones de trueque en porcentajes elevados.

Por la trascendencia que posee Otavalo en la distribución de la alfarería regional, es importante constatar que los productores que asisten a comercializar sus productos tanto mestizos como indígenas - constituyen el 58o/o del total de vendedores, en tanto que el 42o/o restante está conformado por revendedoras, en su totalidad mestizos. (Véase Cuadro No. 2). Lo que resulta importante constatar es que los primeros son generalmente monoprodutores, en tanto que los segundos se abastecen de una variedad considerable para su reventa (Véase Cuadro No. 1). En estas coordenadas, pueden encontrarse los factores que determinan que las ganancias totales de los revendedores sean más de un 50o/o mayores que las de aquellos productores que comercializan por sí mismos los productos alfareros.

En base a los antecedentes presentados, es interesante recalcar que la disociación en dos patrones de producción (Otavalo - Calpaquí y Agato - Tunibamba y Peguche) definidos en diversos aspectos técnicos, de implementación, de identificación étnica, de productos terminales y de demanda, tiene también su expresión en la valoración que posee el oficio, el artesano, los objetos y los usuarios en el contexto mestizo e indígena.

Por un lado la sociedad ideal mestiza subsiste conforme a su esencia de movilidad social y cultural - a los productos, usuarios y artesanos vinculados con la alfarería. De otro lado, ha sido

permeable a la tradición cultural de origen indígena por un lado (V gr. tiestos), y de origen hispano por otro (V gr. maceteros). A la vez, la ruptura y contradicción con la revaloración de lo artesanal que se gesta en la urbe capitalista y a nivel internacional (específicamente a través de la afluencia de turistas), no alcanza hasta hoy sino a dejar perplejo al mundo mestizo, y solamente sirve ocasionalmente de escudo para dignificar a aquellos productores mestizos que se topan con la inestabilidad de su esencia bicultural.

En el ámbito cultural indígena ideal por el contrario, el alfarero no sólo es reconocido como individuo socialmente digno y económicamente respetable, sino que se le asocia con lo tradicional hasta el punto de que su presencia, es determinante en acontecimientos colectivos de uno o más individuos frente a la comunidad. Indiscutiblemente que los sectores indígenas de mayor dinámica interétnica han revertido un conjunto creciente de valores y principios culturales del ideal mestizo, rompiendo con los patrones tradicionales de la sociedad rural, que quedan manifiestos también en la valoración social de la alfarería. Sin embargo, motivos culturales tradicionales asociados con necesidades propias del medio rural, impiden la desaparición que trae consigo la imposición cultural. Estas constituyen las causas fundamentales de la producción no diversificada de dos o tres artículos de consumo indígena.

Por otra parte, el medio mestizo y más aún en el indígena, se ha dejado sentir obviamente la presión de los productos seriados de fabricación industrial, ya sea por razones de costo (la minoría), o por la sustitución de valores culturales en el desarticulado e inestable proceso de imitación o/y transgresión de valores de la cultura occidental.

Finalmente es necesario puntualizar, reiterando la proximación inicial contenida en las líneas introductorias de este informe, que la producción de artesanía utilitaria de Otavalo y sus inmediaciones no escapa al análisis de la realidad interétnica y sus mecanismos. Ha quedado manifiesto una vez más, cómo el proceso de "interacción cultural", con mayor o menor intensidad y complejidad, presenta un cuadro donde la imposición de "ideales occidentales" -reflejados por el centro urbano de Otavalo- compromete en una dimensión vertiginosamente creciente a una población que pierde identidad y consecuentemente dignidad.

La perspectiva artesanal como opción al desarrollo y a la dinamización cultural de ciertas comunidades, ha sido planteada en Latinoamérica no una,

sino múltiples ocasiones, y sus resultados, en términos antropológicos, sociológicos y económicos han dejado mucho que desear. El fracaso aludido se debe, en gran parte, a plantear la revitalización artesanal con perspectivas económicas despreocupando las inevitables consecuencias para la comunidad rural, que sorpresivamente es agobiada por una interacción cultural frente a la cual reacciona no-creativamente sino imitativamente. Al mismo tiempo, los mercados de consumo que suelen ser estimulados en tales programas de desarrollo artesanal -sistemáticamente foráneos- mantienen las relaciones de marginalidad y dependencia entre áreas rurales y urbanas.

La experiencia internacional sobre desarrollo artesanal demuestra, desde nuestro punto de vista, que solamente resulta beneficioso para la comunidad la promoción y apoyo de cualquier rama artesanal siempre que se germine en un programa de revalorización cultural y social de ella, y no obedeciendo estrictamente a los ideales de consumo extralocal. Ello implica abrir en primer término una demanda local para que eventualmente con posterioridad, se proceda a una apertura del mercado externo.

CUADRO N° 1

PRECIO UNITARIO DE VENTA DE LOS DIVERSOS PRODUCTOS ALFAREROS COMERCIALIZADOS
EN EL MERCADO CENTRAL

PUESTO	TIEMPO	PONDO	MACETERO	CAJUELA	PLATO PELL. SANTISIMA	PLATO SANTISIMA	PLAT. TUNIBANZA	PLATO TUNIBANZA	OLLA PELL. SANTISIMA	OLLA OTAVALO	OLLA TUNIBANZA	OLLA ENCANTADA
N° 1 (P)	\$ 20	\$ 25	\$ 20								\$ 35	
N° 2 (R)	\$ 12	\$ 21	\$ 20	\$ 12	\$ 1	\$ 3	\$ 1	\$ 1	\$ 12	\$ 20	\$ 25	\$ 8
N° 3 (R y P)	\$ 13	\$ 20	\$ 12	\$ 10					\$ 12	\$ 10		
N° 4 (P)	\$ 20	\$ 24	\$ 15	\$ 12								\$ 7
N° 5 (R)	\$ 15											
N° 6 (P)		\$ 15										
N° 7 (P)		\$ 25										
N° 8 (P)		\$ 28										
N° 9 (P)		\$ 12										
N° 10 (P)		\$ 11										
N° 11 (P)		\$ 25										
N° 12 (P)		\$ 27										

(P) Los precios señalados corresponden al mes de diciembre de 1970.
R: revendedora P: productora

CUADRO N° 2

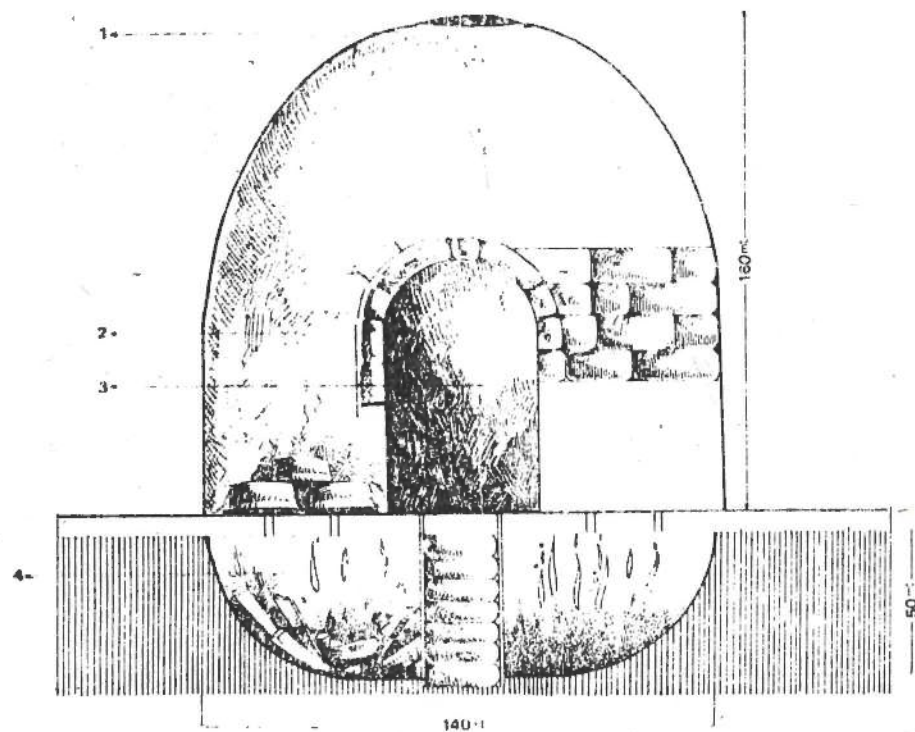
VENTA TOTAL DE ARTICULOS ALFAREROS EN LA FUERZA DEL CASADO
MERCADO CENTRAL

PUESTO	TIEMPO	PONDO	MACETERO	CAJUELA	PLATO PELL. SANTISIMA	PLATO SANTISIMA	PLATO OTAVALO	PLATO TUNIBANZA	OLLA PELL. SANTISIMA	OLLA OTAVALO	OLLA TUNIBANZA	OLLA ENCANTADA
N° 1	11	3	3			12	30				1	
N° 2	11	5	8	1	8	35	50	18	2	2	2	14
N° 3	6	6	7	3			85		2	4		
N° 4	5	3	11	2								17
N° 5	21											
N° 6		9										
N° 7		11										
N° 8		8										
N° 9		3										
N° 10		4										
N° 11		5										
N° 12		6										

(P) Las cantidades dan lugar a unidades de cifras correspondientes a tres años consecutivos - Diciembre 1970.

LAMINA Nº1

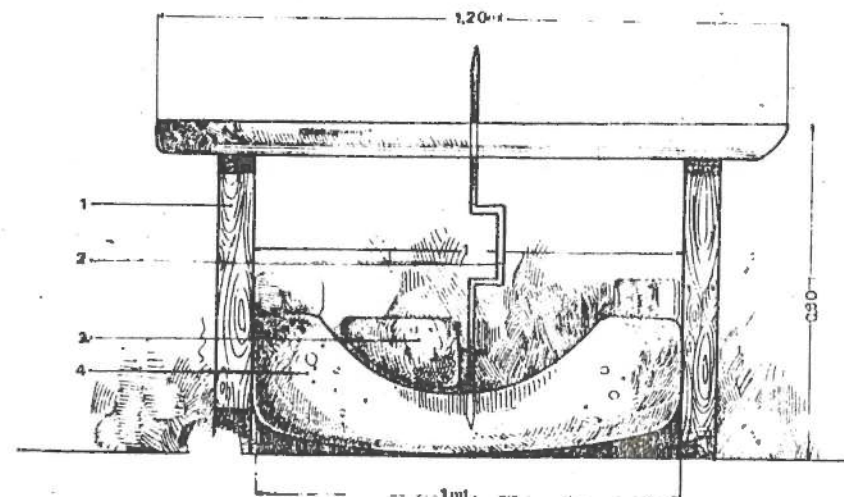
HORNO CERRADO..



1. SALIDA DE GASES.
2. CÁMERA A OR COLUÑA.
3. ENTRADA PRINCIPAL.
4. CÁMARA DE COMBUSTIÓN.

LAMINA Nº 2

MOLINO DE PIEDRA.



1. PILARES DE EUCALIPTO.
2. MANIVELA.
3. MEDIA LUNA.
4. PIEDRA BASAL.

BIBLIOGRAFIA CITADA

AGUIRRE BELTRAN, Gonzalo

- 1973 "Regiones de Refugio". Instituto Nacional Indigenista. Colección Sepini No. 17. Sección Antropología Social, México, 1973.

ALBUJA GALINDO, Alfredo

- 1962 "Estudio Monográfico del Cantón Cotacachi". Talleres Gráficos Minerva, Quito, 1962.

BUITRON CHAVES, Aníbal

- 1962 "En Otavalo, Ecuador". EN América Indígena, Vol. XXII, No. 4, Octubre 1962.

CARMARCK, Robert

- 1976 "Estratificación y cambio social en las tierras altas occidentales de Guatemala: el caso de Tecpanaco". EN América Indígena, Vol. XXXVI, No. 2, Instituto Indigenista Interamericano. México, 1976.

GONZALEZ C., Celiano

- 1976 "Puluhua: nuevo asiento arqueológico de Pichincha". Artículo publicado en la Revista del Domingo del Diario El Comercio, domingo 10 de octubre de 1976.

HERRERA, Amable

- 1909 "Monografía del Cantón Otavalo". Editorial Tipografía y Encuadernación Salesiana, Quito, 1909.

HOLM, Olaf

- 1965 "Técnica alfarera del Sur Andino del Ecuador". Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Guayas. Guayaquil, 1965.

OVEJERO ZAPPINO, Fernando

- 1977 "Niveles de Integración en una Comunidad del Valle de Otavalo". Informe de Investigación. Instituto Otavaleño de Antropología. Poligrafiado.

PEÑAHERRERA DE COSTALES, Piedad y COSTALES SAMANIEGO, Alfredo

- 1966 "El Quishihuar o el árbol de Dios". Tomo I. Instituto Ecuatoriano de Antropología y Geografía (I.E.A.G.) División de Antropología Social. Serie Llaeta No. 23. Quito, 1966.

PERRY, James

- 1974 "Los Otavaleños: indios de la Sierra Ecuatoriana. Experimentos Iniciales en Investigación Antropológica". EN Antropología Guía Informativa del Instituto Otavaleño de Antropología. Traducción de Patricio Guerra Guerra. Otavalo, 1974. Poligrafiado.

PLAZA SCHULLER, Fernando

- 1976 "La Incursión Inca en el Septentrión Andino Ecuatoriano. Antecedentes arqueológicos de la coconvulsiva situación de contacto cultural". Primer Informe Preliminar. Instituto Otavaleño de Antropología, Serie Arqueología No. 2. Otavalo, 1976.

RUBIO ORBE, Gonzalo

- 1956 "Punyaró: Estudio de Antropología Social y cultural de una comunidad indígena y mestiza". Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1965.

LOS ARTESANOS TEXTILES DE LA REGION DE OTAVALO

Resumen de una investigación empírica

Peter C. Meier

1. Introducción

El desarrollo socio-económico de la región de Otavalo es un caso excepcional en el contexto ecuatoriano y aún en América Latina. No existen otros grupos de campesino-artesanos indígenas que en base a sus propias técnicas e

instrumentos de trabajo y a sus extraordinarias habilidades comerciales hayan conquistado fama y fortuna —al menos algunos— en mercados tan distantes de sus pueblos como lo son, por ejemplo: los Estados Unidos y Europa. Además, el relativo éxito económico de los otavaleños no es un fenómeno temporal o reciente, sino que remonta a los inicios de la historia ecuatoriana, a la época pre-incaica y continúa hoy en día,** treinta años después de la publicación del "Valle del Amanecer", libro en que Aníbal Buitrón y John Collier (1949) nos dan una brillante descripción ilustrada de Otavalo y sus comunidades rurales.

Desde entonces los otavaleños han logrado aumentar la producción artesanal, ampliar sus mercados y mejorar sus propios niveles de vida. Se han liberado paulatinamente de los grandes terratenientes, participando cada vez más en el mercado y exigiendo ayuda del Estado para la extensión de determinadas obras de infraestructura básica (agua potable, luz eléctrica, caminos, escuelas, etc.) hacia las comunidades rurales. Poco a poco el incansable trabajo de los otavaleños ha arrojado sus frutos. Hoy, la mayoría de los niños van a la escuela; algunos estudian en los colegios y hasta en las universidades. Sus padres, dedicándose no sólo

* El presente ensayo se basa en una investigación empírica realizada en 1978. Quiero agradecer a todos los amigos que de una u otra forma contribuyeron a la realización de este estudio; entre ellos merecen especial mención Gonzalo Abad, Director de la FLACSO, Sede Quito; Plutarco Cisneros Director del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) y los profesores Miguel Murmis (Universidad de Toronto) y Diego Iturralde (PUCE-Quito) quienes me asesoraron en el diseño de la investigación. Igualmente, mi reconocimiento a Hernán Jaramillo, Patricio Guerra y Rodrigo Mora, funcionarios del IOA, por su inestimable ayuda en la realización de la encuesta. De ninguna manera fue menos importante la ayuda e invalorable cooperación de un gran número de artesanos y campesinos otavaleños. A todos ellos expreso mis sentimientos de profunda gratitud.

** Con respecto a la historia de Otavalo véanse Juan & Ulloa 1918; Landáuriz Soto 1959; Phelan 1967; Salomon 1973, 1980; Moreno 1977; Meier 1981.

a la agricultura de subsistencia, sino también y ante todo a la producción textil y al comercio, han logrado aumentar sus ingresos, cambiar sus hábitos de consumo y forma de vida. Hoy no resulta raro que el otavaleño adquiera cámaras fotográficas, televisores, equipos de sonido y aún camionetas o automóviles. De este modo, los otavaleños se destacan y diferencian de los demás campesinos indígenas de la Sierra.

Sin embargo, faltan dos observaciones importantes en este contexto. Primero, el éxito económico de la artesanía otavaleña fue posible sólo en base a una continua adaptación de la producción a las nuevas exigencias del mercado. En las últimas tres décadas los otavaleños han introducido nuevos productos, diseños, materias primas, herramientas, técnicas y sistemas de comercialización. Junto con estos cambios, la sociedad otavaleña ha sufrido una serie de transformaciones económicas, sociales y culturales.

En segundo lugar, los resultados del "éxito" económico de Otavalo no se han distribuido de manera igual en todos los habitantes de la región. Aunque el nivel promedio de vida ha mejorado bastante —sobre todo en relación a otras regiones rurales de la sierra— es falso suponer que se haya constituido una "clase media indígena" en Otavalo. Más bien son muy pocos los que tienen, por ejemplo, camionetas propias. La mayoría de los otavaleños continúan viviendo en condiciones precarias.

Analizando esta compleja situación, varios autores han descrito distintos aspectos de la realidad socio-económica de Otavalo. Algunos han empleado un enfoque antropológico para estudiar la vida de los campesino-artesanos a partir del núcleo familiar (p. ej. Walter 1977). Desde este punto de vista, la sociedad otavaleña parece componerse por una multitud de unidades domésticas que aspiran a autoabastecerse. Por otro lado, al analizar los mecanismos de ayuda y colaboración interfamiliar se ha considerado a la comunidad indígena como unidad principal de estudio. Pudiera destacarse entonces las particularidades de cada comunidad y las relaciones que mantienen entre sí. Al emplear esta perspectiva, los mercados locales y regionales adquieren suma importancia como polos de integración (véanse p. ej. Buitrón 1947, 1949).

Otros han enfocado sobre la combinación de distintas actividades económicas (p. ej. Rubio Orbe 1956; CIDA 1965), o sobre la dualidad étnica de la sociedad otavaleña y la explotación de los indígenas por los mestizos (Villavicencio 1973). Por fin, hay los que tratan de integrar todas estas perspectivas, conceptualizando la región de Otavalo como "un nido de sistemas-dentro-de-sistemas, un conjunto de concéntricas unidades económicas y políticas, que tienen el núcleo familiar en su centro" (Salomon 1973).

En el presente trabajo, obviamente, no se toman en cuenta todos los aspectos

de la sociedad otavaleña. Más bien, se concentra el estudio en las condiciones económicas y sociales en las que se desenvuelven los diferentes grupos de campesinos-artesanos; así como en las distintas tendencias de conservación, disolución o transformación que afectan a la economía regional de Otavalo. Con este fin partimos de la hipótesis de que la situación socio-económica de cierto grupo de pequeños productores está condicionada ante todo por su forma de producción específica, y esta última a su vez es dependiente de la estructura interna de las unidades productivas y de las modalidades que asume la inserción de dichas unidades en la economía local, regional, nacional e internacional.

En otras palabras, interesa conocer no sólo qué producen los otavaleños, sino también quiénes producen, cómo producen, para qué y hacia quiénes se destina la producción y qué relaciones sociales se encuentran vigentes. Al estudiar estos aspectos hay que considerar a la unidad de producción como el principal elemento de análisis.

En Otavalo rural, como en toda sociedad campesina, la unidad productiva coincide, por lo general, con la unidad doméstica. La mayoría de los otavaleños combinan el trabajo agrícola con otras actividades económicas, entre las que se cuentan principalmente: la artesanía, el comercio y el trabajo asalariado. Como agricultores, por lo regular poseen sus propias parcelas, o tienen acceso a tierra de familiares o aje-

na, pero la extensión de las mismas se caracteriza por ser muy reducida y la producción se destina, sobre todo, al autoconsumo. Como artesanos, en cambio, producen sobre todo para el mercado. Veamos entonces las particularidades de la agricultura campesina para después complementar nuestro estudio con la presentación de algunos datos sobre la artesanía.

2. La agricultura campesina en Otavalo.

Como resultado de la expropiación de la tierra a los hacendados, los campesinos de Otavalo han sido convertidos en minifundistas dependientes de ingresos adicionales, no-agrícolas. Al principio de la década del 50, la extensión promedio de la unidad agrícola campesina otavaleña era inferior a 1.2 hectáreas. Aunque el tamaño medio variaba bastante de una comunidad a otra, hubo pocos campesinos que tenían suficiente tierra como para vivir exclusivamente de su propia agricultura. (Buitrón 1947; Rubio Orbe 1956). Sin embargo, para los que vendían una parte de su producto en el mercado, las haciendas no representaban mayor competencia porque utilizaban las mismas técnicas de cultivo. Complementando sus ingresos agrícolas con los de la venta de productos artesanales o con los derivados del trabajo en la hacienda, los campesinos de Otavalo lograron mantener a sus familias, aunque sólo en condiciones de aguda pobreza.

Esta situación ha cambiado nota-

blemente en los últimos treinta años. En primer lugar, el crecimiento demográfico, combinado con un sistema de participación a través de la herencia, aumentó la atomización y fraccio-

namiento de las tierras hasta tal punto que, en la actualidad más de la mitad de las unidades agrícolas tienen acceso a menos de una hectárea de tierra (ver cuadro No. 1).

Cuadro No. 1

ESTRUCTURA DE LA TENENCIA DE LA TIERRA EN EL CANTON DE OTAVALO, 1974

Tamaño de las explotaciones (has.)	Porcentaje de las unidades	Porcentaje del área total	Superficie promedio
0 - 1	53.9	5.3	.42
1 - 5	36.5	18.1	2.07
5 - 10	5.9	9.0	8.90
10 - 100	3.2	19.0	25.48
100 - o más	.6	48.7	354.20
Total	(100.1)	(100.1)	4.18

FUENTE: INEC, Censo Agropecuario, 1974

ELABORACION: el Autor

En segundo lugar, la Reforma Agraria eliminó o al menos contribuyó a la liquidación de las formas precarias de tenencia y uso de la tierra y alteró sustancialmente las tradicionales relaciones sociales vigentes entre campesinos y hacendados. Para los campesinos, este proceso implicó la pérdida del acceso directo a pastos para sus animales, leña, totora y otros productos necesarios para el consumo doméstico y para la producción artesanal. Por otro lado, la Reforma Agraria liberó a la fuerza de trabajo campesina, que antes depen-

día y estaba absorbida por las haciendas. Y, bajo las nuevas condiciones, esta mano de obra que quedó "liberada" puede ser empleada (al menos teóricamente) para aumentar la producción artesanal o el tiempo dedicado al trabajo asalariado. A pesar que la yanapa y sobre todo la aparcería persisten en muchas comunidades otavaleñas, la transformación de las tradicionales relaciones de producción que trajo consigo la Reforma Agraria, afectó a muchos campesinos, integrándolos más al mercado, como compradores (de pro-

ductos de consumo e insumos para la producción artesanal) y también como vendedores (de artesanías, de fuerza de trabajo o de servicios).

En tercer lugar, la Reforma Agraria también impulsó o aceleró la transformación de las haciendas tradicionales en empresas capitalistas (véase FLACSO-CEPLAES 1980). Por un lado, estas empresas reemplazaron la fuerza de trabajo tradicional por trabajadores asalariados contratados ante todo de manera temporal y, por otro, mecanizaron la producción y expandieron el área cultivada. Como resultado, las haciendas aumentaron tanto la productividad por hectárea como la producción por hombre ocupado.

Así, en la década del 70, las haciendas desarrollaron sus fuerzas productivas hasta tal punto que llegaron a producir, en comparación a los campesinos, cuatro veces más por hectárea y siete veces más por hombre ocupado*. Obviamente, esta diferencia en términos de productividad varía de un producto a otro y depende no sólo del tamaño de las unidades de producción, sino también de la calidad de la tierra y de las técnicas e insumos utilizados en el proceso productivo. Conviene

* Se trata de datos elaborados a nivel nacional, incluyendo a todos los productos agrícolas y comparando las unidades con menos de una hectárea con las que tienen cien o más (véase MAG-ORSTOM, Doc. 4B; Meier 1981: capítulo 4).

señalar con todo que, en este último aspecto, la agricultura campesina de Otavalo casi no ha cambiado en los últimos años. Los campesinos tienen tierra de baja calidad, sin riego, y siguen cultivándolas a mano, con técnicas preincaicas, sin utilizar fertilizantes u otros insumos modernos. Sólo muy pocos minifundistas han recibido asistencia técnica o créditos para la actividad agrícola. La mayoría continúa trabajando como lo hicieron hace siglos. Cultivan hasta el último pedazo de sus parcelas, utilizando en forma exclusiva a la mano de obra familiar y destinando la mayor parte del producto al auto-consumo dentro de la misma unidad doméstica.

Por otro lado, la mecanización de las haciendas y la introducción del trabajo asalariado dio como resultado una notable reducción de la mano de obra absorbida por estas empresas. Así, por ejemplo, un grupo de siete haciendas otavaleñas, que fueron estudiadas por el MAG-ORSTOM (Doc. B), empleaba alrededor de 300 campesinos en 1960 y a sólo 165 en 1976. Además de reducir la fuerza de trabajo, estas haciendas emplearon a muchos de sus trabajadores sólo de manera temporal o parcial. Según los datos del Censo Agropecuario de 1974, el 63 por ciento de la fuerza de trabajo empleada por las haciendas otavaleñas con más de 100 hectáreas se compone de trabajadores ocasionales. Para los campesinos, estas transformaciones implicaron la pérdida de muchas fuentes de trabajo e ingresos. La reforma agraria aumentó la mano de obra disponible pero, al mismo tiempo, la

modernización de las haciendas redujo la demanda por esta fuerza de trabajo. Frente a esta nueva situación, los campesinos de Otavalo tenían básicamente tres posibilidades para suplementar los ingresos agrícolas y mantener a sus familias: aumentar la producción artesanal, incrementar las actividades comerciales o vender su fuerza de trabajo en mercados más lejanos.

Como la expansión de las actividades artesanales no requiere de la ausencia temporal del hogar campesino y por lo tanto se combina más fácilmente con la agricultura de subsistencia, muchos de los campesinos otavaleños prefirieron esta "solución" a las otras posibilidades. Seguimos entonces con un análisis de las artesanías textiles de la región de Otavalo.

3. La artesanía textil en la región de Otavalo

En la región de Otavalo encontramos a una verdadera "sociedad de artesanos". Casi no hay hogar campesino que no tenga por lo menos un telar. Según el Censo de Población de 1974 hay 6.106 "artesanos y operarios" en el cantón de Otavalo, lo que corresponde al 37.2 por ciento de la población económicamente activa. Este porcentaje es mucho más alto en Otavalo que en el conjunto de la Provincia (22.7o/o) o en la República (13.5o/o). Lastimosamente, los datos del censo no informan acerca del número de artesanos que trabajan a tiempo parcial. En cambio, el Censo proporciona otro dato impor-

ante, el 65.5 por ciento de los otavaleños que obtienen la mayor parte de sus ingresos de las actividades manufactureras, trabajan por "cuenta propia". Además, el porcentaje de los que dependen del sector manufacturero es mucho más alto en Otavalo (38.8o/o) que en Imbabura (22.3o/o) o en la República (11.7o/o).

De esta información oficial se puede deducir que:

- a) El cantón Otavalo es más "industrializado" que la mayoría de los cantones del Ecuador. En términos relativos, Otavalo tiene una cantidad de mano de obra vinculada a la dinámica del sector manufacturero que es tres veces superior al promedio del país.
- b) Otavalo es un cantón de productores independientes. En su sector manufacturero, sólo el 24.8 por ciento son empleados o asalariados, mientras este porcentaje es de 37.6 en Imbabura y de 50.6 en la República (Censo de Población 1974).
- c) Estos indicadores son aún más significativos si se consideran sólo los datos del área rural del cantón.

En base a la información estadística disponible parece que en Otavalo se encuentra una situación paradójica. A primera vista y en términos de empleo, la región tiene una estructura económica (porcentaje de la PEA en la manufactura) similar a la de los países

más industrializados y una estructura social (grado de proletarización) similar a la de las sociedades campesinas más retrasadas*. Para explicar esta estructura socio-económica aparentemente tan contradictoria no es suficiente anotar que la mayoría de los otavaleños combinan las actividades agrícolas con las artesanales y comerciales, sino que es necesario estudiar las especificidades de esta clase de artesanías, y así entender cómo puede persistir una estructura socio-económica tan atípica y qué implicaciones tiene para los mismos campesinos-artesanos.

3.1 Las principales artesanías y su ubicación geográfica.

De una encuesta realizada en 1974/75 por el Instituto Otavaleño de Antropología se desprende lo siguiente:

En las treinta comunidades rurales observadas funcionaban por lo menos 576 talleres artesanales, de los cuales 534 (92.7o/o) se dedicaban a la elaboración de productos textiles y afines. Las comunidades en cuestión pertenecen a las parro-

quias de Ilumán, M. Egas, Quichinche, Otavalo, E. Espejo, San Pablo, San Rafael y González Suárez.

- Los principales productos elaborados por estos artesanos son ponchos, fajas, fachalinas, chales, chalinas, bayetas, lienzos, liencillos, bufandas, cobijas, cortinas, tapices, tapetes, bolsos, alpargatas, hilo de lana, hilo de cabuya, esteras, prendas de vestir con o sin bordados.
- La especialización geográfica ya no es tan estricta como lo era hace treinta años (véase Buitrón 1947). En otras palabras, hay muy pocas comunidades en las que todos los artesanos producen un solo tipo de producto. Así, por ejemplo, se encuentran tejedores de ponchos en 21 de las 30 comunidades señaladas y los tejedores de fajas y chales están distribuidos en más de diez comunidades. La expansión del mercado y el mejoramiento de los medios de transporte aceleraron el proceso de disolución de la tradicional especialización local e introdujeron la diversificación artesanal al interior de las comunidades. Como resultado de esta transformación, son los precios del mercado y las características que asume la demanda los factores que cada vez más determinan el tipo de producto que debe producir el artesano. En ciertos lugares, todavía sobreviven y se conservan algunos vestigios de la antigua especialización espacial.

En Peguche, por ejemplo, aún se

* En la década del 70, la participación del sector manufacturero en la PEA fue del 19.7o/o en Argentina, del 22.4o/o en EE.UU., del 25.0o/o en Japón, del 26.5o/o en Francia, del 32.5o/o en el Reino Unido y del 37.7o/o en Suiza. Pero, el grado de proletarización (manufacturera) superó el 90o/o en todos estos países con la excepción del Japón donde llegó al 84.2 por ciento.

pueden encontrar familias que tejen ponchos o chalinis en mayor proporción relativa que otros artesanos, en Quinchuquí la mayoría teje cobijas y en San Juan se producen más lienzos que otro tipo de tejidos. Veamos entonces algunos ejemplos con mayor detalle.

3.2. Estudios de caso*

TODOS LOS DATOS PRESENTADOS EN ESTA SECCION SE REFIEREN AL AÑO 1978.

3.2.1. Los tejedores de fajas

Encontramos tejedores de fajas en casi todas las comunidades de Otavalo, y además, en todas las provincias de la sierra ecuatoriana. Son pequeños productores de mercancías por excelencia. Pero también son los más tradicionales y los más pobres de todos los artesanos campesinos entrevistados.

Para estos tejedores, la agricultura de subsistencia y el trabajo asalariado ocasional son más importantes que la artesanía. Sólo tejen cuando no tienen

otro trabajo. Por lo tanto, el tiempo dedicado al tejido varía considerablemente de semana a semana y de una familia a otra. Varios tejedores revelaron que trabajan produciendo fajas 2, 3 y hasta 5 días a la semana y de 3 a 5 horas diarias.

El tejido de fajas es sobre todo un trabajo que lo realizan los hombres, aunque se pueden encontrar casos en que también las mujeres se dedican a este oficio. Ya a los 8 ó 10 años de edad, los hijos de estos artesanos aprenden y se familiarizan con las artes del tejido.

Los tejedores de fajas siempre trabajan por cuenta propia. Sus unidades productivas son muy pequeñas y utilizan únicamente mano de obra familiar, es decir que el artesano trabaja solo o con la ayuda de su esposa e hijos. Consiguientemente, en esta línea de producción artesanal no se encuentran obreros asalariados.

Sus herramientas son muy sencillas, que consiste en un telar de cintura, instrumento pre-incaico, generalmente hecho por el mismo tejedor o heredado de sus padres. El valor comercial de estos instrumentos de trabajo lo estiman entre los 50 y 100 sucres.*

Actualmente la mayoría de los tejedores de fajas utilizan algodón u orlón como materia prima. Compran el hilo ya teñido en el mercado de Otavalo y/o a otros pequeños productores especializados en la recuperación de hilos a partir de retazos textiles de las fábricas. Típi-

camente, una familia que teje fajas gasta de 20 a 50 sucres semanales en materia prima o sea entre 7 y 12 sucres por faja.

El tejido de una faja demora de 3 a 10 horas según el tamaño y tipo de producto y según la habilidad del tejedor y el celo con que trabaje. Asimismo varían los precios: 65-70 sucres por las fajas más sofisticadas, 20-35 sucres por las más sencillas.

Como ya se anotó, la cantidad de la producción varía de familia a familia. En consecuencia, también fluctúan los ingresos netos que obtienen los campesinos en sus actividades artesanales. Ascienden a 340 sucres semanales para las familias de mayor ingreso y a 115 sucres para las que producen menos. El ingreso promedio se lo puede estimar en unos 200 sucres, quiere decir que generan un "excedente" económico de 6 a 9 sucres aproximadamente por cada hora de trabajo. Es importante anotar que los ingresos semanales mencionados representan ingresos globales por familia y no ingresos individuales. La producción de fajas incluye otras tareas aparte del tejido propio. Asimismo, los campesino-artesanos requieren de 5 a 10 horas semanales de trabajo para poder vender sus productos y a su vez para comprar las materias primas que utilizan en el proceso productivo. Además tienen que ellos mismos pagar los costos del transporte y los impuestos que cobra el Municipio a los que venden en el mercado.

El sistema de comercialización es

muy sencillo. La mayoría de las fajas se vende directamente a los consumidores que, por lo general, son mujeres indígenas. Son muy pocos los turistas o gente de la ciudad que compran esta clase de tejidos. También hay tiendas y comerciantes que compran fajas para revender y, por último, hay campesino-artesanos que cambian fajas directamente por alimentos (trueque).

Con respecto a su situación económica, el 50 por ciento de los tejedores de fajas entrevistados indica que hubo un mejoramiento en el período 1975-78, mientras que los demás dicen que su nivel de vida no ha cambiado o mejorado mayormente. Entre los problemas importantes que afrontan con mayor frecuencia se menciona: los altos precios de los insumos y las materias primas y la competencia entre los propios campesino-artesanos.

Con los reducidos ingresos monetarios que estos tejedores perciben, no tienen ninguna posibilidad de acumular capital y de proveerse de los medios necesarios como para aumentar significativamente su producción artesanal. Además, en el supuesto caso que mejoraran sus ingresos, los gastarían en alimentación, en pagar deudas o en adquirir más tierra a fin de aumentar su grado de auto-subsistencia.

No hay cooperativas en esta rama de actividad y ninguno de los tejedores entrevistados ha tratado de conseguir un crédito bancario. Apenas, conocen lo que es un banco o una cooperativa; y si

* Los estudios de caso que se presenta aquí se basan en la información obtenida a través de más de cien entrevistas con artesanos, comerciantes y otros informantes. En cada "caso" o rama de actividad se aplicó un cuestionario de 5 a 15 artesanos, según las varianzas encontradas (Para más detalles metodológicos y resultados empíricos de la investigación véanse Meier 1978, 1981).

eventualmente necesitan un préstamo. recurren a sus familiares, amigos y compadres. El 62 por ciento de estos tejedores sostienen que les gustaría trabajar en calidad de obreros (aún cuando los salarios sean inferiores al mínimo vital), pero, por cierto, tal posibilidad de empleo no la encuentran y, por tanto, están obligados a seguir tejiendo fajas. Sus hijos, en cambio, se encuentran, con frecuencia, trabajando como peones de hacienda o en las actividades de la construcción.

En los últimos años la demanda por fajas ha disminuido como resultado de la proletarianización y urbanización, ambos procesos que han cambiado las tradiciones de la vestimenta indígena. Como consecuencia de estos fenómenos, el número de tejedores de fajas ha disminuido también. A pesar de todo, este oficio se mantiene y el proceso de proletarianización no se da al interior de esta rama de producción.

3.2.2. Los tejedores de bayetas, cobijas y lienzo.

Entrevistamos a los tejedores de bayetas en Agato, a los que tejen cobijas en Quinchuqui y a los productores de lienzo de San Juan. Al igual que los tejedores de fajas, todos estos indígenas son agricultores y artesanos al mismo tiempo. Sobre todo, los tejedores de bayetas y lienzo logran un alto grado de autosubsistencia por su trabajo en la agricultura. En cuanto a sus actividades artesanales, todos son pequeños productores de carácter familiar. Aunque, en

entre los tejedores de cobijas existen algunos que emplean mano de obra no familiar, no se trata, por lo general, de obreros asalariados en sentido estricto, sino más bien de operarios que son considerados como parte de la familia.

Los instrumentos de trabajo principales que utilizan estos trabajadores son el telar español y, para los que producen cobijas o bayetas, también el torno para hilar. Estos instrumentos son heredados, hechos por los mismos artesanos o comprados a un carpintero. Tienen un valor comercial que sobrepasa de los mil sucres y llega a los tres mil o más, en el caso de unidades domésticas con dos, tres o más telares.

Como materia prima los tejedores de bayetas utilizan lana cruda o hilo de lana. Los fabricantes de cobijas compran lana e hilo de algodón; y los que producen lienzo necesitan hilo de algodón u orlón. Todos estos insumos los adquieren en la feria o en las tiendas de Otavalo, invirtiendo una cantidad de dinero que oscila entre los 80 y 600 sucres semanales, según el volumen de producción y el tipo de materia prima.

Al igual que en el caso de los tejedores de fajas, el tiempo dedicado a la producción artesanal por estos pequeños productores depende del trabajo agrícola. Sin embargo, en esta rama de producción artesanal se pueden encontrar campesinos que trabajan hasta 60 horas por semana en dicha actividad. En consecuencia, la producción semanal fluctúa enormemente de 5 a 50 varas de baye-

ta (por familia), de 2 a 10 cobijas, o de 10 a 50 varas de lienzo, respectivamente. Esto les genera un ingreso neto que oscila entre los 50 y 600 sucres semanales. En casos excepcionales de familias que cuentan con tres o cuatro personas trabajando a tiempo completo, estos ingresos semanales llegan a mil sucres.

El sistema de comercialización es bastante similar al que se encuentra vigente en el caso de las fajas. Empero, es mayor la parte de la producción que se vende a comerciantes intermediarios o a vecinos que se encargan de colocar el producto en el mercado. Aunque, son no sólo los indígenas los que compran bayetas, lienzo y cobijas, sino también los turistas y la población mestiza de los centros urbanos. También hay otros productores que compran lienzo para la confección de camisas y vestidos y, por fin, exportadores nacionales y/o extranjeros que adquieren estos productos en mayor escala.

En cuanto a la competencia que enfrentan estos artesanos, hay que distinguir entre los que producen bayetas y los que tejen lienzo o cobijas. Los primeros compiten sólo entre los mismos artesanos, mientras los demás también afrontan la competencia con la industria. Por lo tanto son estos últimos, sobre todo, los que se hallan en una situación socioeconómica compleja y con el riesgo de desaparecer. Sin embargo, estos artesanos han desarrollado varias estrategias de sobrevivencia que les permite mantenerse como tales y defender sus ingresos.

Así, los tejedores de lienzo han introducido nuevas materias primas (orlón e hilo obtenido de retazos industriales) y nuevos tipos de productos (lienzo de colores) para bajar sus costos de producción y responder a los últimos cambios en el mercado. También, hay tejedores que compran tela cruda de las fábricas para blanquearla y revenderla. Esto representa una innovación creativa por parte de los pequeños productores más afectados por la competencia industrial. En este caso, el proceso productivo es el siguiente: el artesano compra unas 300 o más varas de tela cruda y la blanquea utilizando el agua de las fuentes minerales en sus propios terrenos. Este proceso hay que repetirlo durante cinco días seguidos. Pero tiene un problema: la tela cuando se la moja se encoje alrededor del 10 por ciento. Para evitar esta pérdida, los "blanqueadores" la estiran durante la última secada entre dos palos para así preservar la longitud original.

Trabajando dos días enteros y de dos a tres horas durante cinco días más, el "artesano blanqueador" gana dos sucres por vara, lo que quiere decir alrededor de 500 sucres semanales. Pero de esta "ganancia" se tiene que deducir los gastos del viaje (transporte y manutención). Además se necesita tener acceso a una fuente de agua y un considerable capital inicial (más de 4 mil sucres) para entrar en tal negocio. Por tanto, no todos los tejedores de lienzo están en capacidad de aumentar sus ingresos con esta actividad suplementaria del blanqueado.

Algo similar está ocurriendo con los tejedores de cobijas, pues estos artesanos también deben hacer frente a una agresiva competencia industrial. Los que disponen de un poco de capital compran cobijas de fábrica y las venden junto con sus propios productos en el mercado de Otavalo. Mientras esta actividad adicional tiende a convertir en comerciantes a algunos artesanos, refortalece la competencia industrial para los demás que sólo son productores y los desplaza cada vez más del mercado.

3.2.3. Los hilanderos y tejedores de suéteres

En todas las provincias de la sierra hay mujeres campesinas que hilan lana utilizando el huso tradicional. Esta lana se utiliza sobre todo para tejidos destinados al consumo doméstico. Los hilanderos, a los que nos vamos a referir con mayor detenimiento, son más bien aquellos que utilizan el torno para producir hilo, que luego es vendido sobre todo a los tejedores de sacos de la región de Mira.

Hace aproximadamente veinte años, los campesinos de Carabuela solían cumplir con una variada gama de actividades, entre las que se cuentan: el cultivo de sus pequeñas parcelas, la producción artesanal de ponchos, el trabajo en las haciendas y la prestación de servicios de magia o brujería*. En el año 1978, la

agricultura propia, el trabajo estacional, el hilado y la producción de suéteres continúan siendo las actividades más importantes que conserva la comunidad.

Las unidades productivas de los hilanderos son generalmente pequeñas; integradas comunmente por el campesino-artesano y su esposa. En cambio, las unidades de los tejedores de suéteres son más grandes, comprendiendo a familias enteras, compuestas de hasta ocho tejedores. Todos estos artesanos son pequeños productores independientes que mantienen su taller de tipo familiar y en el que no emplean a obreros asalariados.

Invirtiéndose alrededor de 500 sucres semanales en materia prima, las hilanderas compran la lana cruda en el mercado de Otavalo. Las mujeres se encargan del trabajo de limpieza de la lana (extraen las espigas e impurezas), posteriormente la lavan y finalmente, con la ayuda de su esposo e hijos, la cardan e hilan. El trabajo de teñido, en cambio, está sobre todo a cargo de los hombres. Las herramientas e instrumentos de producción necesarios para este tipo de trabajo son más bien pocas y sencillas y que consisten por lo regular de un torno y las llamadas cardas. Estos utensilios de trabajo son elaborados por el mismo artesano o por el carpintero y representan un capital que fluctúa entre los 300 y 700 sucres.

La producción de los hilanderos parece ser bastante regular. Producen alre-

dedor de 30 libras de hilo, lo que les proporciona un ingreso semanal aproximado de 550 sucres. Es importante anotar que esta remuneración corresponde al trabajo de dos o más personas que laboran hasta diez horas diarias.

Antiguamente casi toda la producción de lana cruda se vendía a los tejedores de Mira, pues estos últimos artesanos ya desde el año de 1965 se habían especializado en la confección manual de suéteres destinados sobre todo al mercado turístico (véase Geadhart Gladhat 1981). Hasta que, en la década del setenta, los jóvenes de Carabuela aprendieron a tejer suéteres y empezaron a utilizar cada vez más el hilo producido al interior de la comunidad. Estos nuevos tejedores a veces compran el hilo producido por sus propios padres. En 1978 ya hubo más de cuarenta familias tejedoras de suéteres en Carabuela. Muchos de ellos adquirieron los conocimientos necesarios para este oficio de los artesanos de Mira y a través de sus contactos con los comerciantes de Otavalo.

La producción de suéteres y gorras varía de una familia a otra según el número de trabajadores y la habilidad de los mismos. Además, los precios de los sacos dependen de la calidad y del tamaño y pueden variar considerablemente de un mes a otro. Algunas familias con tres o más tejedores que trabajan hasta diez horas diarias logran obtener un ingreso neto de hasta 1.800 sucres por semana.

La comercialización de los sacos es bastante complicada. Los tejedores venden directamente a los turistas y a otros consumidores, a los comerciantes, mayoristas o minoristas nacionales, a los bazares y tiendas, y también a los exportadores. Como estos suéteres se exportan a Estados Unidos, Canadá, Europa y Japón, los tejedores tienen que constantemente adaptar los modelos y diseños de conformidad con las cambiantes exigencias de la demanda, tratando de ponerse a tono con la moda internacional para así conseguir precios más altos.

Como resultado de la inserción al mercado internacional y permanente contacto con los comerciantes, estos tejedores son más sensibles y vulnerables a las presiones de la demanda y, por tanto, su producción se halla determinada por lo que ocurre fuera de la comunidad. Son menos tradicionales que los hilanderos que han aprendido sus oficios de sus padres y quieren que sus hijos continúen con el mismo trabajo. Estos tejedores quieren que sus hijos estudien, aprendan todo sobre el mundo moderno y trabajen como profesionales. Tienen mucho interés en aprender a mejorar su producción y aumentar la exportación. Algunos de ellos gozan de más libertad en su trabajo y tienen mayores ingresos que los obreros que ganan el salario mínimo legal.

3.2.4. Los tejedores de ponchos

Hace pocos años existieron muchos tejedores de ponchos tanto en las comu-

* Según el trabajo del CIDA (1965: 238), 45 de las 126 familias de Carabuela obtenían ingresos bastante altos gracias a esta última actividad.

nidades de Otavalo como en todas las provincias de la Sierra. Los cambios recientes en las tradiciones de la indumentaria indígena han causado una sensible disminución de la demanda de esta clase de prendas de vestir. Como resultado de esto hay cada vez menos campesinos-artistas que tejen los tradicionales ponchos de lana.

Los que todavía se dedican a este oficio son más bien los agricultores que logran un grado relativamente alto de autosubsistencia. En cuanto a las actividades artesanales, sus unidades productivas son pequeñas (hasta de tres personas) y comprenden exclusivamente a mano de obra familiar. Sus herramientas, principalmente el torno de hilar y el telar de callúa, heredadas o hechas por un carpintero de la localidad, representan un capital de menos de mil sucres.

El proceso de producción que realizan estos tejedores es largo y laborioso. Compran lana cruda en el mercado de Otavalo, la limpian, lavan, cardan, hilan y tinturan hasta que finalmente la ponen en el telar. Gastan de 150 a 400 sucres semanales en materia prima. No siempre trabajan con lana propia. A veces un cliente les entrega la materia prima para que ellos se encarguen sólo del tejido; esta labor puede demandar hasta tres días de trabajo.

Además de ponchos, estos artesanos también tejen otros productos (por ejemplo, chales, bayetas o cobijas). La cantidad de su producción depende di-

rectamente del tiempo que pueden dedicar a la artesanía. Sólo pocas familias tejen más de un poncho por semana. Estos productos se venden en el mercado de Otavalo, directamente a los campesinos consumidores o a comerciantes que los llevan a las comunidades más apartadas. Los ponchos sencillos cuestan alrededor de 500 sucres cada uno o aún menos cuando el comprador es un comerciante. Los ingresos que obtienen por el trabajo en esta actividad artesanal son bastante bajos; fluctúan entre los 300 y 600 sucres semanales, para las familias que trabajan 40 o más horas por semana. Por tanto, no nos sorprende que muchos campesinos-artistas abandonen este oficio buscando mejor suerte en otras ramas de la artesanía o empleándose como trabajadores asalariados.

En cambio, hay dos posibilidades de aumentar los ingresos sin abandonar esta rama de producción. La primera es especializarse en el tejido de ponchos muy finos de dos caras. La elaboración de tales ponchos, exige especial habilidad y destreza, a más de conocimientos de las técnicas más tradicionales de tintura natural y tejido. Son realmente pocos los artesanos que todavía tienen tal pericia y conocimientos. Su trabajo es muy duro, pero sus ingresos pueden ser relativamente elevados, pues estos ponchos por su finura y alta calidad se venden a precios que llegan a los 4.000 sucres, teniendo además que proporcionar la lana el interesado.

La segunda posibilidad es la de uti-

lizar orlón o hilo de lana industrial y el telar de pedal para producir ponchos livianos (ponchos de mujer) destinados a los mercados urbanos y turísticos. Pero, para realizar estos cambios se necesita de mayor capital y de buenas conexiones con proveedores de orlón y con los comerciantes o tiendas que se encargan del expendio de la materia prima. Obviamente, no todos los artesanos están en capacidad de cumplir con estos requisitos. Por tanto, pueden dedicarse a este oficio pero en calidad de productores dependientes o como trabajadores a domicilio que dependen de otro artesano más pudiente o de un comerciante que les provee de la materia prima y a la vez se encarga de la comercialización del producto. También pueden convertirse en operarios u obreros que trabajan en un taller, que pertenece a un maestro artesano de la localidad. En tales casos, estos pequeños productores pierden el control sobre el producto de su trabajo y perciben, a cambio, un salario en efectivo en base al conocido sistema de pago a destajo. Estos ingresos pueden llegar a los 400 sucres por semana. En la mayoría de los casos, los operarios y aprendices que trabajan en los talleres de otros artesanos también reciben un almuerzo en la casa del maestro artesano.

Así es que en esta rama de producción (ponchos de mujer) se encuentran dos tipos de unidades productivas, la primera con mano de obra exclusivamente familiar y la segunda con trabajadores no familiares, sea a domicilio o sea en el mismo taller. En este segundo

caso, que representa alrededor de la mitad de los productores de ponchos livianos, las unidades productivas son más grandes y tienen dos, tres, cuatro o más telares así como embobinadoras, urdidoras y máquinas de coser que pueden representar un capital de diez mil sucres o más. Los talleres más grandes invierten hasta 5.000 sucres semanales en orlón que compran con créditos comerciales en los almacenes de Otavalo. Con dos o más obreros logran producir hasta 150 ponchos por semana.

Es obvio que, en el caso de estos productos, el sistema de comercialización tiene que ser más sofisticado. La venta se realiza no sólo en la feria de Otavalo, sino también y ante todo a través de almacenes, mayoristas, comerciantes ambulantes y exportadores. Algunos talleres logran exportar directamente al extranjero. La comercialización del producto es la parte más difícil en este oficio. Los que tienen buenas relaciones comerciales no logran producir suficiente como para abastecer la demanda. Su mayor problema es conseguir obreros que trabajen regularmente todos los días. En cambio, los que tienen menos éxito en la comercialización se ven obligados a vender sus ponchos a precios más bajos y no logran aprovechar toda su capacidad productiva.

Los precios varían mucho dependiendo de la calidad, tamaño, material y diseño del producto. Pero, por lo general, estos productores ganan más que todos los artesanos ya mencionados.

Para los dueños de estos talleres, ingresos netos de 1.500 a 3.000 sucres semanales no son excepcionales y en algunos casos, estos ingresos pueden llegar a los 7.000 sucres.

La mayoría de estos productores considera que económicamente están en mejor situación que sus padres y que su nivel de vida ha mejorado durante el período 1975-78. Casi todos quieren agrandar sus talleres y seguir cursos de capacitación (técnicas, diseño, administración y exportación). El 35 por ciento de ellos ya han obtenido créditos bancarios y más de la mitad piensa solicitar tales préstamos. Son artesanos muy dinámicos que han introducido nuevas materias primas, diseños, técnicas, sistemas de comercialización así como nuevas formas organizativas y nuevas relaciones sociales.

3.2.5. Los tejedores de tapices y cortinas

El tejido de tapices y cortinas es una adaptación reciente de la artesanía a las nuevas posibilidades que abrió el mercado turístico. Los tapices se introdujeron en la década del 50 y las cortinas en la del 60.

Como en el caso de los tejedores de ponchos livianos, en la rama de tapices y cortinas se encuentran dos tipos de unidades productivas, los talleres familiares y los que también contratan mano de obra no familiar. Y de nuevo, los dos tipos no se distinguen por sus respectivos procesos productivos sino

por su vinculación al mercado. Los que tienen buenas relaciones comerciales aumentan su producción incorporando a sus talleres mano de obra no familiar

Los talleres más grandes tienen hasta seis telares, urdidoras y máquinas de coser que representan un capital de 3.000 a 10.000 sucres. Gastan hasta 5.000 sucres semanales en materia prima (lana y/u orlón para los tapices; orlón y cartón para las cortinas). En sus talleres tienen hasta cuatro o más trabajadores no familiares quienes ganan de 150 a 550 sucres semanales, según la cantidad que produzcan. Algunos maestros también tienen trabajadores a domicilio que normalmente ganan menos.

Tanto para los tejedores de cortinas como para los que producen tapices la comercialización representa la tarea más compleja. Casi todos venden en la feria de Otavalo y a través de comerciantes, mayoristas, almacenes y exportadores. Algunos salen con sus productos a Quito, otras ciudades y hasta Colombia y Venezuela.

Los precios de sus productos varían según el tamaño, diseño, calidad, material y tipo de cliente. Asimismo fluctúan los ingresos semanales que son de 1.300 a 3.000 sucres. En el caso de ganar más, casi todos invertirían para aumentar sus negocios. Para la mayoría de estos artesanos la agricultura tiene poca importancia, no determina el tiempo que dedican a la artesanía ni tiene un papel importante en cuanto a la manutención de las familias. Mas bien, casi todos los

tejedores de tapices y cortinas son artesanos o artesano-comerciantes a tiempo completo. Si todavía tienen tierras, no es por necesidad económica, sino más bien como forma de inversión.

Casi todos los dueños de talleres han aprendido sus oficios como aprendices en otras unidades. Tienen que ser buenos administradores para mantenerse en este mercado muy competitivo. Muchos trabajan con créditos comerciales y bancarios y saben calcular bien sus costos y ganancias. Aunque son pocos los que han tomado cursos de capacitación, todos expresan su interés por ellos, sobre todo por los que se refieren a administración, comercialización y diseño. Para estos productores, la situación económica ha mejorado en los últimos años (1975-78), pero son muy conscientes que la competencia también ha aumentado y que, por tanto, el futuro de sus talleres depende de su industria y capacidad innovativa.

3.2.6. Los talleres mecanizados

Entre los maestros artesanos antes mencionados encontramos muchos que quisieran ampliar sus talleres no sólo aumentando el número de trabajadores sino también utilizando máquinas. Aún para los artesanos de mayores ingresos, este proceso de transformar el taller artesanal en una empresa pequeña industrial no es fácil de realizar. Se necesita capital, conocimientos técnicos y administrativos, así como buenas relaciones comerciales y bancarias.

Según el tipo, calidad y cantidad de las máquinas, los talleres mecanizados tienen por lo menos 20.000 sucres y hasta 5 o más millones invertidos en maquinaria. Una vez mecanizados, estos talleres se destacan por la mayor productividad de su mano de obra y su mayor volumen de producción. En consecuencia, también es mayor el consumo de materia prima, sobre todo sintética, que puede costar entre 20 y 40 mil sucres por semana. Casi todas las transacciones comerciales se realizan en base a créditos.

Todos los talleres mecanizados que visitamos emplean obreros no familiares y muchos tienen, además, trabajadores a domicilio. Los más grandes tienen hasta 14 obreros trabajando en el mismo taller. Los salarios de estos obreros se los determina según la cantidad que producen; fluctúan entre 200 y 800 sucres semanales. Uno de los problemas más graves que enfrentan los pequeños empresarios, dueños de estos talleres, es la inestabilidad de la fuerza de trabajo. Muchos de los trabajadores laboran sólo cuando necesitan dinero y no respetan ningún horario fijo. Por otro lado, los dueños no pagan salarios mínimos ni afilian a sus obreros al Seguro Social.

La producción de estos talleres es bastante diversificada: producen ponchos, bolsos, sacos, chales, manteles, camisas, vestidos, calcetines, ropa interior, ropa deportiva, etc. tanto para el mercado turístico como para el nacional. El sistema de comercialización incluye todos los canales, del puesto en la

feria de Otavalo hasta los contratos regulares con almacenes y exportadores

En cuanto al volumen de producción existen grandes variaciones según el tipo de producto, cantidad de personal empleado y sistema de comercialización. Asimismo, no se puede generalizar sobre los precios. Cada producto tiene un precio determinado por el mercado, pero la mayoría de los talleres producen varios artículos. El volumen de ventas puede llegar a los 50 mil sucrés semanales y hay casos de talleres grandes y bien organizados que arrojan ganancias que sobrepasan de 10.000 sucrés semanales. Aunque una vez alcanzado cierto tamaño, estas empresas no crecen más, sino que sus dueños empiezan a invertir su capital en otros negocios (comercio, transporte, bienes raíces, etc.)

Como se desprende de estos estudios de caso, los artesanos de la región de Otavalo no representan de ningún modo una masa homogénea de productos tradicionales. Al contrario hay un sinúmero de diferencias tanto de una rama a otra como de un taller a otro. Estas diferencias se refieren no sólo al tipo de producto, herramientas, materias primas y sistemas de comercialización, sino también al proceso productivo, forma de organización social, concepto y volumen de ingresos, capacidad de acumulación, situación socio-económica y perspectivas para el futuro. Trataremos aquí de resumir algunas de las tendencias que afectan a la artesanía en la región de Otavalo

4 Evaluación

Al analizar la estructura socio-económica, aparentemente contradictoria, que distingue a la región de Otavalo, nos preguntamos sobre las condiciones en las que puede conservarse esta situación y sobre las implicaciones que tiene tal estructura para los campesino-artesanos de Otavalo. De los datos estadísticos deducimos que el cantón tiene un porcentaje muy alto de la población económicamente activa perteneciente al sector manufacturero y que la mayoría de estos productores está trabajando por cuenta propia. En cambio, los estudios del caso nos han demostrado que, cómo y en qué situación socio-económica producen estos artesanos. Veamos entonces las condiciones para la preservación o transformación de esta estructura y las tendencias que afectan al artesanado otavaleño.

A fines de la década del 70, la producción artesanal para el consumo doméstico había desaparecido casi por ejemplo en la región de Otavalo. Es obvio que los campesinos-artesanos de vez en cuando producen un poncho u otro artículo textil para su uso particular (véase Rubio Orbe 1956), pero no producen sólo con este fin, sino principalmente para el mercado. Con esta transformación, de la industria doméstica en artesanía productora de mercancías, el mercado surge como la condición más general para la producción y reproducción de los artesanos. Si no hay demanda para sus productos, falta la base económica y los artesanos no pueden

mantenerse en sus oficios tradicionales.

Si bien la demanda por sus productos no es un factor independiente, sino que depende de la habilidad con que los artesanos adaptan su producción a los requisitos del mercado. Cuando baja la demanda para ciertos productos artesanales, esto no implica necesariamente que estas artesanías tengan que desaparecer. Bien puede ser que, como en el caso de los tejedores de fajas, disminuya el número de artesanos, sin que los que se queden en esta rama tengan que cambiar su forma de producir. Esto se da generalmente en aquellas ramas donde la productividad del trabajo no se la puede aumentar a través de innovaciones técnicas o cambios en la división interna del trabajo.

Por esta razón persisten, por ejemplo, los tejedores de fajas y no se encuentran otros tipos de productores en esta rama. Todos son artesanos que trabajan con mano de obra familiar, utilizando herramientas muy sencillas y técnicas tradicionales. Lo mismo se da en el caso de los tejedores de ponchos sencillos, suéteres, bayetas, esteras, así como en el caso de los hilanderos, alfareros, productores de alpargatas, canastos, sogas, productos pirotécnicos, etc.

Hay artesanos del tipo familiar que se mantienen como tales a pesar de la competencia por parte de empresas capitalistas que se destacan por su productividad más alta. Los tejedores de cobijas y lienzos son ejemplos de

este grupo. Se mantienen porque logran especializarse en subramas que la industria todavía no ha penetrado y porque combinan varias actividades para complementar sus ingresos artesanales. Aunque los artesanos de estas ramas tienden a transformarse en comerciante o en trabajadores dependientes, hay todavía bastantes que logran mantenerse como artesanos.

Así es como la mayoría de los productores manufactureros del cantón Otavalo son artesanos que trabajan por cuenta propia. Pero mientras este bajo grado de proletarianización nos dice algo sobre la independencia de los artesanos y sobre el control que tienen sobre el proceso productivo, no indica nada en cuanto a sus condiciones económicas. Mientras en los países industrializados un índice alto de empleo manufacturero corresponde a un alto grado de productividad y un elevado nivel de vida, en Otavalo, el mismo índice, pero combinado con un bajo grado de proletarianización, indica más bien una productividad baja y un nivel de vida deprimido. Pues, por lo general, son los artesanos tradicionales del tipo familiar los que tienen los ingresos más bajos; aunque son propietarios de sus medios de producción, poseen sólo sencillos instrumentos con que elaboran un producto de relativamente poco valor.

Bien que ponen de relieve su independencia económica, la mayoría de estos artesanos se da cuenta de que el precio de esta independencia es su propia pobreza. Además, mientras ellos

deciden sobre los diseños, la calidad etc. de sus productos, el mercado determina los precios y los obliga a trabajar largas jornadas para mantener a sus familias. Por estas razones, muchos artesanos preferirían trabajar como asalariados, aun con salarios bajos. Pero como la demanda por fuerza de trabajo es pequeña en relación a la oferta por parte de los campesinos-artesanos, son pocos los que realmente encuentran un empleo estable. La mayoría no tiene otra posibilidad que preservar la combinación de agricultura de subsistencia y artesanía para así mantener a sus familias.

Por otro lado, hay ramas económicas en las que prevalecen precios de mercado o condiciones técnicas que permiten a los artesanos mejorar su situación económica o aún transformar sus talleres en pequeñas industrias. Para aumentar su nivel de vida, los artesanos pueden especializarse en la producción de ciertos artículos para el mercado interno, turístico o de exportación. Los tejedores de ponchos livianos, suéteres, tapices y cortinas se han aprovechado de esta posibilidad. De manera similar, hay tejedores de ponchos y cobijas de primera calidad que logran aumentar sus ingresos utilizando las técnicas más tradicionales y produciendo para un mercado muy especializado.

Sin embargo, no todos los artesanos pueden utilizar estas estrategias para aumentar sus ingresos. Como se desprende de los estudios de caso se ne-

cesita, por lo general, conocimientos técnicos, capital y buenas relaciones comerciales para aprovecharse de las nuevas posibilidades que ofrece el mercado. En tales circunstancias surge el proceso de diferenciación en el seno del artesanado. Los artesanos más preparados logran aumentar su producción en base a nuevas materias primas, instrumentos, modelos y diseños y a través de la contratación de obreros no familiares. Otros, en cambio, no pueden vender sus productos, carecen del dinero para comprar materia prima y, por fin, se ven obligados a abandonar su propia producción y a trabajar en los talleres de los maestros más acomodados.

En algunas ramas de la artesanía otavaleña este proceso de diferenciación se da muy claramente. No ocurre lo mismo en todas las ramas, ni tampoco es siempre permanente este proceso. En las ramas en las que la ventaja de los talleres más grandes no se basa en un grado más alto de productividad, sino sólo en mejores relaciones comerciales, la proletarianización de los trabajadores no es necesariamente permanente. Muchos obreros aprenden a utilizar las técnicas y sistemas de comercialización y consiguen el capital necesario para establecerse como artesanos independientes.

En cambio, en las ramas en las que se necesita más capital para la instalación de un taller, la diferenciación del artesanado es permanente. La producción tiende a concentrarse en los taller-

es más grandes y los demás artesanos se convierten en obreros asalariados. Esta tendencia si se da en Otavalo, pero como no afecta a todas las ramas de la

economía regional, el cantón de Otavalo todavía se destaca por ser una "sociedad de artesanos"

BIBLIOGRAFIA

- BITRON, Aníbal
1947 "Situación económica y social del indio otavaleño". *América Indígena*, Vol. 7:45-67.
- BITRON, Aníbal & John Collier
1949 *The Awakening Valley*, University of Chicago Press (El Valle del Amanecer, IOA 1971)
- CIDA
1965 *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*, Washington: O.E.A.
- FLACSO-CEPLAES
1980 *Ecuador: Cambios en el agro serrano*, Quito
- GLADHART, Peter & Emily Winter Gladhart
1981 "Northern Ecuador's Sweater Industry: Rural Women's Contributions to Economic Development" (mimeo), Michigan State University, Office of Women in International Development, East Lansing, Michigan.
- INEC
Censo de Población 1974
Censo Agropecuario 1974
- IOA
1974/75 *Datos no publicados sobre la artesanía en la región de Otavalo*, IOA, Archivo.
- JUAN, Jorge & Antonio de Ulloa
1918 *Noticias secretas de América*, Madrid: Ed. América.
- LANDAZURI SOTO, Alberto
1959 *El régimen indígena laboral en la Real Audiencia de Quito*, Madrid.
- MAG-ORSTOM
Diagnóstico socio-económico del medio rural ecuatoriano (varios tomos publicados en los años 1977-80) Quito: Ministerio de Agricultura y

Ganadería

- MEIER, Peter
1978 "La situación socio-económica de los artesanos textiles en la región de Otavalo, (mimeo) IOA-FLACSO.
- MEIER, Peter
1981 *Peasant Crafts in Otavalo: A Study in Economic Development and Social Change in Rural Ecuador*, Ph.D. thesis, University of Toronto (a publicarse en la "Colección Pendones" del IOA 1982).
- MORENO, Segundo E.
1977 *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito*. Quito: PUCE.
- PHILAN, John L.
1967 *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century*, Madison.
- RUBIO ORBE, Gonzalo
1956 *Punyaró. Estudio de antropología social y cultural de una comunidad indígena y mestiza*, Quito: OCE.
- SALOMON, Frank
1973 "Weavers of Otavalo", Daniel R. Gross (ed.), *Peoples and Cultures of Native South America*, Garden City: Doubleday.
- SALOMON, Frank
1980 *Los Señores Étnicos de Quito en la Época de los Incas*, Colección Pendones, IOA.
- VILLAVICENCIO, Gladys
1973 *Relaciones Interétnicas en Otavalo, Ecuador*, México: Instituto Indigenista Interamericano.